

PLATÓN

DIÁLOGOS

VII

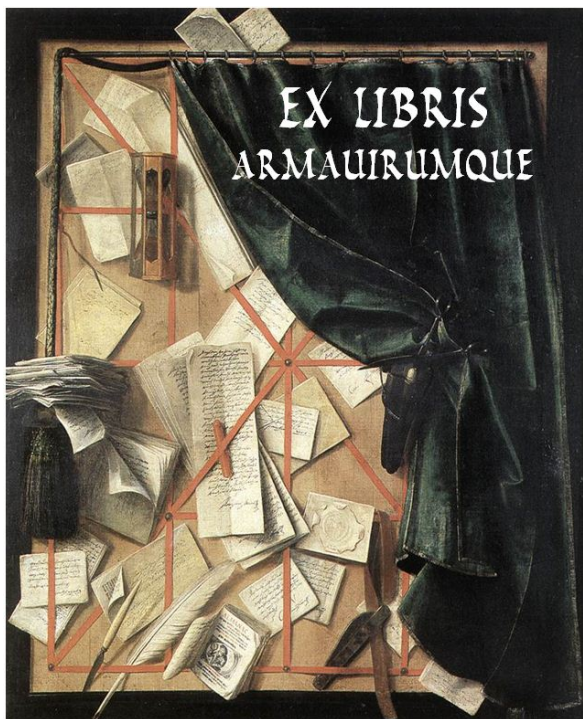
CARTAS

TRADUCCIONES, INTRODUCCIONES Y NOTAS POR
JUAN ZARAGOZA Y PILAR GÓMEZ CARDÓ



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 162



CARTAS

INTRODUCCIÓN

1. LA CUESTIÓN DE LA AUTENTICIDAD

De las dieciocho cartas que se han atribuido a Platón, hay que descartar por completo cinco tan evidentemente falsas que la mayoría de los editores ni siquiera las publican (la única excepción es Hermann, que las numera del XIV al XVIII). Las trece restantes, que forman parte del *corpus platonicum*, aparecen al final de los manuscritos antes de los diálogos apócrifos. Ya en el siglo III a. C. el propio Aristófanes de Bizancio (Diógenes Laercio, III 61-62) las incluyó en su distribución de las obras de Platón por trilogías, colocándolas en la quinta, junto con el *Critón* y el *Fedón*. En la clasificación de obras platónicas en nueve tetralogías de Trásilo, contemporáneo del emperador Tiberio, encontramos las cartas en último lugar, al final de la novena tetralogía, a continuación de las *Leyes* y de *Epínomis*. Trásilo las calificó de morales, y no es seguro que sean las mismas que conoció Aristófanes el gramático. Como su colocación es arbitraria, tal vez sería mejor agruparlas de acuerdo con las personas a las que van dirigidas, o bien ponerlas por orden cronológico. En este último caso, la secuencia probable sería XIII, II, XI, X,

IV, III, VII, VIII, VI, prescindiendo de la I, V y IX como probablemente espurias. Si las ordenamos por destinatarios, quedarían colocadas en tres grupos:

- 1) Cartas a Dionisio: I, II, III y XIII.
- 2) Cartas a Dión y amigos de Dión: IV, VII, VIII y X.
- 3) Cartas a distintos gobernantes y hombres de estado.

Como platónicas las conoció Cicerón, que hace referencia a las *Cartas* VII y IX y asume para ellas la autoría de Platón, aunque este testimonio puede no ser de mucho peso. Plutarco en su *Vida de Dión* hace un uso clarísimo de la *Carta* VII y hay alusiones aparentes a la IV y XIII (*Dión* 21, 52, 13, 14). Le atrae especialmente la idea, contenida en la *Carta* VII, de Dionisio convertido en filósofo-rey siguiendo las enseñanzas de Platón, y añade algunos detalles pintorescos a esta idea, probablemente de cosecha propia.

También los neoplatónicos y los Padres de la Iglesia conocían y citaban las cartas y las aceptaban como genuinas. Nepote coincide en su *Vida de Dión* con Plutarco y con la *Carta* VII. Luciano cita la *Carta* III criticando algunas formas de saludar. Solamente el neoplatónico Proclo (siglo v) rechaza las cartas *dià tò haploûn tês phrásēos*.

La excepción es la *Carta* XII, que en algunos manuscritos lleva la anotación que niega su procedencia de Platón, pero, en general, la Antigüedad aceptaba las doce restantes.

En el Renacimiento surgen las primeras dudas: Marsilio Ficino se niega a traducir la *Carta* XIII, al parecer porque no la consideraba platónica. A fines del siglo xvii, el filósofo inglés Cudworth, en su *Systema intellectuale huius universi*, Londres, 1678, rechazó la misma carta como falsificación hecha por los cristianos. En cambio, R.

Bentley, treinta años más tarde, la defendía después de haber demostrado la falsedad de las cartas de Fálaris.

Meiners condenó todas las cartas atribuidas a Platón, le siguió F. Ast, y el rechazo fue general a lo largo del siglo XIX, sobre todo con la obra de H. Karsten, con un brillante comentario de las cartas. Tienen lugar diversos vaivenes de opinión hasta llegar a la segunda mitad del siglo XIX, en que se produce un cambio repentino: se aclaran las aparentes inexactitudes históricas y la lengua se manifiesta como la de los diálogos platónicos, obra de discípulos de Platón preocupados por la propagación de la Academia o de personas próximas a los hechos y cuestiones tratadas; una interpretación más precisa despejaba muchos obstáculos.

La *Carta VII* ha sido, sobre todo, objeto de nuevas investigaciones; en una disertación básica de 1906, R. Adam (*Über die Echtheit der platonischen Briefe*) mostró que la carta era obra de Platón, pero rechazando la VIII. Actualmente, de ninguna de las dos se sospecha su autenticidad, incluido Wilamowitz, que en principio sólo aceptaba la autenticidad de la VI y que más tarde rectificó para admitir también la de la VII y VIII.

Si las cartas fueran auténticas, constituirían una valiosa fuente de información directa sobre la vida y el pensamiento de Platón, ya que en ningún otro de sus escritos habla de su propia persona. Por otra parte, serían el único relato contemporáneo, de primera mano, de una parte de los asuntos de Siracusa entre el 367 y el 353 a. C. No queda ningún otro relato contemporáneo o casi contemporáneo.

Estos dos factores conceden una gran importancia al problema de la autenticidad de las *Cartas*, pero no tenemos ninguna evidencia externa de dicha autenticidad.

Aparte de ello, por consideraciones puramente internas, estamos seguros de que no todas las cartas son auténticas. Por ejemplo, las ocho que tratan de temas siracusanos revelan grandes discrepancias entre sí: mientras la *Carta I* describe a Platón como señor absoluto de Siracusa durante algún tiempo, las *Cartas III* y *VII* lo representan sin poder ni aspiraciones a tenerlo. Mientras el autor de la *Carta VII* condena a Dión por su intentona militar contra Dionisio, el autor de la *IV* le expresa sus mejores deseos de suerte en ella.

Hay también el *argumentum ex silentio* de Aristóteles, que no cita las cartas de Platón, cuando en el libro V de su *Política* alude a los ataques de Dión a Dionisio. Si hubiera conocido la *Carta VII*, probablemente habría hablado de una posible revolución pacífica para transformar la tiranía del gobierno constitucional. Otra evidencia posible contra la autenticidad de estas cartas es la de los diálogos platónicos escritos en la misma época que las cartas, es decir, el *Político* y las *Leyes*, difíciles de conciliar con *Cartas* como la *III* y la *VII*. Frente a esta objeción, se ha argumentado que el período entre el año 367 y el 353 fue de desarrollos radicales en el pensamiento político de Platón, concretamente el año 361, punto clave, y ello podría justificar las diferencias entre ambos diálogos y las *Cartas*. La *República* y el *Político* representarían los ideales anteriores al 361, y las *Leyes* el estado de abandono de tales ideales. N. Gulley concluye su trabajo haciendo ver la falta de adecuación entre las evidencias externas y la autenticidad, con lo que no habría que ajustar el pensamiento político de los diálogos con el de las cartas.

Hay menos unanimidad en cuanto a las cartas *III*, *VI* y *XIII*. En la *III*, el estilo es muy platónico, y podría tratarse de un excelente imitador, pero se han cometido fallos,

como el de adjudicar a Platón dudas retóricas sobre la manera de saludar a Dionisio.

La XIII y la II están muy relacionadas, en el sentido de que ambas cuentan con pocas posibilidades de ser auténticas, aparte de su conexión en el tiempo.

2. LA HISTORIA DE SICILIA

Como ocho de las cartas, incluyendo la más importante, están dedicadas a los asuntos de Sicilia, puede ser útil resumir su situación en lo que atañe a Platón.

Dionisio I era tirano de Siracusa cuando Platón (que entonces tenía unos cuarenta años) hizo su primer viaje a Sicilia (388-387). En Siracusa se encontró Platón con Dión, cuñado de Dionisio, que entonces tenía unos veinte años, y le causó una gran impresión su carácter y talento; por su entusiasmo hacia la filosofía, surgió entre ellos una firme amistad, que continuó sin rupturas hasta la muerte de Dión, treinta y tres años más tarde. A su regreso a Atenas, Platón fundó la Academia. Durante los veinte años siguientes, hasta su muerte en 367 a. C., Dionisio extendió y consolidó su imperio en Sicilia e Italia, convirtiendo a Siracusa en centro cultural y político y asimismo en capital militar. Desgraciadamente, su hijo y sucesor, Dionisio II, defraudó las esperanzas puestas en él, por su incompetencia y carencia de juicio, agravados por su vanidad, envidia y volubilidad. Durante los primeros años de su reinado, su tío Dión lo guió en el gobierno, y precisamente por influencia de Dión se dejó Platón convencer para realizar su segundo viaje a Siracusa (367 a. C.). Con la ayuda de Dión, Platón tenía la esperanza de realizar

allí su ideal de Estado dirigido por un filósofo-rey. Por desgracia, las reformas iniciadas por Dión le suscitaron enemigos en la ciudad, y el joven Dionisio también veía con malos ojos el régimen de vida espartana que Platón y Dión estaban inculcando, hasta el punto que prestó demasiado oído a los enemigos que insinuaban dudas sobre la lealtad de Dión, y pocos meses después de la llegada de Platón, el campeón de sus ideales políticos, Dión fue desterrado, y Dionisio, a quien Platón esperaba iniciar en los caminos de la filosofía, mostró no tener deseos de someterse a la disciplina propuesta. Entonces, después de algunos esfuerzos inútiles para conseguir la reivindicación de Dión y llevar a Dionisio a un cambio de parecer, Platón se decidió a abandonar Sicilia.

Durante los siguientes cinco años, Platón, al parecer, continuó interesándose por los asuntos de Sicilia, y en primer lugar trató de promover un entendimiento amistoso entre Arquitas de Tarento y Dionisio, que terminó en ayuda a los tarentinos en su guerra contra los lucanios. Al parecer, Dionisio estaba ansioso en esta época por explotar en beneficio propio su amistad con Platón en su ambición por presentarse no sólo como modelo literario, sino también como científico. Por ello, se rodeó de sofistas y sabios antes de que pudiera exhibir su erudición como miembro de pleno derecho de la gran Academia de Atenas y su entusiasmo por la filosofía. Sin embargo, no se mostraba entretanto dispuesto a volver a llamar a Dión. Por último, su ambición por convertir su corte en centro de la cultura griega le movió a hacer nuevas propuestas a Platón, así como a invitarle a volver a visitar Siracusa. Contra su propio mejor juicio (tal vez como protesta), Platón se rindió a sus ruegos, apoyado por el consejo de Dión y el de otros amigos, esperando contra toda esperan-

za poder interceder con éxito en favor de Dión y convertir a Dionisio a un serio interés por la política filosófica.

Pero sus esperanzas estaban condenadas al fracaso. El tercer viaje a Sicilia (361-360 a. C.) se convirtió en un fiasco completo. A despecho de sus más grandes esfuerzos, Platón no pudo inducir al tirano a restaurar a Dión ni a emprender un estudio serio de la filosofía y perseguir las reformas políticas en las que manifestaba creer. Y así, poco tiempo después, las relaciones entre ambos se habían deteriorado, porque Platón se sentía disgustado con la volubilidad y la envidia de Dionisio, y éste resentido por la lealtad de Platón hacia los intereses de Dión y su propia reputación intelectual. Al final, Dionisio mostró una creciente amargura contra Dión, cuyas propiedades confiscó, privándole además de su mujer y sus hijos; al mismo tiempo trataba a Platón con marcada falta de respeto, convirtiéndolo virtualmente en prisionero en el recinto de palacio, hasta llegar a temer por su vida por la violencia de la soldadesca. De esta humillante situación únicamente pudo salvarlo la intervención de su amigo Arquitas de Tarento, a quien había llamado en su ayuda.

A su regreso de este tercer viaje a Sicilia, en el 360 a. C., Platón hizo una visita a Olimpia, donde se encontró con Dión en el festival y discutió con él la situación de los asuntos de Siracusa. Más bien contra los deseos de Platón, Dión decidió lanzar una ofensiva militar contra Dionisio y convocó a todos sus amigos en su ayuda. Su ataque a Siracusa en el año 357 fue bien acogido por el partido popular y se apoderó de la ciudad sin dificultades, aunque el tirano seguía resistiendo en su palacio en la isla de Ortigia. Pero cuando Dión procedió a poner en práctica sus reformas políticas, perdió el favor popular, que se unió contra él bajo la dirección de Heraclides. Después

de una serie de disturbios, Dión se vio obligado a ejecutar a Heraclides, pero esta dura medida sólo consiguió en lugar de asegurar la paz, aumentar su impopularidad y ocasionó mayores tumultos, hasta que se alcanzó el clímax de desgracias cuando Dión fue asesinado por dos atenienses que había colocado como amigos, Calipo y su hermano (355 a. C.).

Después de la muerte de su jefe, los amigos de Dión se retiraron a Leontinos, mientras Calipo dominaba en Siracusa. Pero su dominio de la ciudad estaba muy lejos de ser seguro, y después de poco más de un año los partidarios de Dión, a las órdenes de su sobrino Hiparino, triunfaron en la toma de Siracusa. Pero aunque los adictos de Dión mantuvieron así Siracusa y Leontinos, el resto de Sicilia continuó presa de la guerra civil y se repitieron las incursiones de extranjeros enemigos, cartagineses e italianos, todo ello añadido a la desgracia general. Tampoco la situación fue satisfactoria en Siracusa ni en Leontinos desde el punto de vista de los amigos de Dión durante mucho tiempo. Hiparino, el gobernante de Siracusa, murió en el año 350 a. C., y su hermano Niseo no le sobrevivió mucho. En Leontinos, las cosas tomaron un giro aún peor, ya que Hicetas, que había asumido el control como candidato propuesto por el partido de Dión, se peleó con ellos y llegó al punto de exterminar a todos los miembros de la familia de Dión, que podrían haberle echado una mano.

Así, los últimos años de Platón, que murió en el 347 a. C., se vieron afligidos por los negros nubarrones que se abatían sobre Sicilia, la tierra por la que su querido Dión había dado la vida, y, por desgracia, la había dado en vano.

3. LAS «CARTAS»

Carta I

Es la que tiene menos posibilidades de ser auténtica, ya que nadie apuesta por ella. En esta carta, después de un desdichado viaje (el tercero), Platón ha regresado definitivamente a Atenas. Desde allí, reprocha a Dionisio el trato indigno que ha recibido de él, incluida su tacañería al sufragarle los gastos de viaje, lo que se contradice con sus afirmaciones en la *Carta VII*, donde menciona el gesto del tirano sin hacer comentarios sobre esa posible mezquindad. Reflexiona también sobre la soledad de los tiranos, añadiendo citas de poetas trágicos.

En el caso, totalmente improbable, de que fuera obra de Platón, sólo podría fecharse en el año 360, inmediatamente después del regreso del filósofo a Atenas. Pero Platón no habría podido calificarse a sí mismo de *autocrátōr* de Siracusa, ni su relato coincide con el de la *Carta VII*, considerada como la más auténtica. Por ello se ha sugerido que fuera Dión su autor, cosa también muy improbable, ya que ni él tuvo nunca «plenos poderes», ni un nativo de Siracusa se habría referido a sí mismo como «residente». La carta tiene poco interés.

Carta II

Empieza replicando Platón a Dionisio por sus reproches, transmitidos por Arquedemo, acerca de las censuras de que le han hecho objeto los seguidores del filósofo. Platón se disculpa tratando de explicar su manera de en-

tender las relaciones entre el tirano y él aduciendo su gran importancia, ya que tales relaciones exceden el terreno privado para pertenecer al dominio público y al de la posteridad.

Trata luego la doctrina referente a los tres principios, que los neoplatónicos identifican con el Bien, la Inteligencia (*noûs*) y el Alma, y donde escritores cristianos como Eusebio y Justino creen ver un vago presentimiento de la Santísima Trinidad. Otros autores discrepan sobre la interpretación de los tres principios. Alguien ha sugerido que el autor tenía en cuenta la *Carta VII* con el Nombre, la Definición y la Idea. Hay paralelos con la descripción de la idea del Bien en *República* 509 b, d, 517c, como es lógico equiparar el primer principio y el primer grado del ser con la idea del bien y las otras ideas o con la razón divina (*Filebo* 30d) y el campo de los objetos racionales (*noētá*). Según eso, el segundo principio sería la forma de inteligencia que sigue a la razón en la *República* (es decir, la *diánoia*), mientras que en el tercer lugar vendría la percepción (*alsthēsis*) y el mundo de los objetos sensibles.

En cuanto a su autenticidad, la carta sólo puede ser anterior al tercer viaje a Sicilia, aunque algunos indicios dan testimonios más tardíos: la alusión a la peregrinación a Olimpia (310d) parece una réplica de la *Carta VII* (350d), que refiere un hecho posterior a la ruptura. Si la alusión a los Juegos Olímpicos se refiere a los del 364 a. C., por el tono general de la carta, y si la visita a que alude en 312a sólo puede ser la del 367-366 a. C., ello se contradice con lo que se afirma del trato hospitalario de Dionisio a Platón en la *Carta VII* 329d ss. Por otra parte, no hay noticias de que Platón visitara Olimpia en el 364 y sí (*Carta VII* 350b) de que lo hiciera en el 360 a. C.

Resumiendo el problema, es una de las cartas que cuenta con menos votos a favor de la autenticidad (8 a favor y 22 en contra en la curiosa estadística de Guthrie).

Carta III

Ya en Atenas, de regreso de su tercer viaje a Sicilia, Platón escribe a Dionisio, indignado por las afirmaciones de éste de falta de lealtad y por haberle difamado asegurando que le había impedido llevar a cabo sus propósitos de transformar en reino la tiranía. Platón se defiende resumiendo a grandes rasgos los sucesos que da a conocer en la *Carta VII*, casi en los mismos términos, pero haciendo destacar su labor como conciliador e insistiendo en su total desinterés, en las dificultades que se opusieron a su labor y en la desconfianza de Dionisio hacia él, para poner en claro, en fin, que nunca había pensado meterse en política (contradiciendo una vez más la descripción que se hace de Platón en la *Carta I* como dueño absoluto de Siracusa durante algún tiempo). Para responder al reproche de haber obstaculizado la transformación de la tiranía, Platón se limita a recordarle una de las últimas conversaciones que tuvieron pocos días antes de su partida, de la que fueron testigos Arquedemo y Aristócrito.

En cuanto a la autenticidad de esta carta, es una de las que cuentan con más apoyos de los críticos (catorce contra ocho, según Guthrie). Más parece una carta abierta que privada, una especie de manifiesto político para apoyar a Dión en su programa de reformas políticas.

Como detalles sospechosos de autenticidad pueden citarse el preámbulo de salutación, que parece más propio de un sofista retórico de época más tardía. Hay semejanzas con el planteamiento de la *Apología*, en la que Sócrates

tes responde a dos tipos de acusadores, y, sobre todo, hay paralelos entre esta carta y la VII, que pueden hacer pensar que el autor de aquélla se inspira en la segunda, ya que Platón es con más seguridad autor de ésta.

Carta IV

Dirigida a Dión después de apoderarse éste de Siracusa en el año 357 a. C., Platón, que no puede ocultar sus simpatías a su amigo siciliano, le escribe dándole consejos para que iguale sus éxitos militares con una buena actuación personal y una sabia conducta política.

Escrita en la misma época que la tercera, esta carta no contiene nada que pueda convencernos de que realmente fue escrita por Platón. Sería muy sorprendente que, después de haber declarado rotundamente no querer intervenir en el conflicto siciliano, modificara tan rápidamente su actitud y se dedicara a excitar a los combatientes y a ofrecerles ayudas, que contrasta con la actitud que adopta en la *Carta VII* (350c), en la que condena las operaciones militares que Dión propone contra Dionisio. Más bien parece una composición epistolar tardía atribuida a Platón. La opinión general le es adversa y sólo algunos críticos se muestran favorables a ella. Tiene un aire retórico y contiene una profecía que no viene a cuento y que suena a falsificación.

Carta V

Carta de respuesta a Pérdicas III de Macedonia, que había solicitado consejos de Platón. Sirve de presentación de Eufreo, a quien envía Platón para satisfacer la petición de Pérdicas (365-360 a. C.), elogiando sus dotes políticas

y disculpándose de no intervenir personalmente. Fue escrita entre el segundo y el tercer viaje de Platón a Sicilia.

Pocos eruditos defienden su autenticidad. El pasaje sobre el idioma propio de cada régimen político (321d) parece tomado de *República* 493a y b. La negativa de Platón a intervenir en política no se corresponde con el tema de la carta, ya que ello es cosa de Eufreo, no de Platón. El lenguaje sobre el consejo se parece demasiado al de la VII, que es anterior. Parece que se quiere pintar maliciosamente a Platón como un defensor de Macedonia y de sus tiranos. Sólo los «panauténticos» la defienden: es un pastiche forjado a base de diversos diálogos platónicos.

Carta VI

Está dirigida a Hermías, tirano de Atarnea (al sur de la Tróade) a mediados del siglo IV a. C., a Erasto (citado en *Carta XII*) y a Corisco, padre de Neleo, el discípulo de Aristóteles y Teofrasto.

Platón exhorta a Hermías a mantener estrechas relaciones de amistad con sus discípulos, que vivían en la ciudad vecina de Escepsis, lo que redundaría en beneficio de ambas partes.

Esta carta fue condenada hace tiempo como no auténtica por las discrepancias entre la presunta ignorancia de Hermías (322c) por parte de Platón y el relato de Estrabón. Hay otras objeciones: tiene semejanzas de tono y estilo con la *Carta II* que llevarían a la conclusión de ser ambas de un mismo autor, lo que haría pensar que procede del mismo medio pitagórico que la II y la XIII. Hay autores que declaran espurias la III junto con la VI y la XIII. Post y Field las admiten todas. Wilamowitz, Howald, Geffcken y Pasquali se quedan sólo con la VI, aun-

que el primero de ellos aceptaría más tarde la VII y la XIII.

Carta VII

Esta carta está dirigida por Platón a los amigos y asociados de Dión cuando después de ser éste asesinado pudieron apoderarse de Siracusa en el año 353 a. C. Al parecer, responde a una petición de colaboración, pero se trata claramente de una carta abierta dirigida a una amplia audiencia, probablemente tanto a atenienses como siracusanos. Es la más larga de todas y, con mucho, la más importante de las cartas y la que disfruta de un mayor reconocimiento de autenticidad por parte de los críticos¹.

Aunque la carta pasa por ser un mensaje de consejo a los amigos de Dión, en realidad contiene una completa descripción y una justificación de la participación de Platón en los asuntos de Sicilia.

Empieza exponiendo en un exordio (323c-326b) su disposición a colaborar en los proyectos de restauración de Dión, que conoce perfectamente, y hace un resumen de su propia formación política, sus experiencias juveniles y su convicción final de que una buena política exige en su base una formación filosófica.

Sigue hablando de su amistad con Dión, la muerte de Dionisio I, el regreso de Platón a Atenas y su segundo

¹ N. GULLEY, «The Authenticity of the Platonic Epistles», *Pseudepigrapha*, I, Ginebra, 1972, págs. 103-130; G. J. D. AALDERS, «The Authenticity of the Eighth Platonic Epistle Reconsidered», *Mnem.* s. IV, 22 (1969), págs. 247 y 255; R. S. BLUCK, *Plato's Seventh and Eighth Letters*, Cambridge, 1947, pág. 112; G. PASQUALI, *Le lettere di Platone*, Florencia, 1938; E. G. CASKE, «Against Plato's Seventh Letter», *Cl. Phil.* 69 (1974), págs. 220-227.

viaje ya en el reinado de Dionisio II (el Joven), cuando creyó llegado el momento de poner en práctica la reforma del Estado (326c-328c). Termina esta parte con el destierro de Dión por Dionisio, que, sin embargo, retuvo al filósofo a su lado (328c-330b).

Aquí se interrumpe la exposición de acontecimientos y el narrador reflexiona sobre lo que constituye la parte principal de la carta, los consejos a propósito de la situación, que constituyen una digresión. Platón parte del principio de que no hay que imponer jamás un consejo, que sólo hay que dárselo a quienes están dispuestos a seguirlo. Ante todo, hay que evitar la violencia. Ya a Dionisio le había aconsejado rodearse de amigos virtuosos y empezar por controlarse a sí mismo, sin que el tirano le hiciera caso, lo que ocasionó los males de Sicilia, que Platón empieza a contar en una nueva digresión. Sigue hablando de la discordia entre Dionisio y Dión, el destierro de éste, la liberación de Siracusa, el asesinato de Dión y la personalidad de sus asesinos. Vuelve al tema y responde a esta pregunta: ¿qué debemos hacer para llevar a cabo los planes de Dión? Hay que reformar a los ciudadanos, hacer que recuperen los valores morales, convocar una asamblea que establezca una constitución, promulgue leyes equitativas y destruya el régimen arbitrario de la tiranía. Así reinarán en la ciudad una «igualdad y una comunidad de derechos para todos» (330c-337c).

Precisamente esta expresión (*pâsin koinà agathá*) constituye una de las partes más problemáticas de la carta. Müller, por ejemplo², considera que hay una seria inconsistencia entre esta afirmación y el carácter pragmático,

² G. MÜLLER, rec. de L. Edelstein, *Plato's Seventh Letter*, G. G. A. 221 (1969), pág. 191.

«realpolitische», del consejo político. Otros críticos, con una lectura detenida de la frase entera, llegan a la conclusión de que lo que hay que entender es «en beneficio de todos» y que Platón no pensaba en el Estado descrito en la *República*, sino un régimen de segunda clase, como el que inspiran las *Leyes*.

Sin embargo, según L. de Blois³, el consejo que da Platón en la *Carta VII* tiene otra naturaleza, y consiste en una serie de indicaciones prácticas que están directamente relacionadas con la situación de Siracusa en ese momento. El mismo autor cree que el propósito de tales avisos prácticos era introducir un *mínimum* de estabilidad, sin la que cualquier intento de reformas de mayor alcance estaba condenada al fracaso. Por ello, la *Carta VII* viene a dar una serie de precondiciones que hay que cumplir para conseguir dicha estabilidad y llegar a un punto de partida para reformas platónicas más radicales.

Platón sabía que estas condiciones (autocontrol, conciliación, sobriedad, mantenimiento de la ley y renuncia a conseguir el lucro) había desaparecido progresivamente de Atenas después del 403 a. C., y en especial después de la muerte de Sócrates en el 399 a. C., y no tenía deseos de participar en la vida política (324c-325e). En la *Carta VII* advierte contra la aceptación del puesto de consejero en Estados tan corruptos. Ya en la *República* y las *Leyes* había expresado la importancia que daba al cumplimiento de tales precondiciones.

En 326d y 336d se invoca la *isonomía*, empleada en el sentido antitiránico opuesto a *dynastía* y *tyrannis*. Aalders cree que aquí significa gobierno republicano limpio, com-

³ L. DE BLOIS, «Some Notes on Plato's Seventh Epistle», *Mnem.* s. IV, 32 (1979), fasc. 3-4, págs. 268-283.

pletamente legal, y alude a 337c, donde se cita *tò ison kai tò koinón* como «distribución equitativa de justicia para todos los ciudadanos». Platón se había negado a dar consejos cuando las leyes no eran las mismas para todos los ciudadanos. Según Diógenes Laercio (III 23), Platón no quiso colaborar en las legislaciones de Tebas y Arcadia porque no eran *isonomía*.

El autor de la carta, ya trazado el plan, reanuda la narración de sus viajes (el tercero) y expone cómo tuvo que ceder a las instancias de Dionisio y de Dión. Platón se dedica a explicarle al príncipe en qué consiste su verdadera filosofía, a cuya austera pedagogía no fue capaz de plegarse el tirano que, sin embargo, se llamaba filósofo y que incluso había escrito un manual con sus primeros principios.

Sigue una larga digresión filosófica sobre la teoría del conocimiento, terminada la cual Platón llega a la conclusión de la falta de aptitud de Dionisio para la filosofía.

En 342a dice: «Me gustaría extenderme con mayor amplitud en este tema, pues tal vez al obrar así quedará más clara mi intención». Así empieza el pasaje que habría que estudiar detenidamente, pues si Dión murió en el 354 y Platón en el 347, en el 353 tendría unos setenta y cinco años, de modo que, de ser auténtica esta carta, se trata de su último testamento filosófico, así como la última declaración en su propio nombre. Se considera a menudo como «digresión filosófica», pero, para Guthrie, Platón introduce este pasaje como una parte entera de un conjunto cuidadosamente compuesto. La carta es nada menos que una breve apología de su vida y de su pensamiento entero.

Platón plantea una cuestión epistemológica: ¿Cómo es posible el conocimiento de las realidades objetivas y cuáles

serían las precondiciones necesarias? En otro sentido, podría llamarse a esto un planteamiento de los papeles respectivos de la intuición y el pensamiento discursivo o metódico de la filosofía platónica. La respuesta de Platón a la pregunta sobre el conocimiento es que requiere la presencia de cinco (factores): en primer lugar, un nombre (para el que pone como ejemplo el círculo); en segundo lugar, una definición (*lógos*), un compuesto de nombres con otras partes del discurso. En tercer lugar, una representación sensible (*eídōlon*, «imagen»), copia imperfecta y no permanente de las realidades, ejemplificadas por los círculos o ruedas. Platón los utiliza como ejemplos, porque la creencia pitagórica en la importancia cósmica de la verdad matemática le ayudaba más a resolver el problema socrático del conocimiento enunciando la existencia de las ideas. Pero, como seguidor de Sócrates, extendía su teoría mucho más allá de las matemáticas, y especialmente en el campo ético.

En cuarto lugar, el conocimiento (de los tres primeros). Con este encabezamiento, Platón agrupaba al mismo tiempo el conocimiento o ciencia (*epistēmē*), el *noûs* y la creencia verdadera. Habría que remontarse al *Fedro*, el *Sofista*, el *Político* y las *Leyes* para seguir la evolución de Platón en este sentido, añadiendo también en algunos aspectos el *Filebo*, el *Teeteto*, *Menón* y *Fedón*. En quinto lugar aparecen las realidades, que constituyen los genuinos objetos del conocimiento. En todos sus planteamientos, la lección de los diálogos concuerda con la *Séptima Carta* (343e y 344b-c). Los cuatro elementos (objeto sensible, su nombre, definición y clasificación científica) únicamente pueden decirle a la mente qué clase de cosa es cada individuo, es decir, clasificarlo, pero no diferenciar entre miembros de la misma *infima species*.

Reanudando su historia, el autor recuerda las peripecias de sus últimos días en Sicilia, sus diferencias cada vez mayores con el tirano y la completa ruptura. Sólo le queda regresar a Atenas, después de muchos obstáculos. Se detiene en el Peloponeso, en Olimpia, donde encuentra a Dión con sus partidarios.

Termina la carta con reflexiones parecidas a sus consejos y se despide de sus corresponsales excusándose por la extensión de la carta (337e-350e).

Carta VIII

Esta carta cuya autenticidad es generalmente aceptada, está dirigida a los mismos corresponsales que la VII y parece escrita pocos meses después que ella, poco antes de que Calipo, el asesino de Dión, fuera expulsado del poder por Hiparino, hijo de Dionisio I y sobrino de Dión.

En ella se presenta Platón como el conciliador que siempre había querido ser. El filósofo trata de poner de acuerdo a los dos partidos en lucha, el de Dión y el de Dionisio, sin disimular la dificultad de la empresa. Empieza recordando todo lo que debe Sicilia a la casa real de Dionisio y haciéndoles ver que el resultado de una guerra civil sería una nueva esclavización de Sicilia por los cartagineses. Todos los griegos deben unirse para evitar la catástrofe, abolir el régimen tiránico y convertirlo en monarquía constitucional, parecida a la que instituyó Licurgo. Que el partido popular se abstenga de intentar establecer un régimen de absoluta libertad, cuya consecuencia es inevitablemente una reacción totalitaria.

Como consejos prácticos, hablando en nombre de Dión, sugiere que establezcan una autoridad responsable a cargo de tres jefes: Hiparino, el hijo de Dionisio el Viejo y Dio-

nisio el Joven. Que convoquen una asamblea para que se nombre a tres guardianes de la ley y establezca tribunales especialmente para cada delito y elija jueces.

Es una carta bellísima, llena de contenido político, ya que es la única que da detalles específicos de tipo constitucional y su autor se acerca mucho no sólo a los principios sino también al lenguaje de las *Leyes*; recomienda la misma escala de valores para mantener el Estado, la misma moderación entre exceso de libertad y esclavitud, el mismo consejo de buenas leyes como fuente de felicidad, idénticos planes para el nombramiento de guardianes de la ley y el establecimiento de tribunales de la ley. Siguiendo el código penal de las *Leyes*, prescribe la pena de muerte y la cárcel y el destierro como formas de castigo. Sin duda, su autor utilizó las *Leyes* como punto de referencia y también la *Carta VII*.

Carta IX

Dirigida a Arquitas de Tarento, filósofo pitagórico, amigo de Platón, e insigne matemático, no parece haber sido escrita antes del año 388, después del primer viaje de Platón a Sicilia, en el transcurso del cual debió de conocer a Arquitas.

A pesar de las dos veces que la cita Cicerón (*De finibus* III 14 y *De officiis* I 7), hay dos pasajes que nos impiden conceder una total confianza a su autenticidad: 358b, donde aparece un *katalimpánein* único en el sentido de *kataleípein*, y el epíteto *neanískos* atribuido a Equécrates si se trata del mismo que aparece en el *Fedón*, que en el 388 desde luego ya no era un *neanískos*. En cualquier caso, esta carta tiene pocos defensores.

Carta X

Es una carta brevísima, que podría ser platónica, ya que hay en ella abundantes reminiscencias de diálogos como el *Gorgias* 521d, e; *Teeteto*, 176c; *Fedón* 101c, *Filebo* 59b, c; *Timeo* 49b; *Carta VII* 336d, y sobre todo, *República* 499 ss., pero no tiene extensión suficiente (poco más de sesenta palabras) para asegurar su autenticidad.

Va dirigida a un tal Aristodoro, de quien no se sabe otra cosa que lo que se contiene en la carta. Es un amigo de Dión a quien el autor felicita por su lealtad, firmeza y salud moral, que constituyen la verdadera filosofía.

Carta XI

Es respuesta a una petición de colaboración para un código de leyes en la fundación de una colonia. Laodamante, el personaje a quien va dirigida, podría ser el matemático de Tasos fundador del método analítico en geometría citado por Proclo y Diógenes Laercio; en tal caso, la carta podría fecharse en torno al 360-359, ya que en tal fecha se fundaron las colonias Crenidas o Datos. Si es así, suponiendo que la carta sea de Platón, podría ser posterior a su regreso del tercer viaje a Sicilia. La alusión que se hace a Sócrates (358d-e) se supone que se refiere al joven Sócrates citado en el *Político*.

Los mismos críticos que aceptan la *Carta X*, y Pasquali con ellos, consideran auténtica la XI, que es tan platónica como otras, exceptuando un uso extraño de la preposición *perí*.

Carta XII

Ya en la Antigüedad se sospechaba de su autenticidad. Está dirigida, como la XI, a Arquitas y es un acuse de recibo de unos tratados pitagóricos. Estos tratados, al parecer, responden a una carta dirigida a Platón por el tirano, que es igualmente falsa, en la que se habla de un tal Ocelo de Lucania, un pitagórico cuyos escritos se compusieron lo más pronto en el siglo I a. C.

Otro ejemplo de su carácter espurio es que se habla de Arquitas, mientras que Platón siempre lo llamó Arquites.

Carta XIII

Esta carta, que cuenta con más rechazo que aceptación, es completamente distinta de las otras. Tiene un carácter estrictamente privado y podría haber sido escrita poco después del regreso de Platón de su segundo viaje a Sicilia h. 366-365 a. C.

En ella comunica Platón a Dionisio, a quien va dirigida, el cumplimiento de una serie de encargos personales, el envío de unas obras, varios regalos que le ha comprado, y le habla de los gastos a que tiene que hacer frente en Atenas de su parte. Sigue una referencia a Dión, en la que parece que le hace cómplice del tirano sobre un tema misterioso del que sólo habla a medias. Termina hablando de distintos temas de interés privado y de la contraseña para distinguir las cartas serias.

Esta carta, cuya autenticidad se discute desde el Renacimiento, es difícil de refutar basándonos en argumentos extrínsecos, pero un examen directo suscita la desconfianza.

Nos presenta a un Platón desconocido, relacionado con Dionisio como un vulgar cortesano, comisionista, hombre de negocios más que sabio preocupado de la formación de la gente, que parece más atento a los intereses del tirano que a los de Dión.

Hay una gran cantidad de detalles circunstanciales imposibles de comprobar. En cuanto al estilo y vocabulario, recuerda más los diálogos de la última época, cosa extraña habida cuenta del supuesto período de la carta; el vocabulario es pobre, con fórmulas que se repiten de forma monótona. Todo lleva a la conclusión de que se trata de una falsificación, obra de algún epistológrafo especializado en acumular detalles de interés personal para alimentar el gusto del público por el cotilleo biográfico.

CARTA I

PLATÓN DESEA BUENA SUERTE A DIONISIO ¹

Durante mi larga estancia entre vosotros como ministro ^{309a} de la máxima confianza de vuestro gobierno, vosotros disfrutabais de las ventajas y yo aguantaba las calumnias por duras que fueran, porque sabía que no se podría creer que ninguna de vuestras más grandes crueldades se habían cometido con mi consentimiento; en efecto, todos los que ^b participaron en vuestro gobierno son mis testigos de la ayuda que yo presté a muchos de ellos, librándolos de grandes castigos. Pero después de haber salvaguardado mil veces vuestra ciudad cuando disfrutaba de plenos poderes, fui despedido más ignominiosamente que un mendigo, me expulsasteis y me ordenasteis embarcar, después de haber permanecido tanto tiempo entre vosotros ². Pues bien, yo procuraré, en lo que a mí se refiere, vivir en adelante de

¹ Como fórmula de saludo, εὖ πράττειν es conscientemente ambigua, ya que puede significar «ser feliz» o «pasarlo bien». Véase *Gorgias* 495e y *Rep.* 353e. Platón aquí la prefiere al más corriente χαίρειν por los motivos que da al principio de la *Carta III*.

² En este caso, Platón se dirige en plural a los colaboradores de Dionisio, mientras que a continuación, en singular, alude únicamente al tirano.

manera más retraída, pero tú, tirano como eres, vivirás
 c aislado. Y en cuanto a la «espléndida» cantidad de dinero
 que me diste para el viaje, te lo lleva Baqueo, el porta-
 dor de esta carta, ya que ni era suficiente para los gastos
 del viaje ni útil para el resto de mi vida y, en cambio,
 no te proporcionaba a ti el darlo mayor ignominia que a
 mí el recibirlo. Por eso no lo acepto. Evidentemente, para
 ti no significa nada recibir o dar una cantidad así, de mo-
 do que acéptala para que puedas agasajar a cualquier otro
 amigo tuyo como has hecho conmigo.

d Por mi parte, ya he sido bastante agasajado por ti.
 Para mí es oportuno citar el verso de Eurípides: cuando
 algún día se te derrumben todas las cosas,

*desearás tener a tu lado un hombre como yo*³.

También quiero recordarte que la mayoría de los otros
 trágicos, cuando presentan en escena a un tirano murien-
 do a manos de alguien, le hacen declamar:

310 *carente de amigos, perezco, desgraciado de mí*⁴.

Pero nadie lo ha representado muriendo por falta de
 dinero. Y tampoco están mal, a juicio de las personas sen-
 satas, estos versos:

Ni el oro brillante, tan escaso en la vida sin esperanza
[de los mortales,
ni el diamante ni los lechos de plata preciosos para el ser
[humano,

³ Eurípides, fr. 956 de Nauck.

⁴ Fr. de una tragedia desconocida. Fr. Adesp. Nauck 347.

*Ni los campos fecundos de la extensa tierra, cargados de
[frutos espléndidos,
brillan ante la vista como la concordia de pensamiento
[entre los hombres de bien⁵.*

Adiós; y reconoce tus grandes errores conmigo para b
que puedas tratar mejor a los demás.

⁵ Versos de un autor lírico desconocido. Fr. Adesp. 138 Bergk.

CARTA II

PLATÓN DESEA BUENA SUERTE A DIONISIO

He oído decir a Arquedemo¹ que piensas que no sólo yo debo mantener silencio respecto a ti, sino que también mis amigos deben abstenerse de hacer o decir cualquier cosa desagradable que te afecte. Únicamente exceptúas a Dión. Y precisamente esta expresión «Dión esté exceptuado» demuestra que yo no tengo ninguna influencia sobre mis amigos, porque si la tuviera, tanto sobre los otros como sobre ti y sobre Dión, afirmo que irían las cosas mejor para todos nosotros y para el resto de los griegos. En realidad, mi fuerza consiste en adecuarme totalmente a mi doctrina. Y digo esto porque Cratistolo y Políxeno² no te han contado nada sensato; de uno de ellos se afirma

¹ Arquedemo era discípulo de Arquitas de Tarento, el científico pitagórico. Se le cita varias veces: *Carta* III 319a; VII 339a, 349d. Platón vivió en su casa, en Siracusa, durante algún tiempo. Fue testigo de la importante conversación que Platón tuvo con Dionisio y actuó a menudo de intermediario entre ambos.

² De Cratistolo no sabemos nada. Políxeno, a quien también se cita en 314c, fue sin duda el famoso sofista, discípulo de Brisón de Mégara, el que objetó «el tercer hombre» a la teoría de las ideas.

que había oído en los Juegos Olímpicos³ a muchos de los míos hablando mal de ti. A lo mejor tiene el oído más fino que yo, porque yo, desde luego, no lo he oído. Lo que debes hacer en lo sucesivo, en mi opinión, cuando alguien te diga algo parecido sobre alguno de nosotros, es escribirme una carta y preguntarme a mí, que yo te diré la verdad sin miedo ni falsas vergüenzas.

La situación en que se encuentran nuestras mutuas relaciones es la siguiente: ni somos nosotros unos desconocidos, por así decirlo, para ningún griego, ni nuestra relación es un secreto, ni olvides que tampoco se mantendrá en secreto en el futuro; tan grande es el número de los que han recibido el recuerdo de ella como una relación intensa y activa. ¿Qué quiero decir ahora con esto? Voy a explicártelo remontándome a los orígenes. La sabiduría y el poder grande tienden a estar unidos por naturaleza y constantemente se persiguen, se buscan y se reúnen; a continuación, a los hombres les gusta hablar de ello y oír hablar de otros en sus conversaciones privadas o en los poemas. Así, por ejemplo, cuando hablan de Hierón y de Pausanias el lacedemonio, disfrutan recordando sus relaciones con Simónides, sus hechos y lo que dijo respecto a ellos. Suelen celebrar conjuntamente a Periandro de Corinto y a Tales de Mileto, a Pericles y a Anaxágoras, a Creso y a Solón como sabios y a Ciro como soberano⁴.

³ Probablemente se trata de los Juegos Olímpicos del año 364 a. C., y no del 360 como en *Carta VII 350b*.

⁴ Hierón el Viejo fue tirano de Gela y Siracusa (485-467 a. C.). Pausanias derrotó a los persas en Platea en el 479 a. C. A sus relaciones con Simónides alude PLUTARCO (*Pausanias III 8, 2*). Periandro aquí no está considerado como uno de los Siete Sabios, sino como jefe de Estado opuesto a Tales de Mileto, que sí es el sabio. La relaciones entre Pericles y Anaxágoras son conocidas de sobra (PLATÓN, *Fedro 270a* y *Alcí-*

Y los poetas, imitando precisamente estos casos, reúnen los nombres de Creonte y Tiresias, Políido y Minos, Agamenón y Néstor, Odiseo y Palamedes⁵..., y, en mi opinión, también de modo parecido los hombres antiguos relacionaron a Prometeo con Zeus. A una parte de ellos los representa en discordia, a otros en recíproca amistad, a otros unas veces en armonía y otras en desacuerdo, conformes en unas cosas y disconformes en otras. Y digo todo esto queriendo darte a entender que, una vez que hayamos muerto, no quedará silenciada nuestra fama y que, en consecuencia, debemos velar por ella. Es preciso, en efecto, a mi entender, preocuparnos del futuro, pues ocurre que por una cierta ley natural los seres más viles se desentienden totalmente de él, mientras que los más cabales ponen todos los esfuerzos para merecer los elogios de la posteridad. Esto es precisamente lo que yo considero como una prueba de que los muertos perciben algo de este mundo⁶, ya que los espíritus más selectos tienen el presentimiento de que las cosas son así, mientras que los más ruines lo niegan, y tienen más valor los oráculos de los hombres semejantes a dioses que los de los otros. Yo creo que, si las personas de las que estaba hablando pudieran rectificar los errores de sus mutuas relaciones, pondrían

biades I 118c). Heródoto refiere las relaciones entre Creso y Solón (I 29) y adjudica a Creso el papel de consejero de Ciro (HDT. III 36). En todo caso, aquí prevalece su condición de sabio sobre la de poderoso por su riqueza.

⁵ Creonte y Tiresias son personajes de Sófocles (*Antígona* y *Edipo Rey*); Políido y Minos, de Eurípides (*Políido*); según Homero, Políido fue un adivino de la corte de Menelao. Néstor, Odiseo y Palamedes son tres hombres sabios unidos a Agamenón por Homero y los trágicos. Esquilo en su *Prometeo* nos habla de éste y de Zeus.

⁶ Tema al que alude también en *Menéxeno* 248c y *Apología* 40c ss.

todo el empeño para que su fama fuera mejor de lo que es ahora⁷. Nosotros todavía podemos, dicho sea con la ayuda de dios, rectificar de palabra y de hecho cuanto no haya sido correcto en nuestras relaciones anteriores. En lo que a la filosofía se refiere, afirmo que la verdadera opinión y lo que se diga de ella será mejor si nosotros somos honestos, mientras que si somos mezquinos ocurrirá e lo contrario. Y, desde luego, no podríamos hacer nada más sagrado que preocuparnos de ella ni nada más impío que desentendernos. Voy en vista de ello a exponer cómo puede realizarse y lo que exige la justicia. Yo vine a Sicilia con la fama de superar con mucho a los otros 312 filósofos y llegué a Siracusa con el deseo de recibir tu testimonio de ello, para que gracias a mí la filosofía fuera homenajeada incluso entre la masa. Pero no conseguí un resultado satisfactorio, y como causa de ello no voy a señalar lo que muchos afirmarían, sino más bien el hecho de que daba la impresión de que tú no tenías demasiada confianza en mí; más bien parecía que querías despedirme de algún modo y mandar llamar a otros y que procurabas averiguar mis planes, porque desconfiabas de mí, me imagino. Eran muchos los que ponían el grito en el cielo a b propósito de esta situación, afirmando que me habías despreciado y que te interesabas por otras cuestiones. Esto es lo que se ha divulgado por todas partes. Escucha ahora lo que es justo que hagas a partir de ahora, con lo que tendrás la respuesta a tu pregunta sobre la actitud recíproca que debemos mantener entre nosotros. Si has llegado a despreciar totalmente la filosofía, déjala de lado; si has oído a otro o tú mismo has descubierto una doctrina me-

⁷ Véase *Banquete* 208c ss. sobre la fama póstuma.

jor que la mía, dedica a ella tu estima⁸. Pero si es mi doctrina la que te agrada, tienes que testimoniarme la máxima estimación. Por consiguiente, en la actual ocasión, como ha ocurrido desde el principio, tú abres camino y yo te seguiré; si tú me honras, yo te honraré, y si me desdénas, tampoco haré nada. Además, honrándome a mí y tomando tú mismo la iniciativa en esto, dará la impresión de que honras a la filosofía y te proporcionará ante muchos la fama como filósofo, que es precisamente lo que buscabas en tu trato con otros filósofos. En cambio yo, si te rindo honores sin que tú me correspondas, daré la impresión de que admiro y persigo la riqueza, y ya sabemos que esta conducta entre todo el mundo no tiene un bonito nombre. Para decirlo en pocas palabras, tu deferencia conmigo es un honor para ambos; la mía, en cambio, es una ignominia para los dos. Y sobre este tema ya es suficiente.

La esferita no es correcta⁹; ya te lo explicará Arquedemo cuando vaya. También tiene que explicarte con más detalle otra cuestión más importante y más elevada que la anterior, sobre la que tú lo enviaste en busca de solución. Dices, en efecto, por lo que él cuenta, que no te ha sido suficientemente revelada la naturaleza del «Primero»¹⁰. Tengo que explicártelo por medio de enigmas, pa-

⁸ Sobre Dionisio como filósofo, véase *Carta VII* 345b, y sobre el honor y el deshonor, *Carta VII* 345c y 350c.

⁹ Parece que trata de una esfera diseñada para explicar los movimientos de los cuerpos celestes, cuya invención atribuye Cicerón a Tales de Mileto y su perfeccionamiento a un discípulo de Platón, Eudoxo de Cnido (Cic., *De rep.* I 14; *De nat. deor.* II 34).

¹⁰ Para esta frase, véase *Leyes* 886c. La explicación que sigue sobre los tres principios es un galimatías difícil de adjudicar a Platón, a quien muy pocos atribuyen esta carta.

ra que si mi carta sufre algún accidente por tierra o por mar, el que la lea no pueda entenderlo. He aquí cómo es: en torno al rey del universo gravitan todas las cosas, y todas existen por él, y él es la causa de toda belleza; lo segundo está en torno a las cosas segundas, y lo tercero en torno a lo tercero. Pues bien, el alma humana aspira a averiguar la calidad de estas cosas mirando a las que son afines a ella misma, ninguna de las cuales la satisface. Ciertamente, ni en lo que se refiere al rey ni a lo que aludí hay nada parecido. Entonces el alma pregunta: ¿qué clase de naturaleza es? Es esta pregunta, hijo de Dionisio y Dórida, la que es causa de todos los males, o más bien es el dolor de parto que por ella se produce en el alma y si no se libra de él no es posible que pueda alcanzar algún día la verdad. Tú mismo me dijiste en el jardín bajo los laureles que lo habías entendido y que era tu descubrimiento. Yo te contesté que, si, efectivamente, te parecía así, me habrías ahorrado muchos discursos, y añadí que nunca había encontrado a nadie que lo hubiera descubierto y que mi intensa actividad estaba dedicada a ello. Es posible que tú hayas oído a alguien la solución o tal vez un designio divino te impulsó a ello, y a continuación, creyendo tener firmes las demostraciones, no las aseguraste, sino que se te precipitan unas veces de un modo y otras de otro en torno a lo aparente, pero nada es así en realidad¹¹. Esto no te ha ocurrido únicamente a ti; ten la seguridad de que nadie me oyó nunca empezar esta cuestión sin encontrarse así desde el principio. Unos se liberan con más trabajo, otros con menos, pero casi ninguno con poco esfuerzo.

¹¹ Hay aquí resonancias del *Teeteto* 151a ss. o del *Menón* 97e ss. Véase también *Carta* VII 340b, 343c, 344b.

Puesto que las cosas han ocurrido así y en tal estado se encuentran ahora, casi hemos resuelto, en mi opinión, la consulta que me hiciste sobre cómo deben ser nuestras mutuas relaciones. Ya que sometes a prueba mi doctrina, tanto reuniéndote con otros como comparándola con las que otros enseñan y considerándola por sí misma, esta doctrina arraigará en ti si la prueba es auténtica, y te familiarizarás con ella y con nosotros. ¿Cómo se producirá esto y todo lo que hemos dicho? Has hecho bien al enviarme en esta ocasión a Arquedemo, y en el futuro, cuando haya regresado a ti y te haya comunicado mi mensaje, probablemente surgirán en ti a continuación otras dificultades. Entonces será una decisión correcta por tu parte enviarme de nuevo a Arquedemo, y él, como intermediario de este negocio, volverá a ti nuevamente. Y si haces esto dos o tres veces y compruebas cuidadosamente los comunicados que yo te envíe, me extrañaría que tus actuales dudas no cambien radicalmente. Animo, pues, y obrad¹² de esta manera, pues seguro que ni tú podrías impulsar ni Arquedemo practicar un comercio más hermoso ni más agradable a los dioses que éste. Procura, sin embargo, que estos mensajes no vayan a parar a manos de personas incultas, pues en mi opinión no hay tal vez enseñanzas más ridículas que éstas para el vulgo, ni tampoco más admirables ni más inspiradas para las personas naturalmente bien dotadas. Repetidas innumerables veces y escuchadas sin interrupción durante muchos años, con grandes esfuerzos acaban por purificarse como se purifica el oro. Pero presta atención a lo maravilloso en este tema: hay hombres, y muchos por cierto, que han oído estas enseñanzas, tienen capacidad para aprender, para recordar, para juzgar

¹² Se refiere en plural a Dionisio y Arquedemo.

y criticar a fondo, y ya mayores y después de recibir estas enseñanzas durante no menos de treinta años, dicen que es ahora cuando les parece más convincente y absolutamente evidente lo que entonces les parecía increíble. Pues bien, considerando esto, procura no tener que arrepentirte algún día por haber dejado divulgarse algo indebidamente.

c La mejor defensa es, no escribir, sino aprender de memoria, pues es imposible que lo escrito no acabe por divulgarse. Esta es la razón por la que yo no he escrito nunca acerca de estos temas, y no hay obra alguna de Platón ni la habrá ¹³. Las que ahora se dice que son tuyas son de Sócrates en la época de su bella juventud. Adiós, y hazme caso; de momento, tan pronto como hayas leído y releído esta carta, quémala.

Ya basta con este tema. Te sorprende que te haya enviado a Polixeno. Pero yo respeto a Licofrón ¹⁴ y a los otros que te rodean; te he repetido antes y ahora el mismo argumento, que en materia de dialéctica tú les superas con mucho, tanto por tus cualidades naturales como por tu método de discusión; ninguno de ellos se deja rebatir voluntariamente, sino muy a su pesar. Me parece que les has tratado y recompensado muy convenientemente. Ya es suficiente respecto a ellos, incluso mucho para lo que valen. A Filistión ¹⁵, si lo necesitas utilízalo bien, y si pue-

¹³ Lo mismo se dice en *Carta VII* 341c. Estas afirmaciones han provocado grandes discusiones, así como la frase siguiente, que da a entender que lo que Platón había escrito hasta ese momento no reflejaba sus convicciones personales, sino que era consecuencia de las enseñanzas recibidas.

¹⁴ Aristóteles cita con frecuencia a un sofista de este nombre, aunque no puede identificarse con certeza.

¹⁵ Médico eminente que desempeñaba sus funciones en la corte de Dionisio.

des, préstaselo a Espeusipo y envíaselo. También Espeusipo se une a este ruego, y también Filistión me prometió que si tú le dejabas, vendría con mucho gusto a Atenas. En cuanto al que salió de las canteras¹⁶, hiciste bien en dejarle marchar; la solicitud referente a sus familiares y a Hegesipo el hijo de Aristón es fácil de satisfacer, pues ya me hiciste comunicar que, si se cometía alguna injusticia con él o con aquéllos y tú te enterabas, no lo permitirías. En cuanto a Lisiclides¹⁷, hay que decir la verdad: 315 de todos los que han venido a Atenas procedentes de Sicilia es el único que no ha cambiado de opinión sobre las relaciones entre tú y yo, sino que no deja de hablar bien sobre lo que se ha hecho y con las mejores intenciones.

¹⁶ Las canteras se empleaban como prisión. No se sabe de quién se trata.

¹⁷ Tampoco se sabe nada de él, aparte de esta cita.

CARTA III

PLATÓN A DIONISIO: ¡ALÉGRATE ¹!

Al encabezar así mi carta, ¿habré dado con la fórmula correcta de saludo? ¿O más bien debería escribir «buena suerte», como suelo saludar en las cartas que dirijo a mis amigos? Porque tú mismo, según cuentan los que entonces fueron festigos en Delfos, saludaste al dios con esta misma fórmula, y dejaste escrito, según cuentan:

Alégrate y mantén feliz la vida del tirano.

Yo, en cambio, ni a un hombre querría hacer tales votos ni, evidentemente, menos aún a un dios ²: a un dios, porque haría votos por algo contrario a la naturaleza divina, que está establecida más allá del placer y del dolor; al hombre, porque en la mayoría de los casos el placer y el dolor producen un daño, ya que engendran en el alma torpeza de espíritu, olvido, estupidez y violencia. Dicho sea esto por mi parte respecto al saludo, y tú, después de haberlo leído, elige como te guste.

¹ Sobre la fórmula de saludo, véase nota 1 a la Carta I.

² Cf. *Filebo* 33b y *Epínomis* 985a.

Muchos comentan que andas diciendo a algunos de los que te han sido enviados que, al oír yo en cierta ocasión tu proyecto de restablecer las ciudades griegas de Sicilia ^d y aliviar la situación de los siracusanos transformando tu tiranía en un régimen de gobierno, te impedí hacerlo en aquella ocasión, según afirmas, a pesar de tu gran interés, y que ahora estaría comprometiendo a Dión a llevar a cabo ^e esos mismos proyectos y que tratamos de arrebatarte el poder utilizando tus propias ideas. Tú sabrás si te beneficia algo hacer estas declaraciones, pero lo cierto es que cometes conmigo una injusticia afirmando lo contrario de lo que realmente ocurrió. Ya es suficiente haber sido difamado por Filistides ³ y otros muchos ante los mercenarios ⁴ y ante el pueblo de Siracusa por haber permanecido en la acrópolis, y que los de fuera, si se cometía alguna equivocación, todo me lo achacaran a mí, afirmando que tú me hacías caso en todo. Pero tu sabes perfectamente que de las cuestiones políticas yo colaboré contigo de buen ³¹⁶ grado en muy pocas al principio, cuando creía que podía prestar algún servicio, y que sólo me ocupé con un discreto interés, entre otras pequeñas cuestiones, de los preámbulos de las leyes ⁵, independientemente de lo que tú o algún otro añadisteis después. He oído decir, en efecto, que algunos de vosotros habéis estado arreglando los preámbulos, pero, evidentemente, los diferentes textos podrán juzgarlos quienes conozcan mi carácter. Por ello, como dije hace poco, no necesito que se me calumnie una vez más ante los siracusanos ni ante cualesquiera otros a los que

³ Posiblemente se le pueda identificar con el historiador siciliano Filisto, desterrado por Dionisio I y posteriormente vuelto a llamar.

⁴ Cf. *Carta* VII 348a-b.

⁵ Cf. *Leyes* 722d ss.

puedan convencer tus palabras, sino más bien que se me defienda tanto contra la anterior acusación como contra la que ahora se ha añadido a ella, mucho más importante y más grave. Contra esta doble calumnia tengo que presentar una doble defensa ^b, la primera para justificar que obré razonablemente al rehusar mi colaboración contigo en el gobierno de la ciudad, y, en segundo lugar, que no fue mío ese consejo ni ese impedimento al que te has referido al afirmar que yo fui un obstáculo a tu proyecto de restablecer las ciudades griegas. Préstame, pues, atención en primer lugar a lo que se refiere al primer punto. ^c

Ya fui a Siracusa llamado por ti y por Dión. Este último, persona muy conocida por mí, unidos de tiempo por vínculos de hospitalidad, se encontraba en esa edad madura y reposada que necesitan ineludiblemente las personas que tienen un mínimo sentido común cuando van a deliberar sobre problemas tan importantes como eran entonces los tuyos. Tú, en cambio, eras muy joven y tenías una gran inexperiencia en materias en las que tenías que haber sido un gran experto, y eras para mí un completo desconocido. Más tarde, tal vez obra de un hombre, tal vez de ^d un dios o de un azar del destino, Dión fue desterrado y quedaste solo. ¿Acaso crees que yo habría podido en aquellos momentos colaborar contigo en materias de Estado, yo que había perdido al compañero sensato y veía al insensato a merced de una multitud de hombres perversos, sin gobernar, pero imaginándose que gobernaba, y en realidad gobernado por gentes de esa clase? En tales circunstancias, ¿qué podía hacer yo? ¿Es que no hice lo que no tenía más remedio que hacer? Despedirme de la política, ^e

⁶ En la *Apología* expresa Sócrates la necesidad de defenderse de dos clases de calumniadores (*Apol.* 318a).

prevenirme contra las calumnias de los envidiosos, e intentar por todos los medios que reanudarais vuestra amistad, a pesar de vuestras divisiones y vuestras discordias. Tú mismo eres testigo de ello, de que no dejé nunca de perseguir este objetivo. Y fue trabajoso, pero se acordó entre nosotros que yo embarcaría para mi patria, puesto que ³¹⁷ vuestro país estaba en guerra ⁷, y que, una vez restablecida la paz, tanto Dión como yo regresaríamos a Siracusa invitados por ti. Tal es la verdad de lo ocurrido respecto a mi primer viaje a Siracusa ⁸ y mi feliz regreso a la patria. En cuanto a la segunda parte, al restablecerse la paz me llamaste, pero no de acuerdo a lo pactado, sino que me diste instrucciones para que fuera solo, prometiendo llamar a Dión más adelante. Y por eso no fui, pero con ello también contrarié a Dión, pues creía que era preferible ^b que yo acudiera y me pusiera a tus órdenes. Más tarde, transcurrido un año, llegó una trirreme con una carta tuya que empezaba diciendo que, si yo acudía, todos los asuntos de Dión se resolverían según mis deseos, pero que, si me negaba a ir, ocurriría lo contrario. Me da vergüenza ^c decir cuántas cartas tuyas y de otras personas que seguían tus indicaciones llegaron de Italia y de Sicilia a tantos de mis parientes y conocidos; todas me impulsaban a partir y me pedían encarecidamente que obedeciera tus deseos. Todos opinaban, empezando por Dión, que yo debía zarpar y no demorarme. Sin embargo, yo me excusaba alegando mi edad ⁹, y, en cuanto a ti, insistía en que no se-

⁷ Es posible que se refiera a la guerra que sostuvo Dionisio contra los lucanos.

⁸ Para los sucesos de la primera visita, véase *Carta* VII 327c ss., 338a, b; para la segunda visita, *Carta* VII 338b ss., 345c ss.

⁹ En 361 a. C. tenía Platón unos 67 años.

rías capaz de enfrentarte a nuestros calumniadores, que estaban deseando enemistarnos. Yo me daba cuenta entonces, como lo veo también ahora, de que las fortunas grandes y desmesuradas, tanto de los particulares como de los monarcas, cuanto mayores son, más suelen alimentar a calumniadores y compañeros de placer que ocasionan un daño ignominioso; éste es el daño más grande, sin comparación, que engendran la riqueza y cualquier otro tipo de poder. A pesar de lo cual, prescindiendo de cualquier otro tipo de razonamiento acudí, considerando que no debía dar lugar a que ninguno de mis amigos me acusara de haber perdido todos sus bienes por culpa de mi negligencia, pudiendo conservarlos. Llegué, y tú ya sabes todo lo que ocurrió a partir de ese momento: te pedí ante todo, según el acuerdo contenido en tus cartas, que repatriaras a Dión reconciliándote con él y explicándote los términos de la reconciliación, gracias a la cual, si me hubieras hecho caso entonces los acontecimientos se habrían producido mejor de lo que lo han hecho, tanto para ti como para Siracusa y para todos los griegos. Así, al menos, lo da a entender mi opinión. En segundo lugar, yo te pedía que los bienes de Dión los tuviera su familia y que no los controlaran los administradores que tú conoces¹⁰. Además de esto, yo estimaba que se le debía enviar cada año el producto habitual de la renta y aun aumentar la remesa y no disminuirla aprovechando mi presencia. Como no tuve éxito en ninguna de estas peticiones, pensé marcharme. Entonces tú me convenciste de que me quedara durante un año, prometiendo devolver la fortuna entera de Dión, enviando la mitad a Corinto y dejándole el resto ahí para su hijo.

¹⁰ Los datos aquí contenidos no coinciden con los de la *Carta VIII*.

Aunque podría detallar muchas de las promesas tuyas que no cumpliste, es tan grande su número que prescindo de ello. Vendiste, en efecto, todos los bienes de Dión sin su consentimiento, a pesar de haber afirmado que no procederías a la venta sin contar con él, y así, mi admirado amigo, pusiste un descaradísimo broche de oro a todas tus hermosas promesas: ideaste un procedimiento que no era ni elegante, ni discreto, ni justo, ni conveniente, trataste de intimidarme, como si no conociera lo que estaba ocurriendo en aquellos momentos, a fin de que no hiciera ninguna gestión para que se enviara el dinero. En efecto, cuando desterraste a Heraclides¹¹, lo que pareció injusto a los siracusanos y a mí, puesto que juntamente con Teodotes y Euribio¹² te pedí que no llevaras a cabo esta orden, tomaste esta gestión como pretexto suficiente para decir que era evidente desde hacía tiempo que no me preocupaba de ti en absoluto y sí, en cambio, de Dión y de los amigos y parientes de Dión; y puesto que en aquel momento Teodotes y Heraclides, que eran amigos de Dión, estaban bajo los efectos de una acusación, yo estaba haciendo todos los esfuerzos para evitar que fueran castigados. Éstas fueron nuestras mutuas relaciones en lo que se refiere a la política. Si observaste algún otro gesto inamistoso por mi parte respecto a ti, lógicamente debes pensar que todo ha tenido el mismo origen. Y no te sorprendas por ello, pues con razón me consideraría un hombre ruin cualquier persona sensata si, seducido por la grandeza de tu poder, yo hubiera traicionado a mi antiguo amigo

¹¹ Noble siracusano, partidario entusiasta de Dión, que contribuyó a la caída de la tiranía. Véase *Carta VII* 348b ss.; NEPOTE, *Dion.* 5 y 6, y PLUT., *Dion.* 32, 53.

¹² Teodotes, tío de Heraclides, con quien aparece asociado tanto en las cartas como en Plutarco. Euribio es un personaje desconocido.

y huésped que se encontraba en desgracia por tu culpa, que no era en nada inferior a ti, por decirlo de alguna manera ¹³, y me hubiera puesto de tu parte, su ofensor injusto, acatando todas tus órdenes, sin otro motivo, evidentemente, que el afán de riquezas: porque no habría podido explicarse de otra manera mi cambio de postura, en el caso de que yo hubiera cambiado. Esta realidad ocurrida ha creado entre nosotros, por tu culpa, nuestra «amistad de lobo» ¹⁴ y la disensión entre nosotros.

El relato hasta ahora transcurrido me lleva casi sin interrupción al punto sobre el que yo decía que debía defenderme. Examina y reflexiona con toda atención a ver si te parece que trato de engañarte y que no digo la verdad. ³¹⁹ Yo afirmo que tú, en el jardín, estando presentes Arquedemo y Aristócrito ¹⁵, unos veinte días antes de mi partida de Siracusa, me hiciste el mismo reproche que sigues haciéndome ahora, que yo me interesaba más por Heraclides y por todos los otros que por ti. Y delante de ellos me preguntaste si recordaba que desde los primeros días de mi llegada te había aconsejado restablecer las ciudades griegas. Yo te contesté que, efectivamente, lo recordaba y que todavía lo consideraba como la mejor medida. Y tengo que contar también, Dionisio, lo que entonces se dijo a continuación: yo te pregunté por mi parte si te había dado sólo este consejo o si había añadido algo más. Tú me contestaste enfurecido y en tono ofensivo para mí, según tú creías (luego resultó que lo que para ti era entonces un

¹³ En realidad, le está diciendo con eufemismo «mejor que tú».

¹⁴ El sustantivo *λυκοφιλία* expresa sus relaciones de recelos y disensiones mutuos.

¹⁵ Cf. *Carta XIII* 363d. En cuanto a la expresión «en el jardín», cf. *Carta II* 313a.

insulto, ahora se ha convertido de sueño en realidad ¹⁶), y me dijiste, con risa forzada, si mal no recuerdo: «Tú me aconsejabas que hiciera todo eso después de haberme instruido previamente, y si no, que no lo hiciera». «Lo has recordado perfectamente», dije yo. Y tú continuaste: «¿Después de haberme instruido en geometría ¹⁷ o cómo?» Y yo entonces no dije lo que se me estaba ocurriendo, por miedo a que por una pequeña frase se me cerrara el anhelado camino abierto que tenía para embarcar. Pero con todo este relato he querido decir lo siguiente: no me calumnies afirmando que yo me oponía el restablecimiento de las ciudades griegas devastadas por los bárbaros y a que suavizaras la situación de los siracusanos convirtiendo la tiranía en un régimen de gobierno. No podrías forjar contra mí acusaciones menos adecuadas a mi carácter, y, además, yo podría refutarte con argumentos todavía más evidentes que éstos si hubiera un tribunal competente, demostrando que fui yo el que aconsejó y tú el que no quisiste tomar tales medidas. Y, desde luego, no sería difícil poner en evidencia que esto era lo mejor que hubiera podido hacerse, tanto para ti como para los siracusanos y para todos los sicilianos. Por ello, querido amigo, si niegas haber pronunciado las palabras que has pronunciado, me doy por satisfecho; y si lo confiesas, convencido de que Estesícoro era un sabio, debes imitar su palinodia y cambiar de la mentira a la verdad ¹⁸.

¹⁶ Parece querer decir que el esquema educativo de Platón, del que se había burlado Dionisio, fue el secreto del éxito de Dión, el «sueño» del «filósofo rey» llevado a cabo en su persona.

¹⁷ Platón se refiere en la *República* a la utilidad de la geometría para la educación de los filósofos.

¹⁸ Estesícoro (ca. 600 a. C.), poeta siciliano, fue castigado con la ceguera por haber atacado la reputación de Helena, pero recobró la vista cuando se retractó en su palinodia. Cf. *Fedro* 243a, b.

CARTA IV

PLATÓN DESEA BUENA SUERTE A DIONISIO

Creo que mi buena voluntad siempre ha estado de ma- 320
nifiesto en cuanto a las acciones realizadas ¹, así como el
gran interés que tenía en llevarlas a término felizmente,
sin tener otro motivo más apremiante que mi entusiasmo
por las empresas nobles ². Pienso, en efecto, que es jus-
to que los que son realmente hombres de bien y actúan ^b
coherentemente alcancen el honor que merecen. Pues bien,
por el momento, gracias a dios esto va bien, pero es en
el porvenir cuando la lucha será más dura. Destacar en
el valor, la rapidez y la fuerza física puede parecer patri-
monio también de otras personas, pero por lo que se re-
fiere a la verdad, la justicia, la generosidad y la actitud ^c
adecuada en todos estos aspectos, cualquiera reconocerá
que destacan lógicamente sobre los demás quienes se es-
fuerzan en honrarlas. Esto que estoy diciendo es evidente,

¹ Alude a las operaciones militares llevadas a cabo por Dión en Sicilia en el 357 a. C., hacia las que expresa Platón su apoyo moral, ya que nunca prestó colaboración activa en la ofensiva de Dión contra Dionisio.

² Esta referencia a los planes de Dión para la reforma política de Sicilia no coincide con la actitud que refleja en *Carta VII 350d*, donde califica de πάντα κακά los planes de Dión.

pero es preciso también que nos recordemos a nosotros mismos que aquellos que tú sabes³, deben distinguirse de los demás más que los hombres de los niños⁴. Es preciso, pues, que seamos visiblemente tal como pretendemos ser, sobre todo teniendo en cuenta que con la ayuda de dios ello será fácil. En efecto, los demás se encuentran
 d ante la necesidad de andar errantes por muchos países para darse a conocer; en cambio, tú te encuentras ahora en tal situación que los habitantes del mundo entero, aunque esto sea hablar muy atrevidamente, tienen la mirada puesta en un solo lugar, y, dentro de este lugar, principalmente en ti. Convencido, pues, de que todos te miran, prepárate para eclipsar al famoso Licurgo, a Ciro y a cualquier otro que en cualquier época hayan parecido destacar por su carácter o por su política, especialmente teniendo en cuenta que mucha gente y casi todos los de aquí aseguran
 e que hay muchas esperanzas de que, al faltar Dionisio, todo se derrumbe por tu ambición y la de Heraclides, Teodotes⁵ y los demás personajes ilustres. Ahora bien, sería muy de desear que ninguno entre vosotros fuera así. Pero si se presentara algún caso, actúa como médico y la situación se resolverá de la mejor manera. Tal vez te parezca
 321 ridículo que yo diga estas cosas, puesto que tú lo sabes perfectamente, pero es que yo veo que también en los teatros los actores son excitados por los niños, y no digamos por sus amigos, los cuales, como puede pensarse, en su simpatía los animan con vehemencia⁶. Pues bien, vosotros

³ Se trata de los miembros de la Academia y de los colaboradores políticos de Dión.

⁴ Es quizá una expresión proverbial, que también aparece en *Fedro* 279a.

⁵ Cf. *Carta* III 318c, nota.

⁶ Cf. ISÓCRATES, *Evágoras* 32, 3.

ahora haced vuestro papel, y, si necesitáis algo, comunicádnoslo por carta. La situación aquí es más o menos la misma que cuando vosotros estabais. Escribidnos diciendo lo que habéis hecho o lo que estáis haciendo, ya que nosotros oímos muchas murmuraciones, pero no sabemos nada. Acaban de llegar ahora cartas de Teodotes y de Heraclides a Lacedemonia y a Egina, pero nosotros, te lo repito, no sabemos nada de lo que ahí sucede, aunque circulan numerosos rumores. Toma en consideración también que algunos creen que eres menos atento de lo conveniente. No olvides que agradando a la gente se consiguen las cosas, mientras que la arrogancia es compañera de la soledad. Que tengas buena suerte.

CARTA V

PLATÓN DESEA BUENA SUERTE A PÉRDICAS¹

He recomendado a Eufreo², tal como me escribiste, que se interese por tus asuntos y que se dedique a ellos; es justo que también a ti te dé un consejo de amigo, un consejo sagrado³, como suele decirse, sobre todo lo que puedas plantearme y, en especial, sobre el trato que debes dar a Eufreo. Este hombre puede ser útil en muchos aspectos, pero sobre todo en lo que tú más necesitas ahora a causa de tu edad y por el hecho de que no abundan los que aconsejan a los jóvenes en este tema. Los regímenes políticos, en efecto, tienen cada uno su lengua, como si se tratara de seres vivos: hay un lenguaje propio de la democracia, otro de la oligarquía, otro, a su vez, de la monarquía⁴; podría decirse que son muchos los que conocen estos idiomas, pero, excepto unos pocos, están muy lejos de comprenderlos a fondo. Ahora bien, el régimen e

¹ Pérdicas, rey de Macedonia entre 365-360 a. C.

² Nativo de Eubea y discípulo de Platón.

³ Expresión proverbial. Cf. *Teágenes* 122b y JENOFONTE, *Anábasis* V 6, 4.

⁴ En el libro VI de la *República* (493a ss.), Platón compara también al Estado democrático con un ser vivo adulado por los sofistas, que tratan de satisfacer sus caprichos y de entender su lenguaje para adaptar a él sus enseñanzas y su conducta.

que habla en su propia lengua ⁵ a los dioses y a los hombres, y acomoda sus acciones a este lenguaje, prospera continuamente y se conserva, mientras que el que imita a otro perece. Por ello, Eufreo podría ser especialmente útil en este aspecto, aunque también vale en otros sentidos. Tengo la esperanza de que él, entre las personas que te rodean, pueda encontrarte mejor que nadie las expresiones propias de la monarquía. Si le utilizas en este sentido, te será útil, y tú, por tu parte, le harás un gran favor. Y suponiendo que alguien al oír esto diga: «Al parecer, Platón pretende conocer lo que es provechoso para la democracia, y, sin embargo, pudiendo hablar ante la asamblea y darle los mejores consejos, nunca se levantó para hacer uso de la palabra» ⁶, le puedes contestar que Platón ha nacido tarde en su patria y ha encontrado al pueblo ya demasiado maduro ⁷ y habituado por los que le han precedido a obrar en muchos aspectos de manera muy diferente a sus consejos. Puesto que habría sido para él muy agradable aconsejarle como un hijo a su padre, si no pensara que iba a correr un riesgo inútil, sin ninguna posibilidad de éxito.

Yo creo que lo mismo haría mi propio consejo: si yo creyera que no tenía remedio ⁸, lo dejaría totalmente de lado y me abstendría de aconsejarme sobre mi y sobre mis asuntos. Buena suerte.

⁵ La «lengua» de un régimen político es, en realidad, la serie de peculiaridades que le distinguen de otro régimen.

⁶ Platón trata de defenderse o de justificar su ausencia de la actividad política ateniense mientras actúa como consejero en otros Estados.

⁷ Este mismo tema se trata en *Critón* 50e, 51. En la *Apología* (31d) Sócrates se defiende de no haberse dedicado jamás a la política convenciéndose de que el pueblo no habría sacado ninguna ventaja de su intervención.

⁸ Cf. *Carta IV* 321c y nota.

CARTA VI

PLATÓN DESEA BUENA SUERTE A HERMIAS, ERASTO Y CORISCO ¹

Yo creo que una divinidad os prepara amablemente y sin restricciones una suerte feliz si la aprovecháis bien. Vivís, en efecto, en mutua vecindad y tenéis tales necesidades que os podéis prestar recíprocamente los más grandes servicios. Pues en lo que a Hermias se refiere, ni su abundancia de caballos, ni la de otro tipo de alianzas militares, ni el acrecentamiento de sus riquezas podrían ser un mayor poder para toda clase de empresas que el hecho de poseer amigos seguros y sanos de espíritu. En cuanto a Erasto y Corisco, además de esa hermosa ciencia de las ideas que poseen, yo mantengo, a pesar de mi vejez ², que necesitan también de la ciencia que enseña a protegerse contra los hombres malvados e injustos, así como de una especie de poder defensivo; carecen de experiencia por ha-

¹ Hermias era tirano de Atarnea, ca. 351 a. C. Erasto y Corisco eran discípulos de Platón que vivían en Escepsis, cerca de Atarnea.

² Platón tendría unos 77 años en 351-350. La interpretación más acertada parece ser «aunque por ser un hombre viejo parece que no debería dar importancia a las pequeñeces de la vida práctica, y sí solamente a la vida contemplativa y a la noble ciencia de las Ideas».

ber pasado una buena parte de su vida entre nosotros, personas tranquilas y sin malicia. Es por ello por lo que dije que necesitaban este apoyo, para no verse obligados a descuidar la verdadera sabiduría y a dedicarse más de lo debido a las ciencias humanas y prácticas. Y este poder al que me refiero yo creo que Hermias lo posee tanto por su natural carácter, en la medida en que puedo juzgarle sin haberle conocido personalmente, como por habilidad basada en la experiencia.

Ahora bien, ¿por qué hago estas afirmaciones? Yo te aseguro, Hermias, después de haber tratado a Erasto y a Corisco más que tú, te declaro y te garantizo que no encontrarás fácilmente personas más dignas de confianza que estos vecinos tuyos; por ello te aconsejo que te adhieras a estos hombres por cualquier procedimiento razonable y que lo tomes como asunto de la máxima importancia. A Corisco y a Erasto, a su vez, les aconsejo que se unan a Hermias y que traten, mediante estos mutuos abrazos, de llegar a una íntima relación de amistad. Y si alguna vez parece que uno de vosotros afloja de algún modo esta unión —ya que lo humano no es nunca totalmente seguro—, envidadme aquí, a mí y a mis amigos, una carta que acuse los motivos de queja; porque creo que las palabras de respuesta que os llegarían de nuestra parte, apoyadas en la justicia y el respeto, podrían, si la ruptura no es demasiado importante, más que cualquier hechizo mágico, volver a acercaros y reanudar de nuevo vuestra anterior amistad y concordia³. Si todos aplicamos esta vía filosófica, tanto nosotros como vosotros, en la medida en que nuestras fuerzas y las posibilidades de cada uno lo permitan, se cumplirá la profecía que he hecho ahora. En el caso de

³ Para este lenguaje, véase *Banquete* 192c, 215c.

que no lo hagamos así..., no voy a hablar, pues estoy haciendo un oráculo de buen agüero y afirmo que todo lo llevaremos a buen fin, si dios quiere.

Debéis leer esta carta estando los tres juntos si es posible, y si no, de dos en dos, haciéndolo en común el mayor número de veces posible; debéis considerarla como un pacto que os obligue con fuerza de ley, como es justo, prestando juramento al mismo tiempo con una seriedad no carente de gracia y un juego afín a la seriedad⁴, poniendo como testigo a dios que es soberano del presente y del futuro, y al padre todopoderoso de ese dios soberano y causa, al que conoceremos todos⁵, si filosofamos correctamente, con toda la claridad posible con la que pueden conocerlo los hombres bienaventurados.

⁴ Hay expresiones parecidas en *Leyes* 761d y 803c y *Banquete* 197e. También los trágicos usan la palabra ἀδελφός metafóricamente.

⁵ εὐδαιμόν en empleo platónico implica nobleza de espíritu tanto como felicidad o bienaventuranza.

CARTA VII

PLATÓN DESEA BUENA SUERTE A LOS PARIENTES Y AMIGOS DE DIÓN

Me mandasteis una carta diciéndome que debía estar convencido de que vuestra manera de pensar coincidía con la de Dión y que, precisamente por ello, me invitabais a que colaborara con vosotros en la medida de lo posible, tanto con palabras como con hechos. Pues bien, en lo que a mí se refiere, yo estoy de acuerdo en colaborar si, efectivamente, tenéis las mismas ideas y las mismas aspiraciones que él, pero, de no ser así, tendré que pensármelo muchas veces. Yo podría hablar de sus pensamientos y de sus proyectos, no por mera conjetura, sino con perfecto conocimiento de causa. En efecto, cuando yo llegué por primera vez a Siracusa¹, tenía cerca de cuarenta años; Dión tenía la edad que ahora tiene Hiparino², y las convicciones que tenía entonces no dejó de mantenerlas durante toda su vida: creía que los siracusanos debían ser

¹ Platón cuenta más adelante su viaje a Siracusa en tiempos de Dionisio I el Viejo, cuando Dión tenía poco más de veinte años, en los años 388-387 a. C.

² Se trata del hijo (y no sobrino) de Dión y Areté, que debió de nacer hacia el 373 a. C., si la carta está escrita en el 353.

libres y debían regirse por las leyes mejores, de modo que no es nada sorprendente que algún dios haya hecho coincidir sus ideales políticos con los de aquél. Merece la pena que tanto los jóvenes como los que no lo son se enteren del proceso de gestación de estos ideales; por ello voy a intentar explicároslo desde el principio, ya que las circunstancias presentes me dan ocasión para ello.

Antaño, cuando yo era joven, sentí lo mismo que les pasa a otros muchos. Tenía la idea de dedicarme a la política tan pronto como fuera dueño de mis actos, y las circunstancias en que se me presentaba la situación de mi país eran las siguientes: al ser acosado por muchos lados el régimen político entonces existente, se produjo una revolución³; al frente de este cambio político se establecieron como jefes cincuenta y un hombres⁴: once en la ciudad y diez en el Pireo (unos y otros encargados de la administración pública en el ágora y en los asuntos municipales), mientras que treinta se constituyeron con plenos poderes como autoridad suprema. Ocurría que algunos de ellos eran parientes y conocidos míos⁵ y, en consecuencia, me invitaron al punto a colaborar en trabajos que, según ellos, me interesaban. Lo que me ocurrió no es de extrañar, dada mi juventud: yo creí que iban a gobernar la ciudad sacándola de un régimen injusto para llevarla a un sistema justo, de modo que puse una enorme atención en ver lo que podía conseguir. En realidad, lo que vi es que

³ La del año 404 a. C., en que la tiranía de los Treinta se instauró en Atenas.

⁴ Número discutido, ya que los Diez del Pireo y los Once de la capital eran más bien funcionarios nombrados por los Treinta.

⁵ Critias, uno de los Treinta más odiados por su extremismo, era primo de la madre de Platón, y tío suyo, por consiguiente; y Cármides, tío carnal materno del filósofo, era uno de los Diez del Pireo.

en poco tiempo hicieron parecer de oro al antiguo régimen; entre otras cosas, enviaron a mi querido y viejo amigo Sócrates, de quien no tendría ningún reparo en afirmar ^e que fue el hombre más justo de su época, para que, acompañado de otras personas, detuviera a un ciudadano y lo condujera violentamente a su ejecución ⁶, con el fin evidente de hacerle cómplice de sus actividades criminales ³²⁵ tanto si quería como si no. Pero Sócrates no obedeció y se arriesgó a toda clase de peligros antes que colaborar en sus iniquidades. Viendo, pues, como decía, todas estas cosas y aun otras de la misma gravedad, me indigné y me abstuve de las vergüenzas de aquella época ⁷. Poco tiempo después cayó el régimen de los Treinta con todo su sistema político. Y otra vez, aunque con más tranquilidad, me arrastró el deseo de dedicarme a la actividad política. Desde luego, también en aquella situación, por tratarse de una época turbulenta, ocurrían muchas cosas indignantes, ^b y no es nada extraño que, en medio de una revolución, algunas personas se tomaran venganzas excesivas de sus enemigos. Sin embargo, los que entonces se repatriaron se comportaron con una gran moderación ⁸. Pero la casualidad quiso que algunos de los que ocupaban el poder ⁹ hicieran comparecer ante el tribunal a nuestro amigo Sócrates, ya citado, y presentaran contra él la acusación más inicua y más inmerecida: en efecto, unos hicieron comparecer, ^c acusado de impiedad, y otros condenaron y dieron muerte al hombre que un día se negó a colaborar en la

⁶ Para este pasaje puede verse *Apología* 32c, así como el final del *Fedón*.

⁷ Puede ser una alusión a la ejecución de Terámenes por obra de Critias.

⁸ Se trata de los demócratas a las órdenes de Trasibulo y Trasilo.

⁹ Meleto y Ánito, los acusadores de Sócrates.

detención ilegal de un amigo de los entonces desterrados, cuando ellos mismos sufrían la desgracia del exilio. Al observar yo estas cosas y ver a los hombres que llevaban la política, así como las leyes y las costumbres, cuanto más atentamente lo estudiaba y más iba avanzando en edad, *d* tanto más difícil me parecía administrar bien los asuntos públicos. Por una parte, no me parecía que pudiera hacerlo sin la ayuda de amigos y colaboradores de confianza, y no era fácil encontrar a quienes lo fueran, ya que la ciudad ya no se regía según las costumbres y usos de nuestros antepasados, y era imposible adquirir otros nuevos con alguna facilidad. Por otra parte, tanto la letra de las leyes como las costumbres se iban corrompiendo hasta tal punto que yo, que al principio estaba lleno de un gran entusiasmo para trabajar en actividades públicas, al dirigir la mirada a la situación y ver que todo iba a la deriva por todas partes, acabé por marearme. Sin embargo, no dejaba de reflexionar sobre la posibilidad de mejorar la situación y, en consecuencia, todo el sistema político, pero *326* si dejé de esperar continuamente las ocasiones para actuar, y al final llegué a comprender que todos los Estados actuales están mal gobernados; pues su legislación casi no tiene remedio sin una reforma extraordinaria unida a felices circunstancias. Entonces me sentí obligado a reconocer, en alabanza de la filosofía verdadera, que sólo a partir de ella es posible distinguir lo que es justo, tanto en el terreno de la vida pública como en la privada. Por ello, no cesarán los males del género humano hasta que ocupen *b* el poder los filósofos puros y auténticos o bien los que ejercen el poder en las ciudades lleguen a ser filósofos verdaderos ¹⁰, gracias a un especial favor divino.

¹⁰ Es una de las ideas básicas de Platón, contenida en *República* 473d y 501e.

Ésta es la manera de ver las cosas que yo tenía cuando llegué por primera vez a Italia y a Sicilia ¹¹. En aquella ocasión no me gustó en absoluto la clase de vida allí considerada feliz, atiborrada de banquetes a la manera italiana y siracusana ¹²; hinchándose de comer dos veces al día, no dormir nunca sólo por la noche, y todo lo que acompaña a este género de vida. Pues con tales costumbres no hay hombre bajo el cielo que, viviendo esta clase de vida desde su niñez, pueda llegar a ser sensato (nadie podría tener una naturaleza tan maravillosamente equilibrada): ni siquiera podría ser prudente, y, desde luego, lo mismo podría decirse de las otras virtudes. Y ninguna ciudad podría mantenerse tranquila bajo las leyes, cualesquiera que sean, con hombres convencidos de que deben dilapidar todos sus bienes en excesos y que crean que deben permanecer totalmente inactivos en todo lo que no sean banquetes, bebidas o esfuerzos en busca de placeres amorosos. Forzosamente, tales ciudades nunca dejarán de cambiar de régimen entre tiranías, oligarquías y democracias ¹³, y los que mandan en ellas ni soportarán siquiera oír el nombre de un régimen político justo e igualitario. Durante mi viaje a Siracusa, yo me hacía estas consideraciones, añadidas a las anteriores, tal vez guiado por el destino. Parece, en efecto, que algún dios preparaba entonces el principio de los sucesos que ahora han ocurrido.

¹¹ Hacia el año 388 a. C., en que Platón tenía unos cuarenta años.

¹² Cf. *Rep.* 404d. Era famoso en la Antigüedad el lujo de los banquetes italianos y siracusanos, que describe Ateneo (VII 527) para referirse a los refinamientos de los sibaritas. Pueden verse también *Gorgias* (518b), o Aristófanes, fr. 216.

¹³ Son las tres formas defectuosas de gobierno, que contrastan con los tres tipos correctos: monarquía, aristocracia y república constitucional. Cf. *Político* 291d ss., 302b ss.

do, referentes a Dión y a Siracusa¹⁴, y todavía pueden temerse males mayores en el caso de que no atendáis mis instrucciones al actuar como consejero por segunda vez¹⁵.

327 Pues bien, ¿cómo puedo decir que mi llegada a Sicilia fue el principio de todo lo que ocurrió? Al entablar entonces yo relaciones con Dión, que era un joven, y explicarle en mis conversaciones lo que me parecía mejor para los hombres, aconsejándole que lo pusiera en práctica, es posible que no me diera cuenta de que de alguna manera estaba preparando inconscientemente la futura caída de la tiranía. Porque Dión, que tenía una gran facilidad para aprender en general, y la tuvo especialmente para las enseñanzas que entonces recibí de mí, las asimiló con tanto b interés y entusiasmo como ninguno de los jóvenes con los que tuve relación y decidió llevar en adelante un género de vida distinto al de la mayoría de los itálicos y sicilianos, dando mayor importancia a la virtud que al placer y a cualquier otro tipo de sensualidad; por ello su vida se hizo odiosa, especialmente para los que viven según las normas del régimen tiránico, hasta que se produjo la muerte de Dionisio¹⁶. Después de este suceso, se propuso c no guardar sólo para él esta manera de pensar que había adquirido gracias a rectas enseñanzas, y al ver que estos ideales también estaban arraigados en otras personas, no en muchas, desde luego, pero sí en algunas, pensó que uno de ellos podría ser Dionisio¹⁷, con la colaboración de los dioses, y consideró que, si ello ocurría, tanto su

¹⁴ Se refiere al asesinato de Dión y a los desórdenes ocurridos en Siracusa, descritos por Plutarco en *Timoleón I*.

¹⁵ La primera fue cuando Platón se encontró con Dión en Olimpia en el 360 a. C.

¹⁶ Dionisio I el Viejo murió en el 367 a. C.

¹⁷ Dionisio II.

vida como la del resto de los siracusanos llegaría a ser el colmo de la felicidad. Además de esto, pensó que yo debía acudir a Siracusa a la mayor brevedad por todos los medios posibles, como colaborador de estos planes, recordando con qué facilidad nuestras relaciones le habían llevado al deseo de una vida más hermosa y más feliz. Y si esto mismo, tal como lo intentaba, llegaba a conseguirse en Dionisio, tenía grandes esperanzas de que, sin matanzas ni crímenes ni las desgracias que se han producido actualmente, llegaría a establecer en todo el país una vida verdaderamente dichosa.

Con estas acertadas convicciones, Dión logró persuadir a Dionisio de que me mandara llamar, y él personalmente me mandó un mensaje pidiéndome que acudiera a la mayor brevedad, por cualquier procedimiento, antes de que otras personas que rodeaban a Dionisio¹⁸ influyeran sobre él para apartarle hacia otro género de vida que no fuera perfecto. Y me lo pedía con estas palabras, aunque tenga que extenderme demasiado: «¿Qué ocasión mejor podemos esperar que esta que ahora se presenta por una especial gracia divina?» Me describía el imperio de Italia y de Sicilia y su especial influencia en él, hablaba de la juventud de Dionisio y de su especial interés por la filosofía y por la educación¹⁹, me decía asimismo que sus sobrinos y parientes²⁰ se mostraban muy inclinados hacia

¹⁸ Entre los filósofos y sofistas que rodeaban a Dionisio estaban, según se dice, Aristipo de Cirene, Esquines el Socrático y Políxeno.

¹⁹ Más bien por vanidad y ambición de gloria que por verdadera vocación filosófica, según se desprende de los hechos que cuentan las cartas.

²⁰ No puede tratarse de Hiparino, que entonces sería un niño, sino de hijos de los hermanos de Dionisio I, ambos casados con hermanas de Dión.

las doctrinas y sistema de vida que yo predicaba, y que eran los más adecuados para atraer a Dionisio, de modo que más que nunca podría realizarse la esperanza completa de que llegaran a coincidir en las mismas personas los filósofos y los conductores de grandes ciudades. Éstas eran las exhortaciones que me dirigían y otras muchas parecidas, pero el miedo se apoderaba de mis pensamientos respecto a los jóvenes sobre lo que podría ocurrir algún día, pues sus ambiciones son volubles y cambian con frecuencia en sentido contrario. En cambio, sabía que Dión tenía un carácter naturalmente serio y que era de una edad ya madura²¹. Por ello, al reflexionar lleno de dudas sobre si debía ir o qué debía hacer, lo que hizo inclinar la balanza fue la idea de que, si alguna vez había que intentar llevar a cabo las ideas pensadas acerca de las leyes y la política, éste era el momento de intentarlo, pues si podía convencer suficientemente a un solo hombre, habría conseguido la realización de toda clase de bienes.

Con esta disposición de ánimo me aventuré a salir de mi patria, no por los motivos que algunos imaginaban, sino porque estaba muy avergonzado ante mis propios ojos de que pudiera parecer sin más únicamente como un charlatán de feria a quien no le gustaba atenerse a la realidad de las cosas y que iba a arriesgarme a traicionar en primer lugar los vínculos de hospitalidad y de amistad con Dión, en un momento en que se encontraba en una situación realmente crítica²². Ahora bien, si llegaba a ocurrirle algo, si desterrado por Dionisio y por sus enemigos en general viniera a refugiarse a mí en su destierro y me

²¹ Por este tiempo debía tener unos cuarenta años.

²² Los dos temores de Platón son traicionar la amistad de Dión y traicionar igualmente la causa de la filosofía, tal como aparece en 328e.

interpelara con estas palabras ²³: «Platón, vengo a ti como exiliado, no porque me faltaran hoplitas o fuerzas de caballería para defenderme contra mis enemigos, sino discursos persuasivos, con los que yo sabía que tú mejor que nadie puedes orientar a los jóvenes hacia el bien y la justicia y establecer entre ellos vínculos de afecto y amistad. He carecido de ellos por tu culpa, y ahora he tenido que abandonar Siracusa y me encuentro aquí. La vergüenza que supone para ti mi situación es lo de menos, pero la filosofía, a la que estás continuamente ensalzando y que tú afirmas que está despreciada por el resto de los hombres, ¿acaso no la has traicionado, juntamente conmigo, en lo que de ti ha dependido? Porque si acaso hubiéramos vivido en Mégara ²⁴, seguro que habrías acudido a ayudarnos en lo que yo te hubiera pedido, o te habrías considerado el más miserable de los hombres. Pero, dada la realidad de las cosas, ¿piensas que poniendo como pretexto la duración del viaje, la importancia y penosidad de la travesía va a librarte en el futuro de ser tenido como un cobarde? De ninguna manera». Si se me dijeran estas palabras, ¿qué respuesta decente podría darle? Ninguna. Por ello acudí, por motivos razonables y justos, en la medida en que pueden serlo los humanos; abandoné por ello mis propias ocupaciones, que no eran baladíes, y fui a ponerme a las órdenes de un régimen tiránico que no parecía adecuado ni a mis enseñanzas ni a mi persona. Con mi viaje me liberé de responsabilidad ante Zeus hospitalario ²⁵ y desempeñé irreprochablemente mi papel de

²³ Transición al estilo directo, muy propia de Platón.

²⁴ Ciudad cercana a Atenas en la que se refugiaron los discípulos de Sócrates después de la muerte del maestro.

²⁵ Se menciona aquí el Zeus protector de los huéspedes porque el propio Platón era un huésped amigo de Dión.

filósofo ²⁶, que habría sido censurable si yo hubiera incurrido en una falta vergonzosa por ceder a las comodidades y a la cobardía.

Al llegar, pues no hay que extenderse demasiado, me encontré con una situación llena de intrigas en torno a Dionisio y de calumnias contra Dión ante el tirano. Le defendí en la medida de mis fuerzas, pero mi influencia era pequeña, y a los tres meses aproximadamente, acusó Dionisio a Dión de conspirar contra la tiranía, le hizo embarcar a bordo de un barquichuelo y lo desterró ignominiosamente. Consecuentemente, todos los amigos de Dión estábamos temerosos de que acusara y castigara a cualquiera como cómplice de su conspiración. Concretamente en mi caso, incluso corrió el rumor en Siracusa de que había muerto por orden de Dionisio, como responsable de todo lo que había ocurrido entonces. Pero él, dándose cuenta de la situación de alarma en que nos encontrábamos y temiendo que nuestros temores se tradujeran en hechos más graves, intentaba captarnos con amabilidad, y, desde luego, a mí en particular me animaba, me invitaba a tener confianza y me pedía insistentemente que me quedara. En efecto, ocurría que, si yo lo abandonaba, no le hacía ningún favor, pero sí el quedarme, y precisamente por eso fingía pedírmelo con todo interés. Pero ya sabemos que los ruegos de los tiranos están mezclados con imposiciones: Dionisio tomó sus medidas para evitar que me marchara, me hizo conducir a la acrópolis ²⁷ y alojarme allí, de donde ningún capitán de barco habría podido sacarme, no ya contra la voluntad de Dionisio, sino a me-

²⁶ Pueden verse expresiones parecidas en *Protágoras* 322a y en *Critias* 121a.

²⁷ Platón fue alojado en la ciudadela de Siracusa durante sus dos visitas; allí lo tenía el tirano a la vista en prisión honorífica (349c-d).

nos que él lo ordenara personalmente enviando a alguien con mi permiso de salida. Tampoco había un solo mercader ni funcionario encargado de la vigilancia de fronteras que me hubiera sorprendido abandonando solo el país sin detenerme al momento y conducirme de nuevo a la presencia de Dionisio, sobre todo cuando ya se había difundido el rumor, completamente contrario al anterior, en el sentido de que Dionisio tenía una extraordinaria estima hacia Platón. ¿Qué había de cierto en ello? Hay que decir la 330 verdad. Con el tiempo, él me iba estimando cada vez más, a medida que se iba familiarizando con mi manera de ser y mi carácter, pero pretendía que yo lo elogiara más que a Dión y que lo considerara mucho más amigo que a éste, y porfiaba enormemente para conseguirlo. En cambio, recelaba en utilizar el procedimiento mejor para ello, si es que había de llegar del mejor modo posible; es decir, convivir conmigo como discípulo y oyente de mis razonamientos filosóficos, pues temía, según los argumentos de los 340 calumniadores²⁸, verse cogido en una trampa y que todo fuera obra de Dión. Por mi parte, yo lo aguantaba todo, fiel a los planes que en un primer momento me habían hecho acudir allí, pendiente de que sintiera el deseo de vivir de acuerdo con la filosofía; pero prevaleció su resistencia.

Éstas fueron las vicisitudes entre las que transcurrió la primera época de mi viaje a Sicilia y mi estancia en ella²⁹. Después de esto yo salí de la isla³⁰, pero tuve que

²⁸ Filisto y los partidarios de la continuidad y enemigos de las reformas alegaban que Dión estaba conspirando contra el tirano con la ayuda de Platón.

²⁹ Se refiere a su primera estancia en la corte de Dionisio I, anterior a su primer viaje a Sicilia en tiempos de Dionisio II.

³⁰ Debió salir de la isla a causa de la guerra entre Sicilia y Lucania. Lo cuenta con más detalle en la *Carta* III 317a.

volver de nuevo ante las llamadas con la mayor insistencia, de Dionisio. Hasta qué punto fueron razonables y justos los motivos por los que obré así y las actividades que realicé, os lo explicaré posteriormente para responder a los que me preguntan qué me proponía cuando volví por segunda vez, pero antes voy a aconsejaros sobre lo que debéis hacer a partir de los recientes acontecimientos para evitar que lo accesorio de mi relato se convierta en el punto principal³¹. Esto es lo que tengo que decir: el consejero de un hombre enfermo, lo primero que tiene que hacer, si el enfermo sigue un régimen perjudicial para su salud, es hacerle cambiar su género de vida; si el enfermo está dispuesto a obedecerle, debe darle nuevas prescripciones, y, si se niega, yo consideraría hombre de bien y un buen médico a quien no se prestase a nuevas consultas, mientras que si persistiese, por el contrario, lo consideraría tan carente de hombría como de ciencia³². Lo mismo ocurre con la ciudad, tanto si tiene uno como si tiene muchos jefes. Si caminando normalmente, por el camino recto de gobierno, solicita un consejo sobre un punto útil, es propio de un hombre sensato dar consejo, pero si, por el contrario, caminan enteramente fuera de un correcto gobierno y no están dispuestos en absoluto a seguir sus huellas y previenen a su consejero que deje la constitución tranquila y que no toque nada, bajo peligro de muerte si lo toca, y le ordena que aconseje sirviendo a sus propias voluntades y caprichos, indicándoles por qué medio todo sería más fácil y más cómodo y más expeditivo para siem-

³¹ Está claro que el principal objetivo de la carta es aconsejar a los amigos de Díón.

³² Pueden verse otras comparaciones entre el consejero político y el médico en *Rep.* 425e y *Leyes* 720a ss.

pre, yo al hombre que soportara tales consultas lo tendría por un cobarde, y por hombre cabal al que no las tolerara. Teniendo yo esta manera de pensar, cuando se me solicita consejo sobre un punto importante referente a la propia vida, como, por ejemplo, la adquisición de bienes o el cuidado de su cuerpo o su espíritu, si yo creo que su conducta habitual se ajusta a ciertas exigencias, o si pienso que al aconsejarle yo estará dispuesto a someterse en las materias que me consulta, le aconsejo de todo corazón y no me limito a libramme de él descargando mi conciencia. Pero si no se me pide consejo en absoluto o salta a la vista que al aconsejar no me va a obedecer, yo me dirijo a esa persona por propia iniciativa para darle consejos y, desde luego, no voy a coaccionarla, ni aunque se tratara de mi hijo. A mi esclavo sí le daría consejos, y si se resistiera, se los impondría. Pero a un padre o a una madre no me parece lícito coaccionarles, no siendo que estén afectados por una enfermedad mental³³, y si ocurre que llevan un género de vida que les gusta a ellos y no a mí, no me parece conveniente irritarlos inútilmente con reproches ni tampoco adularlos con mis elogios para darles gusto, procurando facilitarles sus deseos que yo por mi parte no querría vivir tratando de alcanzarlos. Precisamente con este criterio respecto a su propia ciudad debe vivir el hombre sensato; si creyera que su ciudad no está bien gobernada, debe decirlo, siempre que no vaya a hablar con ligereza o sin ponerse en peligro de muerte³⁴, pero no debe emplear la violencia contra su patria para cambiar el régimen político cuando no se pueda conseguir el

³³ El tema de la piedad filial está tratado en *Critón* 51c y *Leyes* 717b ss.

³⁴ Cf. *Carta* V 322b.

mejor sino a costa de destierros y de muertes; debe mantenerse tranquilo y rezar a los dioses por su propio bien y el del país.

Es, pues, de esta manera como yo podría daros consejos, y es así como se los di a Dionisio de acuerdo con Dión: le recomendé ante todo que viviera cotidianamente de modo que llegara a ser cada vez más dueño de sí mismo e y consiguiera amigos y camaradas fieles, para que no le ocurriera como a su padre, quien, después de adquirir muchas grandes ciudades de Sicilia que habían sido devastadas por los bárbaros, no fue capaz, después de reorganizarlas, de establecer en ellas gobiernos de confianza formados con partidarios suyos, elegidos entre extranjeros 332 de cualquier procedencia o entre sus hermanos³⁵, a quienes había criado él mismo porque eran más pequeños y a los que de simples particulares había convertido en jefes y de pobres en hombres inmensamente ricos. A ninguno de ellos consiguió convertirle en colaborador de su gobierno, a pesar de sus esfuerzos mediante la persuasión, la información, los favores y los afectos familiares. En este aspecto se mostró siete veces inferior a Darío, quien no se confió a hermanos ni a personas criadas por él, sino únicamente a aliados de su victoria sobre el eunuco medo, b dividió su reino en siete partes³⁶, cada una de ellas mayor que toda Sicilia, y encontró en ellos colaboradores fieles que ni le atacaron a él ni se atacaron entre sí. Dio con ello ejemplo de lo que debe ser un buen legislador y un

³⁵ Alusión a los dos hermanos de Dionisio el Viejo, Leptines y Teáridas, a los que confió el mando de la armada siracusana.

³⁶ Darío, con la ayuda de otros seis magnates persas (cf. *Leyes* 587b ss.), liberó a su patria del usurpador, el mago Gaumata, que tomando el nombre de Esmerdis había ocupado el poder. Los datos numéricos no coinciden con HERÓDOTO (III 89).

buen rey, ya que, gracias a las leyes que promulgó, conservó hasta nuestros días el imperio persa. Está también el caso de los atenienses; ellos no colonizaron por sí mismos muchas de las ciudades griegas invadidas por los bárbaros, sino que las ocuparon cuando todavía estaban pobladas, a pesar de lo cual conservaron el dominio durante setenta años³⁷, ya que habían conseguido hacerse partidarios en todas ellas. En cambio, Dionisio, que había concentrado toda Sicilia en una sola ciudad³⁸ y que por su engreimiento no se fiaba de nadie, a duras penas pudo mantenerse, porque era pobre de amigos y de personas de confianza, y no hay muestra más evidente de la virtud o maldad de un hombre que la abundancia o escasez de tales personas. Éstos eran precisamente los consejos que le dábamos a Dionisio Dión y yo, ya que por culpa de su padre le faltaba la sociabilidad que proporciona la educación y la que emana de unas relaciones adecuadas; nosotros le animábamos a que se interesara por hacerse otros amigos entre sus parientes y camaradas de su misma edad que estuvieran de acuerdo entre sí para la adquisición de la virtud, pero ante todo para que se pusiera de acuerdo consigo mismo, ya que tenía una enorme necesidad de ello. No se lo decíamos así de claro (esto habría sido peligroso), sino con palabras encubiertas, manteniendo firmemente que es así como un hombre puede guardarse a sí mismo y a las personas a las que gobierna, mientras que el obrar de otra manera consigue resultados totalmente opuestos; que siguiendo el camino que nosotros le indicábamos y comportándose como un hombre reflexivo y sen-

³⁷ Contados a partir de la Batalla de Salamina (480 a. C.).

³⁸ Idea contraria al sistema de la polis griega, y censurada por Platón.

sato, si reconstruía las ciudades devastadas de Sicilia y las asociaba entre ellas por medio de leyes y constituciones, de modo que se estrechara su unión entre sí y con el propio Dionisio para defenderse contra los bárbaros, podría no ya duplicar el imperio de su padre, sino que en realidad lo multiplicaría. En efecto, si tal cosa ocurría, estaría 333 mucho más en condiciones de someter a los cartagineses de lo que se había hecho en tiempo de Gelón³⁹, mientras que ahora su padre, por el contrario, se había visto obligado a pagar un tributo a los bárbaros. Éstas eran las palabras y los consejos que nosotros le dábamos a Dionisio cuando conspirábamos según los rumores que circulaban por muchas partes y que, al encontrar acogida en Dionisio, provocaron el destierro de Dión y a nosotros nos pusieron en estado de temor. Pero, para poner fin al relato de numerosos acontecimientos que ocurrieron en poco tiempo, Dión volvió del Peloponeso y de Atenas y dió a Dionisio una lección con los hechos⁴⁰. Pues bien, después de liberar su ciudad y devolvérsela dos veces a los siracusanos, éstos tuvieron la misma reacción que había tenido Dionisio cuando Dión intentaba educarle y hacer de él un rey digno del mando, esforzándose para colaborar con él en una completa familiaridad de vida: Dionisio prefirió hacer caso de los calumniadores que acusaban a Dión de atentar contra la tiranía en todas sus actividades de aquella época, con la pretensión de que Dionisio, dejando seducir su atención por la cultura, se desentendiera del go-

³⁹ Gelón, tirano de Gela, sucedió a Hipócrates hacia el 490 a. C. Más tarde tomó Siracusa y la convirtió en capital, derrotó a los cartagineses en Hímera en el 480 y firmó con ellos un tratado de paz, recibiendo una indemnización de dos mil talentos. Dionisio, en cambio, tuvo que pagar mil a los cartagineses vencedores.

⁴⁰ Es decir, con una campaña militar (357 a. C.).

bierno y lo dejara en sus manos, para usurparlo él con engaño y expulsar del poder a Dionisio. Estas calumnias prevalecieron entonces y lo mismo ocurrió por segunda vez cuando se difundieron en Siracusa: victoria, por lo demás, absurda y denigrante para sus autores.

De lo que ocurrió entonces deben enterarse los que reclaman mi ayuda en la situación actual. Yo, un ateniense amigo de Dión y aliado suyo, me presenté ante el tirano para convertir la discordia en amistad, pero sucumbí en mi lucha contra los calumniadores. Y cuando Dionisio trató de convencerme con honores y riquezas para ponerme de su parte y convertirme en testigo y amigo suyo para contribuir a darle buena apariencia al destierro de Dión, todos sus esfuerzos fracasaron. Más tarde, al regresar Dión a su patria, llevó consigo desde Atenas a dos hermanos⁴¹, cuya amistad con él no procedía de la filosofía, sino del compañerismo habitual propio de la mayoría de los amigos que surge de los vínculos de hospitalidad o de las relaciones entre iniciados en los diversos grados de los misterios⁴². Éstos fueron, efectivamente, los dos amigos que le acompañaron en el regreso, que llegaron a ser camaradas suyos por los motivos ya citados y por la ayuda que le prestaron para el viaje de vuelta. Y cuando llegaron a Sicilia y se dieron cuenta de que los mismos sicilianos a los que había liberado le acusaban calumniosamente de conspirar para convertirse en tirano, no sólo traicionaron a su amigo y huésped, sino que, por así decirlo se convirtieron en autores materiales de su asesinato, asistiendo y ayudando personalmente a los asesinos con las armas en

⁴¹ Calipo y Filóstrato.

⁴² Después de los Pequeños Misterios de Eleusis, el iniciado es un *mystês*, y se convierte en vidente (*epoptês*) después de los Grandes.

la mano⁴³. No quiero omitir esta acción vergonzosa y sacrilega, ni tampoco voy a volver sobre ella, pues ya son muchos los que se han preocupado de repetirla y se encargarán de hacerlo también en el futuro, pero rechazo terminantemente lo que se dice de los atenienses, que estos dos individuos mancharon de infamia la ciudad; afirmo, en efecto, que también fue ateniense el que nunca traicionó a Dión, aunque hubiera podido hacerlo a cambio de recibir riquezas y toda clase de honores. Y es que no les unía una amistad vulgar, sino una común educación liberal, que es en lo único en que debe confiar un hombre sensato, más que en cualquier afinidad espiritual o física.

c De modo que no es justo que los dos asesinos de Dión se conviertan en oprobio para la ciudad, como si alguna vez hubieran sido hombres dignos de tenerse en cuenta.

He dicho todo esto para que sirva de advertencia a los amigos y parientes de Dión. Sobre lo ya dicho, renuevo por tercera vez el mismo consejo con las mismas palabras a vosotros, que sois los terceros en recibirlo⁴⁴: no sometáis Sicilia ni ninguna otra ciudad a dueños absolutos —al menos ésa es mi opinión—, sino a las leyes, ya que ello no es bueno ni para los que someten ni para los sometidos, ni para ellos ni para sus hijos, ni para los descendientes de sus hijos. Es incluso una empresa absolutamente nefasta, y sólo a los espíritus mezquinos y serviles les gusta rapiñar en semejantes ganancias, gentes ignorantes por completo de lo bueno y de lo justo entre los hombres y los dioses, tanto en lo que se refiere al porvenir como al presente. Es de esto de lo que primero intenté convencer a Dión, en segundo lugar a Dionisio, y ahora,

⁴³ Cf. PLUTARCO, *Dión* 57.

⁴⁴ Antes había dado el mismo consejo a Dión y a Dionisio.

en tercer lugar, a vosotros. Escuchadme pues, por amor a Zeus, tercer salvador⁴⁵, poniendo también la mirada en Dionisio y Dión, el primero de los cuales no me escuchó y vive ahora indignamente⁴⁶, y el segundo me hizo caso e y ha muerto con honra, pues a quien aspira el soberano bien para sí y para la ciudad cualquier cosa que le ocurra es justo y bueno. Ninguno de nosotros ha nacido inmortal, y si alguien llegara a serlo, no por ello sería feliz, como piensa mucha gente, pues no hay mal ni bien digno de tal nombre para lo que no tiene alma, sino que sólo puede darse en el alma, unida al cuerpo o separada. Hay 335 que creer verdaderamente y siempre en las antiguas y sagradas tradiciones que nos revelan⁴⁷ que el alma es inmortal, y que estará sometida a jueces y sufrirá terribles castigos cuando se separe del cuerpo. Precisamente por ello debemos considerar como un mal menor el ser víctimas de grandes crímenes o injusticias que el cometerlos⁴⁸. b El hombre ansioso de riquezas y pobre de espíritu no escucha estos razonamientos, y si los oye, piensa que debe burlarse de ellos⁴⁹ y se lanza sin pudor por todas partes, como un animal salvaje, sobre todo lo que sea capaz de comer o de beber, o sobre lo que pueda proporcionarle hasta la saciedad ese placer rastrero y burdo mal llamado amor⁵⁰. Está ciego y no ve el mal tan grande unido a ca-

⁴⁵ Alusión a la costumbre de ofrecer la tercera y última copa en los banquetes como libación a Zeus Sóter.

⁴⁶ Dionisio, expulsado de Siracusa por Dión, se había refugiado en Locros, donde fue muy mal acogido por sus habitantes.

⁴⁷ Cf. *Fedón* 70c, que evoca la tradición órfica.

⁴⁸ Tema tratado también en el *Gorgias* (459b ss.) y en la *República*; véase también *Lisis* 217b.

⁴⁹ Lo mismo dice en *Carta* III 319b.

⁵⁰ Cf. *Gorgias* 493e, *Fedón* 81b, *Filebo* 12b.

da uno de sus delitos, la impiedad que acompaña a sus latrocinios, impiedad que necesariamente debe arrastrar al delincuente mientras ande dando vueltas por la tierra y cuando regrese a las moradas subterráneas, en un viaje vergonzoso y miserable totalmente y en todas partes. Con estos razonamientos y otros parecidos, yo trataba de convencer a Dión, y con toda justicia podría indignarme contra los que lo mataron casi tanto como contra Dionisio pues entre todos me causaron a mí el daño más grave, y podría decirse que a toda la humanidad: los primeros, por haber dado muerte a un hombre que quería emplear la justicia; el segundo, por no querer utilizarla durante todo su reinado. Tenía el poder absoluto, y si hubiera reunido realmente en una misma persona la filosofía y el poder, habría hecho brillar entre todos los griegos y bárbaros y habría implantado suficientemente entre otros la recta opinión de que no hay ciudad ni individuo que puedan ser felices sin llevar una vida de sabiduría bajo las normas de la justicia, ya porque posean estas virtudes por sí mismos, ya porque hayan sido criados y educados debidamente en las costumbres de piadosos maestros. Éste es el daño que causó Dionisio. Todos los demás cuentan poco para mí al lado de éste. Y en cuanto al asesino de Dión, sin darse cuenta ha hecho exactamente lo mismo que Dionisio. Porque yo tengo la completa certeza, hasta donde un hombre puede responder de otro, de que Dión, si hubiera alcanzado el poder, no lo habría orientado a otras normas de gobierno que las siguientes: en primer lugar, habría liberado de la esclavitud a Siracusa, su patria, la habría revestido radiantemente de mujer libre; a continuación, habría puesto todos los medios posibles para dotar a los ciudadanos de las leyes mejores y más adecuadas, y luego se habría interesado en la tarea de repoblar Sicilia

entera y liberarla de los bárbaros, expulsando a unos y sometiendo a otros con más facilidad que Hierón⁵¹. Y una vez que esto se hubiera convertido en realidad gracias a un hombre justo y valeroso, al mismo tiempo que sensato y filósofo, habría nacido en la generalidad de las gentes la misma opinión sobre la virtud que, si me hubiera hecho caso Dionisio, se habría extendido entre todos, por así decirlo, y los habría salvado. Pero, en realidad, algún demonio, algún espíritu maligno irrumpió con el desprecio a la ley, con el ateísmo y, lo que es peor, con la audacia que nace de la ignorancia⁵², en la que echan raíces todos los males, y crecen y a continuación producen un fruto amarguísimo a quienes los engendraron; esta ignorancia fue la que por segunda vez lo arruinó y lo destruyó todo.

Pero ahora debemos pronunciar palabras de buen agüero, para evitar esta tercera vez los presagios⁵³. No por ello voy a dejar de aconsejaros a vosotros, sus amigos, que imitéis a Dión, tanto en su amor a la patria como la sensatez de su vida, y que procuréis cumplir sus deseos con mejores auspicios; cuáles eran dichos deseos me lo habéis oído decir con toda claridad. Y si alguno no es capaz de vivir a la manera dórica de acuerdo con las costumbres tradicionales, sino que aspira a seguir el género de vida de los asesinos de Dión y las costumbres sicilianas⁵⁴, no pidáis su colaboración ni penséis que puede actuar alguna vez con lealtad y honradez. Invitad, en cambio, a

⁵¹ Hierón, hermano de Gelón, que le sucedió como tirano de Siracusa (478-466 a. C.), luchó con éxito contra etruscos y cartagineses y colonizó ciudades.

⁵² Sobre los efectos calamitosos de la ignorancia o «locura», cf. *Leyes* 688c y 863c ss.

⁵³ Cf. nota a 334d.

⁵⁴ Cf. 326b, c y nota.

los demás a colaborar en la colonización de toda Sicilia y en el establecimiento de una legislación igual y común para todos, tanto si proceden de la misma Sicilia como si vienen de cualquier región del Peloponeso. Y no temáis tampoco a Atenas⁵⁵, pues también allí hay personas que destacan sobre todos en virtud y aborrecen a los osados asesinos de sus huéspedes. Y si esta situación se retrasara, mientras de hecho os están apremiando las continuas sediciones y discordias de todas clases que surgen a diario, toda persona dotada del más pequeño sentido de la rectitud por algún designio divino tiene que darse cuenta de que los males de las guerras civiles no terminarán hasta que los vencedores dejen de vengarse con batallas, exilios y matanzas y de lanzarse al castigo de sus enemigos; hasta que se controlen a sí mismos y establezcan leyes imparciales, tan favorables para ellos como para los vencidos⁵⁶ y les obliguen a cumplir dichas leyes mediante dos sistemas de coacción: el respeto y el temor. El temor, demostrando la superioridad de su fuerza material; el respeto, presentándose como personas que dominan sus pasiones y prefieren estar al servicio de las leyes y pueden hacerlo. De otra forma no es posible que algún día cesen los males de una ciudad en la que reina la guerra civil, sino que las discordias, odios, enemistades y traiciones suelen darse continuamente en el interior de las ciudades que se encuentran en tal situación⁵⁷. Por ello, los vencedores en cada caso, si realmente desean la salvación del Estado, deben elegir entre ellos mismos a los griegos de los que tengan

⁵⁵ Aludiendo al origen de los asesinos de Dión y también al posible temor de los sicilianos de que Atenas se inmiscuyera en sus asuntos.

⁵⁶ Cf. *Leyes* 646e ss. y 671d.

⁵⁷ Cf. *Leyes* 715a ss.

mejores informes, ante todo hombres de edad madura ⁵⁸, que tengan en su casa mujeres e hijos y cuyos ascendientes conocidos sean lo más numerosos posible y con buena reputación, y que todos tengan fortuna suficiente. (Si la ciudad tiene diez mil habitantes, será suficiente ⁵⁹ con cincuenta hombres que reúnan estas condiciones). A estas personas hay que atraerlas a base de ruegos y promesas de los máximos honores para que salgan de sus casas, y luego hay que suplicarles y ordenarles, previa prestación de juramento, que promulguen leyes que no den más ventajas ni a vencedores ni a vencidos, sino que establezcan la igualdad de derechos para toda la ciudad ⁶⁰. Todo depende, efectivamente, de esto, del establecimiento de las leyes. Porque si los vencedores se muestran más sometidos a las leyes que los vencidos, todo será bienestar y felicidad y la ciudad quedará liberada de males; en caso contrario, no pidáis mi colaboración ni la de nadie para colaborar con los que no atienden los presentes consejos. Todo esto, en efecto, guarda una estrecha afinidad con lo que Dión y yo intentamos, empujados por nuestro afecto hacia Siracusa, llevar a cabo en la segunda tentativa ⁶¹. La primera fue la que se emprendió con el propio Dionisio para realizar lo que hubiera sido un bien común para todos, pero una fatalidad más fuerte que los hombres lo echó todo a rodar. Tratad por ello vosotros de llevarlo e

⁵⁸ Cf. *Leyes* 765d para responsables de educación a los niños.

⁵⁹ Para este esquema, véase *Leyes* 752d ss.

⁶⁰ Son indicaciones muy generales, ya que no ha llegado todavía el momento de poner en práctica su proyecto político.

⁶¹ Cf. *Político* 297d ss.

a cabo ahora más felizmente, con buena suerte y la ayuda divina⁶².

Éstos son, pues, mis consejos y recomendaciones⁶³, así como el relato de mi primer viaje a la corte de Dionisio. En cuanto a mi segunda marcha y mi segunda travesía, las personas a las que esto interese podrán enterarse de hasta qué punto fue lógico y conveniente. El primer período de mi estancia en Sicilia se desarrolló, tal como ya 338 expliqué⁶⁴, antes de exponer mis consejos a los parientes y amigos de Dión. A continuación, yo intenté convencer a Dionisio como pude para que me dejara marchar, y ambos nos pusimos de acuerdo para cuando se restableciera la paz, pues entonces había guerra en Sicilia⁶⁵. Dionisio aseguró que nos mandaría llamar, a Dión y a mí, una vez que hubiera reforzado su gobierno de modo más seguro para él, y el pidió a Dión que no considerara como un destierro lo que le había ocurrido en aquella ocasión, sino b como un cambio de residencia. Por mi parte, convine en regresar en estas condiciones. Cuando se restableció la paz, me mandó llamar a mí, pero le dijo a Dión que esperara un año más, mientras que a mí me pidió que acudiera a toda costa. Dión, por su parte, me empujaba y me pedía que zarpara; corrían, en efecto, insistentes rumores procedentes de Sicilia dando a entender que Dionisio había sentido de nuevo entonces un extraordinario entusiasmo por la filosofía, motivo por el cual me rogaba Dión insistentemente que no desatendiera la llamada. Por mi parte, yo

⁶² Alusión al intento de los amigos de Dión, dirigidos por Hiparino, para expulsar del poder al usurpador Calipo.

⁶³ Terminada la parte parenética, continúa el relato.

⁶⁴ Alusión retrospectiva a 330c, d, antes de empezar sus consejos a los amigos de Dión.

⁶⁵ Cf. *Carta* III 317a.

sabía que con frecuencia los jóvenes pasan por situaciones parecidas respecto a la filosofía, a pesar de lo cual pensé que era más seguro dejar de lado de momento a Dión y a Dionisio, y ambos se ofendieron conmigo cuando les respondí que ya me encontraba viejo y que nada de lo que se había hecho coincidía con nuestros acuerdos. Al parecer, fue a continuación de esto cuando Arquitas⁶⁶ llegó ante Dionisio (ya que, antes de marcharme, yo había establecido relaciones de amistad y hospitalidad entre Arquitas, los tarentinos y Dionisio); había también en Siracusa otras personas que habían recibido algunas enseñanzas de Dión y otros que las habían recibido de éstos, todos ellos atiborrados de ideas filosóficas mal entendidas. Yo pienso que estos intentaron discutir estas ideas con Dionisio convencidos de que éste había aprendido de mí todas mis ideas filosóficas. Pero él, a quien la naturaleza no había negado por completo la facultad de aprender, era muy vanidoso. Por ello seguramente le gustaban tales rumores y le daba vergüenza poner en evidencia que no había aprendido nada durante mi estancia allí. De ahí le entró el deseo de un aprendizaje más completo, al mismo tiempo que le impulsaba a ello la vanidad. Las razones por las que no había seguido mis lecciones durante mi primera visita las detallé en el relato que hice anteriormente⁶⁷. Pues bien, después de regresar felizmente a mi patria y negarme a responder a su segunda llamada, como acabo de referir, me parece que Dionisio se sintió muy resentido en su amor propio, temiendo que algunos pudieran pensar que yo le despreciaba después de haber tenido ocasión de experimen-

⁶⁶ Científico famoso y hombre de estado de Tarento. Cf. 350a, *Carta XIII* 360c.

⁶⁷ Cf. 330b.

tar su manera de ser, su carácter y su género de vida, y que, disgustado por ello, no quería volver a su lado. Ahora bien, es justo que yo diga la verdad y que acepte que alguien, después de conocerse los hechos, desprecie mi filosofía y estime la sensatez del tirano. En efecto, Dionisio me invitó por tercera vez⁶⁸ y me envió una trirreme para facilitarme el viaje; envió también a Arquedemo, el hombre de quien él pensaba que yo hacía más caso de toda Sicilia, uno de los discípulos de Arquitas, y a otros sicilianos conocidos míos. Todos ellos me traían la misma noticia, que Dionisio había progresado extraordinariamente en filosofía. Me escribió también una carta muy larga, conociendo bien mi posición respecto a Dión y el interés de éste en que yo embarcara y me dirigiera a Siracusa⁶⁹. La carta había sido redactada teniendo en cuenta todos estos datos; tenía este comienzo y decía más o menos lo siguiente: «Dionisio a Platón»; luego venían las fórmulas habituales de cumplido y añadía sin más preámbulo: «En el caso de que te dejes convencer por mí y vengas ahora a Sicilia, en primer lugar los asuntos de Dión se resolverán de la forma que tú desees; estoy seguro de que tus deseos serán razonables y yo estaré de acuerdo con ellos. Pero de no ser así, ninguna de las cosas referentes a Dión, a sus asuntos en general o a su propia persona, se resolverá a tu gusto». Con estos términos se expresaba; sería largo e inoportuno citar el resto. También me llegaron otras cartas de Arquitas y de los tarentinos, haciendo grandes elogios de la filosofía de Dionisio y añadiendo que, si yo no acudía entonces, echaría a perder por completo la amistad que gracias a mí se había establecido entre ellos

⁶⁸ Platón había rechazado la segunda invitación: véase 338e.

⁶⁹ Cf. *Carta* III 317.

y Dionisio y que era de gran importancia para el desarrollo político. Tales eran, en efecto, los términos de la invitación que se me hizo en aquella ocasión: los amigos de Sicilia y de Italia trataban de arrastrarme, los de Atenas trataban de echarme materialmente casi con sus ruegos y e de nuevo se repetía la misma consigna: no hay que traicionar a Dión ni a los huéspedes y amigos de Tarento. En mí mismo se mantenía la idea de que no tenía nada de extraño que un hombre joven, con buena capacidad para aprender, oyendo hablar continuamente de temas elevados, sintiera un amor apasionado por la vida perfecta. Por ello se hacía preciso comprobar cuidadosamente lo que efectivamente había de cierto en un sentido u otro, no eludir en modo alguno la cuestión ni asumir la responsabilidad de lo que sería verdaderamente una gran ofensa⁷⁰ si es 340 que efectivamente se había dicho con este rumor la verdad. Me puse en camino, ofuscado con estos razonamientos, con muchas aprensiones porque al parecer los oráculos no eran muy favorables. Llegué, pues, y a Zeus Salvador ofrezco la tercera copa, ya que en esto al menos tuve realmente éxito⁷¹: volví felizmente sano y salvo, y esto tengo que agradecerse, después de los dioses, a Dionisio, pues cuando había muchos que deseaban mi muerte, él lo impidió y mostró cierto pudor ante mis asuntos.

A mi llegada, pensé que ante todo debía comprobar b si Dionisio estaba realmente inflamado como fuego por la filosofía, o si el rumor que había llegado a Atenas en este sentido carecía de fundamento. Pues bien, hay un procedimiento bastante discreto para llevar a cabo esta prue-

⁷⁰ A saber, no colaborar para que Dionisio llegara a convertirse en un verdadero filósofo aprovechando sus buenas condiciones.

⁷¹ Cf. 334d.

ba, y además es muy adecuado para aplicarlo a tiranos, sobre todo si están rebosantes de ideas mal asimiladas, que es precisamente lo que yo advertí en Dionisio nada más llegar. A esta clase de personas hay que explicarles lo que es la obra filosófica en toda su extensión, y cuántos trabajos y esfuerzos exige. Porque si el oyente es un verdadero filósofo, apto para esta ciencia y digno de ella porque tiene una naturaleza divina, el camino que se le ha enseñado le parece maravilloso, piensa que debe emprenderlo inmediatamente y que no merece la pena vivir de otra manera. Pone, en consecuencia, todo su esfuerzo con los del guía que le dirige y no afloja el paso hasta que ha alcanzado plenamente todos sus objetivos o consigue fuerzas suficientes para poder caminar sin su instructor. Éste es el estado de ánimo con el que vive este hombre, dedicado a sus actividades ordinarias, cualesquiera que sean, pero ateniéndose siempre en todo a la filosofía, y a un sistema de vida cotidiano que le confiere con la sobriedad una inteligencia despierta, memoria y capacidad de reflexión. Toda conducta contraria a ésta no deja de horrorizarle. En cambio, los que no son verdaderamente filósofos, que tienen únicamente un barniz de opiniones, como las personas cuyos cuerpos están ligeramente quemados por el sol, cuando ven que hay tanto que aprender ⁷², el esfuerzo que hay que realizar y la moderación en el régimen de vida cotidiano que la empresa pide, considerándolo difícil e imposible para ellos, ni siquiera son capaces de ponerse a practicarlo, y algunos se convencen de que ya han aprendido bastante de todo y que no necesitan más esfuerzos. Ésta es una prueba evidente e infalible cuando se trata de personas dadas a los placeres e incapaces

⁷² Cf. *República* 531d.

de hacer esfuerzos, de modo que no pueden acusar a su maestro, sino a sí mismos, cuando no son capaces de seguir todas las prácticas necesarias para la actividad filosófica.

En este sentido me dirigía yo a Dionisio con mis palabras, pues ni le di explicaciones completas ni él tampoco me las pidió, ya que hacía como que sabía muchas cosas y las más importantes, y presumía de estar ya bastante informado gracias a las mal entendidas enseñanzas recibidas de otros. He oído decir que, posteriormente, incluso ha escrito, a propósito de estas cuestiones que entonces aprendió, un tratado que presenta como materia propia, y no como fruto de las explicaciones recibidas, pero no tengo conocimiento cierto de ello. Ya sé que hay otros que han escrito sobre estos mismos temas, pero ni ellos mismos saben quiénes son ⁷³. En todo caso, al menos puedo decir lo siguiente a propósito de todos los que han escrito y escribirán y pretenden ser competentes en las materias por las que yo me intereso, o porque recibieron mis enseñanzas o de otros o porque lo descubrieron personalmente: en mi opinión, es imposible que hayan comprendido nada de la materia. Desde luego, no hay ni habrá nunca una obra mía que trate de estos temas; no se pueden, en efecto, precisar como se hace con otras ciencias, sino que después de una larga convivencia con el problema y después de haber intimado con él, de repente, como la luz que salta de la chispa, surge la verdad en el alma y crece ya espontáneamente ⁷⁴. Sin duda, tengo la seguridad de que, tanto por escrito como de viva voz, nadie podría exponer

⁷³ Alusión tal vez a la proverbial máxima «conócete a ti mismo».

⁷⁴ Cf. *Banquete* 210e acerca del surgimiento repentino de la visión de la idea.

estas materias mejor que yo; pero sé también que, si estuviera mal expuesto, nadie se disgustaría tanto como yo. Si yo hubiera creído que podían expresarse satisfactoriamente con destino al vulgo por escrito⁷⁵ u oralmente, ¿qué otra tarea más hermosa habría podido llevar a cabo en mi vida que manifestar por escrito lo que es un supremo servicio a la humanidad y sacar a la luz en beneficio de todos e la naturaleza de las cosas⁷⁶? Ahora bien, yo no creo que la discusión filosófica sobre estos temas⁷⁷ sea, como se dice, un bien para los hombres, salvo para unos pocos que están capacitados para descubrir la verdad por sí mismos con unas pequeñas indicaciones. En cuanto a los demás, a unos les cubriría de un injusto desprecio, lo que es totalmente inadecuado, y a otros de una vana y necia suficiencia, convencidos de la sublimidad de las enseñanzas recibidas. Y todavía se me ocurre extenderme más largamente sobre este aspecto: tal vez alguno de los temas de los que hable quede más claro una vez que hayan sido expuestos. Hay, en efecto, un argumento serio que se opone a quien se atreve a escribir cualquier cosa sobre estas materias, argumento ya expuesto por mí muchas veces, pero me parece que debo repetirlo ahora una vez más.

Hay en todos los seres tres elementos necesarios para que se produzca el conocimiento⁷⁸; el cuarto es el conocimiento mismo, y hay que colocar en quinto lugar el ob-

⁷⁵ Sobre el peligro de poner por escrito tales doctrinas, *Carta II* 314c ss.

⁷⁶ Aquí la palabra *phýsis* hay que atenderla en el sentido platónico de «el ser, la realidad».

⁷⁷ La palabra *epicheirēsis* aquí se acerca al sentido aristotélico de «exposición».

⁷⁸ Cf. *Leyes* 895d, donde se enumeran estos tres elementos: *ónoma* (nombre), *lógos* (definición) y *ousía* (realidad o cosa en sí).

jeto en sí, cognoscible y real. El primer elemento es el nombre, el segundo es la definición, el tercero, la imagen, el cuarto, el conocimiento. Pongamos un ejemplo aplicado a un objeto determinado para comprender la idea y extendámoslo a todos los demás. Hay algo llamado «círculo», cuyo nombre es el mismo que acabo de pronunciar. En segundo lugar viene la definición, compuesta de nombres y predicados: «aquello cuyos extremos distan por todas partes por igual del centro» sería la definición de lo que se llama «redondo», «circunferencia», «círculo»⁷⁹. En tercer lugar, la imagen que se dibuja y se borra, se torna en círculo y se destruye, pero ninguna de estas cosas le ocurre al círculo mismo al que se refieren todas las representaciones, pues es distinto a todas ellas. Lo cuarto es el conocimiento, la inteligencia, la opinión verdadera relativa a estos objetos: todo ello debe considerarse como una sola cosa, que no está ni en las voces ni en las figuras de los cuerpos, sino en las almas, por lo que es evidente que es algo distinto tanto en la naturaleza del círculo en sí como de los tres elementos anteriormente citados. De estos elementos es la inteligencia la que está más cerca del quinto⁸⁰ por afinidad y semejanza; los otros se alejan más de él. Las mismas diferencias, podrían establecerse respecto a las figuras rectas o circulares, así como a los colores, a lo bueno, lo bello y lo justo, a todo cuerpo, tanto si está fabricado artificialmente como si es natural, al fuego, al agua y a todas las cosas parecidas, a toda clase de seres vivos, a los caracteres del alma, a toda clase de acciones y pasiones. Porque si en todas estas cosas no se llegan a captar de alguna manera los cuatro elemen-

⁷⁹ Para la definición de círculo, cf. *Timeo* 33n, *Parménides* 137e.

⁸⁰ Cf. *República* 490b.

tos, nunca se podrá conseguir una participación perfecta del quinto. Además, estos elementos intentan expresar tanto la cualidad de cada cosa como su esencia por un medio tan débil como las palabras; por ello, ninguna persona sensata se arriesgará a confiar sus pensamientos en tal medio ⁸¹, sobre todo para que quede fijado, como ocurre con los caracteres escritos. Éste es también un punto que hay que entender. Cada círculo concreto de los dibujados o trazados en giro está lleno del elemento contrario al quinto, pues está en contacto por todas sus partes con la línea recta. En cambio, el círculo en sí, afirmamos que no contiene ni poco ni mucho de la naturaleza contraria a la suya. Afirmamos también que el nombre de los objetos ^b no tiene para ninguno de ellos ninguna fijeza ⁸², y nada impide que las cosas ahora llamadas redondas se llamen rectas, y las rectas, redondas, ni tendrán un valor menos significativo para los que las cambian y las llaman con nombres contrarios. Lo mismo puede decirse de la definición, puesto que está compuesta de nombres y predicados: no hay en ella nada que sea suficientemente firme ⁸³. Hay mil argumentos para demostrar la oscuridad de estos cuatro elementos, pero el más importante es el que dimos un poco antes: que de los dos principios existentes, el ser y la ^c cualidad, el alma busca conocer no la cualidad, sino el ser, pero cada uno de los cuatro elementos le presenta con razonamientos o con hechos lo que ella no busca, ofreciéndole una expresión y manifestación de ello que siempre son fácilmente refutables por los sentidos, lo cual, por así decirlo, coloca a cualquier hombre totalmente en

⁸¹ Cf. *Crátilo* 438d, e.

⁸² Cf. *Crátilo* 384d, e, para la idea de que los nombres no son fijaciones naturales, sino convencionales.

⁸³ Cf. *Teeteto* 208b ss., sobre la inestabilidad de las definiciones.

situación de inseguridad e incertidumbre. Ahora bien, en aquellos casos en que por culpa de nuestra mala educación no estamos acostumbrados a investigar la verdad y nos basta la primera imagen que se nos presenta, no haremos el ridículo mutuamente porque podremos preguntar y responder, con capacidad de analizar y censurar los cuatro elementos. Pero cuando nos vemos obligados a contestar y definir claramente el quinto elemento, cualquier persona capacitada para refutarnos nos aventaja si lo desea, y consigue que el que está dando explicaciones, sea con palabras o por escrito o por medio de respuestas, dé la impresión a la mayoría de los oyentes de que no sabe nada de lo que intenta decir por escrito o de palabra; a veces no se dan cuenta de que no es la mente del escritor o del que habla lo que se refuta, sino la naturaleza de cada uno de los cuatro elementos del conocimiento, que es defectuosa por naturaleza. Sin embargo, a fuerza de manejarlos todos, subiendo y bajando del uno al otro, a base de un gran esfuerzo se consigue crear el conocimiento cuando tanto el objeto como el espíritu están bien constituidos⁸⁴. Pero si por el contrario, las disposiciones son malas por naturaleza, y, en su mayoría, tal es el estado natural del alma, tanto frente al conocimiento como a lo que se llama costumbres, si falla todo esto, ni el mismísimo Linceo⁸⁵ podría hacer ver a estas personas con claridad. En una palabra, a la persona que no tiene ninguna afinidad con esta cuestión, ni la facilidad para apren-

⁸⁴ Gracias a esta comparación entre modos humanos y a este trato entre imágenes, nociones, definiciones, se llega a la intuición del intelecto (344b).

⁸⁵ Un argonauta, famoso por su agudeza visual, que aquí hiperbólicamente se supone que también produce agudeza de visión.

der ni la memoria podrían proporcionársela, pues en principio no se da en naturalezas ajenas a dicha materia. De modo que cuantos no sean aptos por naturaleza y no armonicen con la justicia y las demás virtudes, por muy bien dotados que estén en otros aspectos para aprender y recordar, así como quienes, teniendo afinidad espiritual, carezcan de capacidad intelectual y de memoria, ninguno de ellos conocerá jamás la verdad sobre la virtud y el vicio en la medida en que es posible conocerla. Es necesario, en efecto, aprender ambas cosas a la vez, la verdad y lo falso⁸⁶ del ser entero, a costa de mucho trabajo y mucho tiempo, como dije al principio⁸⁷. Y cuando después de muchos esfuerzos se han hecho poner en relación unos con otros cada uno de los distintos elementos, nombres y definiciones, percepciones de la vista y de los demás sentidos, cuando son sometidos a críticas benévolas, en las que no hay mala intención al hacer preguntas ni respuestas, surge de repente la intelección y comprensión de cada objeto con toda la intensidad de que es capaz la fuerza humana. Precisamente por ello cualquier persona seria se guardará muy mucho de confiar por escrito cuestiones serias⁸⁸, exponiéndolas a la malevolencia y a la ignorancia de la gente. De ello hay que sacar una simple conclusión: que cuando se ve una composición escrita de alguien, ya se trate de un legislador sobre leyes, ya sea de cualquier otro tema, el autor no ha considerado estas cuestiones como muy serias, ni él mismo es efectivamente serio, sino que permanecen encerradas en la parte más preciosa de su ser. Mientras que si él hubiera confiado a ca-

⁸⁶ Cf. *Leyes* 816d.

⁸⁷ Cf. 341c.

⁸⁸ Cf. *Leyes* 769a, *Político* 294a.

racteres escritos estas reflexiones como algo de gran importancia, «entonces seguramente es que, no los dioses, *d* sino los hombres, le han hecho perder la razón»⁸⁹.

El que haya seguido esta exposición y esta digresión comprenderá perfectamente que, si Dionisio o cualquier otra persona de mayor o menor categoría ha escrito un libro sobre las elevadas y primordiales cuestiones referentes a la naturaleza, en mi opinión es que no ha oído ni aprendido doctrina sana alguna sobre los temas que ha tratado, ya que, de no ser así, habría sentido el mismo respecto que yo hacia tales verdades y no se habría atrevido a lanzarlas a un ambiente discorde o inadecuado. Tampoco pudo escribirlo para que se recordara; pues no hay peligro de que se olviden una vez que han penetrado en el *e* alma, ya que están contenidas en los más breves términos⁹⁰; sería más bien por una ambición despreciable, tanto si expuso la doctrina como propia cuanto si pretendió tener una formación de la que no era digno, ambicionando la gloria que esta formación comporta. Si una sola entrevista *e* conmigo se la dio a Dionisio, podría ser, pero cómo pudo ocurrir, sólo Zeus lo sabrá⁹¹, como dice el tebano. Yo tuve una entrevista con él una sola vez, como ya conté⁹², pero nunca más volví a hacerlo. En este momento debe enterarse, quienquiera que se interese por averiguar cómo ocurrieron realmente los hechos, de los motivos por los que no seguimos las lecciones ni una segunda vez, ni una tercera, ni ninguna otra. ¿Acaso Dionisio, después de haberme oído una sola vez, pensaba que ya sabía *b*

⁸⁹ HOMERO, *Ilíada* VII 360, XII 234.

⁹⁰ Cf. *Fedro* 275d, 278a.

⁹¹ Cf. *Fedón*, 62a.

⁹² Cf. 341a.

bastante, y en efecto sabía lo suficiente, ya fuera por descubrimientos propios o porque había aprendido antes de otros maestros ⁹³? ¿O juzgaba que mis explicaciones carecían de valor, o bien, tercera hipótesis, que no estaban a su altura, sino que le superaban y realmente se sentía incapaz de llevar una vida entregada a la sabiduría y a la virtud? Porque si pensaba que carecían de valor, esto se contradice con muchos testigos que afirman lo contrario y que en estas materias serían jueces más competentes que él. Si creía que había descubierto o aprendido conocimientos, y que éstos eran valiosos para la educación de un alma libre, ¿cómo hubiera podido, a no ser que se tratara de un hombre extravagante, desdeñar tan fácilmente a la persona que era su guía y su maestro ⁹⁴? Cómo, de hecho, me desdeñó voy a referirlo ahora ⁹⁵.

Poco tiempo después de estos acontecimientos, aunque hasta entonces había dejado a Dión la libre disposición de sus bienes y el disfrute de sus rentas, prohibió que en lo sucesivo se las enviaran sus administradores al Peloponneso, como si hubiera olvidado completamente su carta ⁹⁶; pues decía que los bienes no pertenecían a Dión, sino a su hijo, que era sobrino suyo, y por ley le correspondía su tutoría. Éstos son los acontecimientos que ocurrieron en aquella época hasta el momento de mi relato; en estas circunstancias, yo había visto con claridad el entusiasmo de Dionisio por la filosofía y tenía motivos para indignarme, tanto si quería como si no. Estábamos entonces en

⁹³ Cf. *Carta* II 312b.

⁹⁴ Se refiere al propio Platón.

⁹⁵ Vuelve al relato del tercer viaje de Platón a Sicilia, interrumpido en 340b.

⁹⁶ En la que prometió a Platón que se arreglarían los asuntos de Dión según sus deseos si iba a Siracusa.

verano, y con ello los navíos se hacían a la mar. Yo pensaba que no debía estar irritado contra Dionisio, sino más bien contra mí mismo y contra los que me habían forzado a cruzar por tercera vez el Estrecho de Escila e

*para afrontar una vez más a la funesta Caribdis*⁹⁷,

y que debía decir a Dionisio que yo no podía prolongar mi estancia después del ultrajante trato de que había sido víctima Dión. Pero él trataba de calmarme y me pedía que me quedara, porque pensaba que no era bueno para él que yo me marchara tan rápidamente siendo portador de semejantes noticias. Como no podía convecerme, dijo que quería preparar personalmente mi viaje. Yo, por mi parte, 346 había pensado embarcarme en cualquier barco mercante⁹⁸, porque estaba tremendamente irritado y dispuesto a arros-trarlo todo si se me ponían impedimentos, puesto que, evidentemente, yo no había hecho ofensa alguna, sino que más bien la había recibido. Y él, al ver que yo no estaba dispuesto en absoluto a quedarme, imaginó la treta siguiente para retenerme durante aquel período de navegación. Al día siguiente de la entrevista vino a verme y se dirigió a mí con estas persuasivas palabras⁹⁹: «Que Dión y sus intereses dejen de ser un obstáculo entre tú y yo y b un motivo de discordia permanente. Mira lo que en atención a ti voy hacer por Dión. Le pido que se haga cargo de sus bienes y resida en el Peloponeso, no como un exiliado, sino con la facultad de volver aquí cuando lo acordemos conjuntamente él y yo y vosotros sus amigos¹⁰⁰.

⁹⁷ *Odisea* XIII 428.

⁹⁸ O quizá el primer barco dispuesto a partir.

⁹⁹ Paso al estilo directo, frecuente en Platón.

¹⁰⁰ Parece ser, según Plutarco, que a Platón le acompañaban Espeu-sipo y Jenócrates. Es muy posible que fueran también otros discípulos.

Pero esto a condición de que no conspire contra mí. Responderéis de ello vosotros, tú y los tuyos, así como los familiares de Dión que están aquí; que también él os dé a vosotros garantías. El dinero que pueda recibir se depositará en el Peloponeso y en Atenas en manos de las personas que vosotros decidáis; Dión disfrutará de los intereses, pero no podrá sin vuestro consentimiento disponer del capital. En cuanto a mí, no tengo demasiada confianza en que sea leal conmigo al disponer de estos bienes, pues su importe es considerable, y si me fío, en cambio, más de ti y de los tuyos. Mira, pues, si te gusta esta oferta y quédate aquí este año con estas condiciones; acabado este plazo ¹⁰¹, podrás marcharte, llevándote el dinero. Estoy seguro de que Dión te quedará muy agradecido si haces esto en su favor». Yo me disgusté al oír estas propuestas, a pesar de lo cual le respondí que lo pensaría y que al día siguiente le comunicaría lo que hubiera decidido. Tal fue el acuerdo al que llegamos entonces. A continuación me puse a reflexionar, ya que me sentía muy confuso; lo primero que se me ocurría era lo siguiente: «Vamos a ver, si Dionisio no piensa cumplir ninguna de sus promesas, supongamos que, en el caso de marcharme yo, le escribe una carta muy convincente a Dión comunicándole lo que acaba de decirme, y ordena a otros de sus partidarios que hagan lo mismo, dando a entender que, aunque él lo deseaba, fui yo quien no quiso aceptar sus proposiciones, desentendiéndome de los asuntos de Dión; además de esto, supongamos que no desea mi partida y, sin dar órdenes personales a ningún capitán de barco, deja entender fácilmente a todos que no le gusta que me vaya:

¹⁰¹ Es decir, dentro de un año.

¿habrá alguno dispuesto a tomarme como pasajero ¹⁰² una vez que me haya escapado de la residencia de Dionisio?» Yo estaba alojado, en efecto, para mayor desgracia mía, en el jardín contiguo al palacio, de donde el portero no me habría dejado salir de ninguna manera sin recibir una orden dada por Dionisio. «En cambio, si me quedo este año, podré escribir una carta a Dión diciéndole la situación en que me encuentro y lo que intento conseguir, y, suponiendo que Dionisio cumpla alguna de sus promesas, mi actuación no habrá sido completamente ridícula, ya que la fortuna de Dión, correctamente valorada, no alcanza menos de cien talentos. Pero si las cosas se desarrollan tal como ahora se presentan, como es lógico que ocurra, no sabré qué partido tomar; a pesar de ello, tal vez sea necesario aguantar un año más y tratar de demostrar con hechos las artimañas de Dionisio». Una vez decidido, al día siguiente le di mi respuesta a Dionisio: «He decidido quedarme, pero a pesar de ello —añadí—, te pido que no me consideres como un representante plenipotenciario de Dión y que le escribamos conjuntamente tú y yo comunicándole las decisiones que hemos adoptado y preguntándole si le parecen suficientes; en caso contrario, si desea y pide algún cambio, que lo haga saber cuanto antes; tú entre tanto no debes tomar ninguna medida que cambie su situación». Esto fue lo que le dije y lo que acordamos entre nosotros, más o menos en los términos expresados ¹⁰³. A continuación zarparon los barcos, y ya no era posible partir cuando Dionisio tuvo la ocurrencia de decirme que la mitad de los bienes debían considerarse de

¹⁰² Este empleo de la palabra *nautēs* puede verse en SÓFOCLES, *Filoctetes* 901.

¹⁰³ Para estos detalles biográficos, véase *Carta* III 318a ss.

Dión y la otra mitad de su hijo. Dijo que los iba a vender y, una vez realizada la venta, me daría la mitad para que me la llevara y reservaría la otra mitad para el niño, añadiendo que esto era lo más justo. Yo quedé consternado por sus palabras, pero me pareció que era completamente ridículo poner cualquier objeción; sin embargo, le hice ver que debíamos esperar la carta de Dión y volver a escribirle comunicándole este cambio. Pero él se puso en seguida a vender descaradamente la totalidad de los bienes de aquél, de la forma y manera que quiso y a quienes quiso vender, sin decirme a mí ni una palabra de ello; tampoco yo volví a hablarle de los intereses de Dión, porque me daba cuenta de que era inútil.

Hasta este momento, yo había estado acudiendo de esta manera en ayuda de la filosofía y de mis amigos; desde entonces, así vivíamos Dionisio y yo: yo, con la mirada puesta en el exterior, como un pájaro que está deseando volar de su jaula¹⁰⁴, y él intentando apaciguarme y sin haberme devuelto ninguno de los bienes de Dión; sin embargo, pretendíamos ser amigos ante Sicilia entera. Precisamente entonces intentó Dionisio rebajar la paga, de los soldados más veteranos, contrariamente a las normas seguidas por su padre¹⁰⁵. Los soldados, furiosos, se reunieron en asamblea y decidieron oponerse. Él intentó emplear la fuerza cerrando las puertas de la acrópolis, pero los soldados se lanzaron al punto contra las murallas vociferando el peán de guerra de los bárbaros. Entonces Dionisio, totalmente aterrorizado, cedió por completo, y aún más

¹⁰⁴ Una imagen muy parecida puede verse en *Fedro* 249d.

¹⁰⁵ Dionisio I mantenía un cuerpo de 10.000 soldados mercenarios. Sus cuarteles estaban en la isla Ogiqia, fuera de los muros de la acrópolis.

ante los peltastas¹⁰⁶ a la sazón reunidos. En seguida se divulgó el rumor de que Heraclides¹⁰⁷ había sido el autor de todos estos acontecimientos. Cuando este rumor llegó a oídos suyos, Heraclides se quitó de en medio y se escondió. Dionisio intentaba detenerle, pero, no sabiendo cómo, llamó a Teodotes a su jardín, en el que casualmente me encontraba yo en ese momento paseando. Ignoro el resto de su conversación, ya que no lo oí, pero sé y recuerdo perfectamente las palabras que Teodotes le dijo a Dionisio delante de mí: «Platón», dijo, «yo estoy intentando convencer a Dionisio para que, si consigo traer aquí a Heraclides para que responda de las acusaciones que se han lanzado contra él, en el caso de que no crea que debe dejarle vivir en Sicilia, le deje embarcar para el Peloponeso con su mujer y su hijo y pueda vivir allí disfrutando de sus bienes y sin atentar contra Dionisio. Tal es mi petición; ya mandé a buscarle una primera vez y volveré a hacerle llamar, a ver si me hace caso a la primera o a la segunda de mis llamadas. Pero pido y suplico a Dionisio que en el caso de que se encuentre a Heraclides, sea en el campo o aquí, que no le ocurra ninguna otra cosa desagradable que la de ser desterrado del país hasta que Dionisio tome otra decisión». Y dirigiéndose a éste, añadió: «¿Estás de acuerdo con esto?». «Estoy de acuerdo en ello —respondió—, y aunque se le encuentre en los alrededores de tu casa, no sufrirá otro daño que el que acaba de decirse». Pues bien, al día siguiente por la tarde, Euribio y Teodotes acudieron a mí presurosos y completamente turbados, y

¹⁰⁶ Soldados de infantería ligera, así llamados por el escudo que llevaban.

¹⁰⁷ Para Heraclides, véase *Carta III* 318c, así como para Teodotes y Euribio.

Teodotes me dijo: «Platón, tú fuiste ayer testigo del acuerdo al que llegamos tú y yo con Dionisio a propósito de Heraclides». «Desde luego», respondí yo. «Pues ahora —continuó— andan peltastas corriendo por todas partes buscando a Heraclides para prenderle, y es posible que se encuentre por estos alrededores, de modo que es absolutamente preciso que nos acompañes para ver a Dionisio». ³⁴⁹ Fuimos, en vista de ello, y comparecimos ante él; ellos dos se mantenían de pie con lágrimas en los ojos, y yo tomé la palabra: «Mis compañeros tienen miedo de que tomes medidas contrarias a nuestros acuerdos de ayer, pues parece que ha vuelto y se le ha visto por aquí». Al oír estas palabras, Dionisio se encolerizó y su rostro pasó por ^b todos los colores, como le ocurre a una persona irritada. Teodotes cayó a sus pies, le cogió la mano llorando y se puso a suplicarle que no hiciera nada parecido. Entonces yo dije, tratando de animarle: «Tranquilízate, Teodotes, que Dionisio no se atreverá a hacer nada quebrantando sus promesas de ayer». Entonces Dionisio fijó en mí su mirada y, con talante muy propio de un tirano, me dijo: «A ti yo no te he prometido nada en absoluto». «Sí, por los dioses —repliqué yo—, y precisamente lo mismo que este hombre te está pidiendo». Y con estas palabras me di la vuelta y me marché. A continuación, Dionisio ^c prosiguió su intento de cazar a Heraclides, pero Teodotes envió emisarios exhortándole a que huyera. El tirano lanzó en su persecución a Tisias ¹⁰⁸ al frente de un destacamento de peltastas, pero Heraclides, según se dijo, se le adelantó por unas horas apenas y pudo refugiarse en territorio cartaginés.

¹⁰⁸ Sólo citado en este lugar.

Después de estos sucesos, Dionisio pensó que su antiguo proyecto de no devolverle sus bienes a Dión tenía ya un motivo convincente en sus relaciones inamistosas conmigo; primero me echó de la acrópolis con el pretexto de *d* que tenían que celebrar un sacrificio de diez días de duración ¹⁰⁹ en el jardín donde yo habitaba. Me ordenó, pues, pasar este tiempo fuera, en casa de Arquedemo ¹¹⁰. Estando yo allí, Teodotes mandó a buscarme; estaba muy indignado por todo lo que había ocurrido y se estuvo quejando de Dionisio. Cuando éste se enteró de que yo había ido a casa de Teodotes, se convirtió para él en otro motivo de desacuerdo conmigo, de la misma naturaleza que el anterior. Por medio de un mensajero me hizo preguntar *e* si efectivamente me había entrevistado con Teodotes por invitación de éste. «Desde luego», dije yo. «En este caso —replicó el mensajero—, me encargó que te dijera que haces mal dando más importancia a Dión y a sus amigos que a él mismo». Esto fue lo que dijo, y ya no me hizo llamar en más ocasiones a su palacio, como si ya estuviera perfectamente claro que yo era amigo de Teodotes y de Heraclides y, en cambio, enemigo suyo. Además, suponía que yo no podía sentir simpatía hacia él, ya que había dilapidado por completo los bienes de Dión. A partir de entonces yo habité fuera de la acrópolis, entre los *350* mercenarios. Vinieron a verme, entre otros, unos remeros de origen ateniense ¹¹¹, conciudadanos míos, que me informaron de que yo estaba siendo difamado entre los pel-

¹⁰⁹ Se celebraban al comenzar la siembra, hacia octubre, las de Deméter, y al madurar las mieses las de Core, en abril.

¹¹⁰ V. nota a *Carta II* 310b.

¹¹¹ Remeros que acudían a Siracusa en busca de trabajo.

tastas ¹¹² y que algunos habían proferido amenazas de muerte contra mí si conseguían cogermé. Entonces se me ocurrió la siguiente estratagema para salvarme. Envié un mensaje a Arquitas y a mis otros amigos de Tarento advirtiéndoles de la situación en que me encontraba. Ellos,
 b presentándola como una embajada, enviaron desde su ciudad una nave de treinta remos con uno de ellos. Lamisco ¹¹³, que nada más llegar fue a ver a Dionisio para interceder por mí, diciéndole que yo deseaba partir y pidiéndole que no se opusiera. Dionisio dio su consentimiento y me despidió, dándome dinero para los gastos de viaje. En cuanto a los bienes de Dión, no yo se los reclamé ni él me dio nada.

Quando llegué al Peloponeso encontré en Olimpia a Dión, que estaba allí asistiendo a los juegos ¹¹⁴, y le conté lo sucedido. Él, poniendo a Zeus como testigo, nos exhortó
 c inmediatamente a mí, a mis parientes y amigos a preparar nuestra venganza contra Dionisio; nosotros, porque había traicionado a sus huéspedes (lo decía tal como lo pensaba), y él, por haber sido expulsado y desterrado injustamente. Cuando yo oí estas palabras, le invité a que solicitara la ayuda de nuestros amigos, si es que estaban dispuestos a dársela, «Y en cuanto a mí, —añadí—, fue
 casi forzado por ti y por los otros como compartí la mesa, la morada y los sacrificios de Dionisio. Éste tal vez creía, porque eran muchos los calumniadores, que yo de acuerdo contigo conspiraba contra él y contra su régimen tiránico,
 d a pesar de lo cual no me mandó matar, sino que sintió

¹¹² Al parecer, los mercenarios acusaban a Platón de empujar a Dionisio a renunciar a la tiranía, con lo que ellos se quedarían sin trabajo.

¹¹³ Este nombre no aparece claro en los manuscritos.

¹¹⁴ Se trata del festival del año 360 a. C.

pudor en hacerlo. Por otra parte, yo ya no tengo edad para hacerme aliado de guerra de nadie, pero me uniré a vosotros siempre que necesitéis reanudar vuestra amistad y favoreceros mutuamente; pero mientras estéis deseando haceros mal, buscad otros aliados». Esto es lo que yo les dije, porque había llegado a aborrecer mis andanzas por Sicilia ¹¹⁵ y mi fracaso. Pero ellos no me hicieron caso ni atendieron mis intentos de reconciliación, y se hicieron responsables de todas las desgracias que ahora les han ocurrido. Nada de esto habría ocurrido, en la medida en que pueden conjeturarse los azares humanos, si Dionisio hubiera devuelto a Dión sus bienes, o se hubiera reconciliado por todos los medios con él, pues en ese caso yo habría podido contener fácilmente a Dión con mi voluntad y mi influencia. En cambio, ahora, al dirigirse uno contra otro, han desencadenado toda clase de desastres. Sin embargo, Dión tenía las mismas intenciones que yo diría que ³⁵¹ debería tener yo mismo o cualquier persona sensata; tanto en lo que se refiere a su influencia personal, como a sus amigos, como a su patria, no tendría otra ambición que prestarle los más grandes servicios y convertirse en una persona poderosa y honrada entre todos. No es ése el caso del que se enriquece a sí mismo, a sus partidarios y a su ciudad organizando conjuraciones y reuniendo conspiradores, cuando se es pobre, no se tiene autodomínio y uno es víctima cobarde de sus pasiones; cuando se da muerte a los ricos, llamándolos enemigos y dilapida sus bienes ¹¹⁶ b e invita a hacer lo mismo a sus colaboradores y cómplices, para que ninguno de ellos tenga que echarle en cara su pobreza. Ése es también el caso del que es honrado por su

¹¹⁵ Puede ser una alusión a las andanzas de Ulises.

¹¹⁶ Dionisio el Viejo había empujado al pueblo a confiscar los bienes de los ricos y matar a sus dueños.

ciudad como su bienhechor por haber distribuido por decreto a las masas los bienes de unos pocos, o del que estando al frente de una ciudad importante, que a su vez preside a otras más débiles, adjudica a la suya los bienes de las ciudades más pequeñas contra todo derecho. Ni Dión ^c ni ningún otro aceptaría voluntariamente ¹¹⁷ un poder que sería eternamente funesto para él y para su raza, sino que tendería más bien a una constitución y a un sistema legislativo verdaderamente justo y bueno, conseguido sin ningún tipo de matanzas o destierros. Eso es precisamente lo que Dión trataba de llevar a cabo, y ha preferido sufrir injusticias a cometerlas ¹¹⁸, y aunque tomó precauciones para no sufrirlas, sin embargo sucumbió cuando estaba a punto de alcanzar la cumbre, la victoria sobre sus enemigos. Lo que le ocurrió no tiene nada de extraño, pues un ^d hombre justo, sensato y prudente, al tratar con hombres injustos, no puede dejarse engañar sobre la manera de ser de tales personas, pero tampoco tiene tal vez nada de extraño que le ocurra como a un buen piloto a quien no puede pasarle desapercibido que se acerca una tempestad, pero no puede prever su extraordinaria e inesperada magnitud y, por no preverla, forzosamente zozobra. Esto mismo fue también lo que hizo caer por muy poco a Dión. Él conocía muy bien la maldad de los que le hicieron caer, pero lo que no podía prever era hasta qué punto era profunda su estulticia, su perversión y voracidad. Este ^e error le hizo sucumbir, sumiendo a Sicilia en un inmenso duelo.

¹¹⁷ De acuerdo con el dicho socrático de que «nadie peca voluntariamente».

¹¹⁸ En *Gorgias*, en *República* y en *Critón* se repite esta formulación.

Después de lo que acabo de decir, mis consejos están ³⁵² ya más o menos expuestos, y ya es suficiente. He vuelto a reanudar el relato de mi segundo viaje a Sicilia¹¹⁹ porque me pareció necesario contároslo a causa del carácter absurdo o extraño que tomaron los acontecimientos. Por ello, si mis explicaciones actuales parecen razonables y se juzgan satisfactorios los motivos que explican los hechos, la exposición que acabo de hacer podrá considerarse adecuada y discreta.

¹¹⁹ Ya en tiempo de Dionisio II.

CARTA VIII

PLATÓN DESEA BIENESTAR A LOS PARIENTES Y AMIGOS DE DIÓN

Voy a intentar explicaros, en la medida de mis posibilidades, con qué mentalidad podríais disfrutar del máximo bienestar. Tengo la esperanza de que mis consejos serán útiles no sólo para vosotros; sin duda, especialmente para vosotros, pero también, en segundo lugar, para todos los siracusanos, y por último, en tercer lugar, para vuestros propios adversarios y enemigos, exceptuando, sin embargo, a quien se haya comportado criminalmente¹, pues tales actos no se pueden expiar ni serán susceptibles de purificación. Prestad, pues, atención a lo que voy a deciros a continuación.

Desde que cayó la tiranía tenéis planteadas entre vosotros disensiones de todo tipo sobre este tema: unos pretenden recuperar el poder y otros liberarse definitivamente de la tiranía. Ahora bien, el único consejo que en tales situaciones parece siempre correcto a la comunidad es el que supone hacer el mayor daño posible a los enemigos

¹ Alusión a Calipo, el asesino de Dión.

y el máximo bien a los amigos²; aunque no es fácil en absoluto que quien hace a los otros mucho mal no reciba también mucho a su vez. Y no hace falta ir muy lejos para ver esto con toda claridad, sino considerar lo que ocurre ahora en este mismo sentido en Sicilia, donde unos intentan actuar mientras otros rechazan los intentos de los primeros. Si se lo contarais a otros, podríais darles en cada caso lecciones convenientes. Sin duda, no escasean tales ejemplos, pero, en cambio, las medidas que podrían ser convenientes a todos, tanto adversarios como amigos, o las menos perjudiciales para ambos, eso es lo que no se ve con facilidad ni es fácil de cumplir cuando se ve, y dar un consejo en tal sentido o intentar explicarlo se parece más a un deseo piadoso³. Sea, pues, en buena hora un deseo piadoso (pues por los dioses deben siempre empezar nuestras palabras y pensamientos), y ojalá llegue a su cumplimiento inspirándonos razonamientos como los siguientes.

Actualmente, tanto vosotros como vuestros enemigos, casi desde que empezó la guerra⁴ no habéis dejado de obedecer a una sola familia, a la que vuestros padres llevaron al poder cuando se encontraron en una situación de extremo desamparo⁵, en el momento en que Sicilia, tierra griega, corría el peligro inminente de ser completamente devastada y reducida a la barbarie por los cartagineses.

² Moral propia de la época, combatida por Platón. Cf. *Gorgias* 456e, *República* 335-336, *Critón* 49b, c, etc.

³ El término *euchē*, «plegaria», aquí es más bien «deseo piadoso», improbable de cumplir, o «último recurso».

⁴ La guerra contra los cartagineses, que se prolongó sin interrupción hasta el 409 a. C.

⁵ Los cartagineses se habían apoderado de Agrigento, y Gela estaba sitiada por Himilcón.

Vuestros padres eligieron entonces a Dionisio, por su juventud ⁶ y su valor militar, confiándole las empresas guerreras adecuadas a su carácter, y tomaron como consejero, por la experiencia de su edad, a Hiparino y los nombraron, según se dice, dictadores con plenos poderes para la salvación de Sicilia ⁷. Tanto si se quiere atribuir la causa de la liberación que surgió a una especie de providencia divina y a la obra de una divinidad, o al valor de los generales, o a ambas cosas unidas a la contribución de los ciudadanos, que cada uno opine como quiera, pero lo cierto es que así se salvó aquella generación. Por ello es justo, puesto que se comportaron de tal modo, que todos estuvieran agradecidos a quienes les habían salvado. Si en el tiempo posterior la tiranía abusó del presente que le había otorgado la ciudad, ya está en parte sufriendo su castigo y tendrá que seguirlo sufriendo ⁸. Pero ¿cuál sería la pena necesariamente justa para los culpables en el estado actual de las cosas? Si vosotros fuerais capaces de escaparos de ellos sin grandes peligros y esfuerzos o ellos pudieran fácilmente recobrar su autoridad, ya no habría necesidad de daros los consejos que voy a sugerir. Sin embargo, la realidad actual es que unos y otros debéis tener en cuenta y recordar cuántas veces ambas partes habéis llegado en vuestra esperanza a creer que estabais casi a punto de conseguirlo todo conforme a vuestros deseos, y precisamente esta pequeñez ha sido siempre el motivo de grandes e in-

⁶ Dionisio tenía veinticinco años al subir al poder.

⁷ Este nombramiento lo cita PLUTARCO (*Dión* 3) cuando habla de la boda de la hija de Hiparino con Dionisio. DIODORO (XIII 91-96) habla de la elección de Dionisio como dictador a consecuencia de las victorias de los cartagineses.

⁸ Alude a la expulsión de Dionisio de Sicilia y su retiro en Locros en Italia.

numerables desgracias; nunca se consigue la meta, sino que, sucesivamente, lo que antes parecía ser el fin de un antiguo problema se enlaza con el principio de uno nuevo, y a causa de esta cadena de dificultades se pondrá en peligro de hundimiento total tanto el partido de la tiranía como el partido democrático. Y así, si llega a ocurrir algo que no por horrible es menos verosímil, desaparecerá por completo la lengua griega de toda Sicilia, cuando caiga bajo el poder y dominación de fenicios u oscos⁹. Esto es algo a lo que todos los griegos deben buscar una solución con todo su empeño¹⁰. Ahora bien, si alguien tiene un remedio mejor que el que yo voy a proponer, que lo diga, y con toda razón se le podrá llamar amigo de Grecia.

354 Mi opinión actual voy a intentar dároslo con toda franqueza, empleando un razonamiento imparcial y justo. Hablando, por así decirlo, como una especie de árbitro que se dirige a las dos partes¹¹, tanto a la que ha ejercido la tiranía como a la que la ha sufrido, a cada una de ellas como una individualidad aparte, aportaré mi consejo de siempre¹². Una vez más, ahora recomendaría a cualquier tirano evitar el nombre y la realidad de la tiranía y transformar su poder en reino si fuera posible. Y ello es posible, como demostró con hechos el sabio y virtuoso Licur-

⁹ Probablemente se trata de tribus de Italia central, samnitas o campanos.

¹⁰ Se emplea la expresión «cortar hierbas medicinales». Platón la emplea en *Leyes* 836b y 919b.

¹¹ Alusión al *diáitetēs* del derecho ateniense, como árbitro que formula las decisiones de transacción entre las dos partes.

¹² El mismo que dió a Dionisio I en el primer viaje a Sicilia (*Carta VIII* 334d) repetido a sus parientes y a los amigos de Díon (*Carta VII* 334c-337e).

go; éste, al ver que sus parientes en Argos y en Mesenia ¹³ *b* habían pasado de la realeza a la tiranía y con ello habían provocado cada uno por su parte su propia ruina y la de su ciudad, temiendo a la vez por su propia patria y por su familia, aplicó como remedio la institución del Senado y el freno de los éforos ¹⁴, saludable para el poder real, hasta el punto que éste se conservó gloriosamente durante tantísimas generaciones, ya que la ley llegó a ser reina soberana de los hombres, y no los hombres tiranos de las *c* leyes. Esto es precisamente lo que mis palabras recomiendan a todos ahora: a los que aspiran a la tiranía, que rehúyan y eviten inexorablemente lo que consideran felicidad ¹⁵ personas insaciables e insensatas; que intenten transformar el régimen en reino y someterse a leyes reales, sin aceptar los más altos honores que no sean otorgados por la voluntad de los hombres y de las leyes. Y en cuanto a los que aspiran a un sistema liberal y rechazan el *d* yugo de la esclavitud convencidos de que es un mal, yo les aconsejaría que procuren no caer, por la codicia de una libertad imprecendente, en la enfermedad de sus antepasados, enfermedad que sufrieron los de aquella generación, a causa de una excesiva falta de autoridad, en su desmedido apasionamiento por la libertad. En efecto, con anterioridad al gobierno de Dionisio y de Hiparino ¹⁶, los *e* sicilianos vivían felices (así lo creían ellos, al menos entonces) una vida de relajación en la que gobernaban a sus

¹³ Pasaje repetido como ejemplo en *Leyes* 690d.

¹⁴ Cf. *Leyes* 692a. Atribuye a Licurgo la institución de la Gerusia y la de los éforos, que en *Leyes* se adjudican a distintos autores, que no nombra.

¹⁵ Sobre la felicidad aparente de los tiranos, véase *República* 576d ss.

¹⁶ Cf. 353b.

gobernantes¹⁷. Incluso llegaron a lapidar, sin juzgarles legalmente, a los diez generales¹⁸ que mandaban antes de Dionisio, para no someterse a ninguna dominación ni aun justa ni impuesta por la ley, y ser absolutamente libres. Éste fue para ellos el origen de las tiranías¹⁹. Servidumbre y libertad exageradas son, cada una por su parte, un gran mal, mientras que si se mantienen en un término moderado son excelentes. La sumisión a Dios está dentro de la medida, pero sobrepasa la medida la sumisión a los
 355a hombres. Dios para los hombres sensatos es la ley; para los hombres insensatos, es el placer²⁰.

Puesto que las cosas son así, ruego a los amigos de Dión que transmitan a todos los siracusanos mis exhortaciones, que son al mismo tiempo mi consejo y el suyo. Yo voy a actuar como intérprete de lo que él os diría si viviera y pudiera hablaros. «Pues bien —diría tal vez alguno—, ¿cuál es el consejo que Dión nos da acerca de la situación actual?» Es el siguiente:

«Aprobad ante todo, siracusanos, aquellas leyes que os parezca que no van a inclinar vuestros pensamientos hacia
 b la pasión o el lucro y la riqueza, sino que en la triple jerarquía de alma, cuerpo y riquezas²¹ concedan la máxima estimación al alma, en segundo lugar al cuerpo, cuya virtud es súbdita del alma, y en tercer lugar a las riquezas,

¹⁷ Platón cita en *Rep.* 562d como uno de los males de la democracia el que los gobernantes estuvieran dirigidos por los gobernados.

¹⁸ Es un error de Platón, ya que la lapidación tuvo lugar con anterioridad en Agrigento.

¹⁹ Para Platón (*Rep.* 564a), la tiranía surge como reacción al exceso de libertad, tanto en el terreno personal como en el político.

²⁰ La ley es divina como «dispensadora de razón» (*nómos* derivaría de *noûs*), cf. *Leyes* 762e.

²¹ Para esta clasificación de bienes, cf. *Gorgias* 477c; *Leyes* 697b, 741e, 743d.

hechas para servir al cuerpo y al alma. El precepto que aporte estas condiciones sería una ley correctamente establecida para vosotros, al conseguir una verdadera felicidad a sus seguidores²²: En cambio, el lenguaje que llama felices a los ricos es en sí mismo insensato, necio, propio de mujeres y de niños, que convierte en igualmente insensatos a los que se dejan convencer por él. La verdad de mis exhortaciones la comprobaréis con la experiencia si hacéis la prueba de mis afirmaciones sobre las leyes, pues la costumbre es la más fiel piedra de toque en todas las cosas²³.

Después de haber aceptado tales leyes, puesto que Sicilia está en peligro y ni conseguís una victoria suficiente ni resultáis definitivamente vencidos²⁴, tal vez sería razonable y conveniente para todos vosotros adoptar una solución intermedia²⁵, tanto para vosotros que rehuís la opresión del poder absoluto como para los que están ansiosos por apoderarse de nuevo de él. En cuanto a estos últimos, sus antepasados en un momento determinado, cosa muy importante, salvaron a los griegos de los bárbaros, hasta tal punto que ahora se puede discutir sobre la forma de gobierno. Si entonces hubieran sido aniquilados, no quedarían en absoluto discusiones ni esperanzas de ninguna clase. Por ello, concédase ahora a los unos libertad bajo el poder real y a los otros una autoridad real responsable y sometida a las leyes, que ejercen un poder ab-

²² Cf. *Leyes* 631b, así como *infra*, *Carta* VI 323d.

²³ Cf. *Rep.* 408e ss., 452d ss.

²⁴ Aunque Hiparino había arrojado a Calipo del poder, continuaba virulenta la lucha de partidos y Dionisio desde su destierro acechaba la oportunidad de volver.

²⁵ Cf. *Protágoras* 338a y *Leyes* 793a. Emplea una expresión equivalente a nuestro giro popular «tirar por el camino de enmedio».

soluto sobre los demás ciudadanos y sobre los propios reyes en el caso de que cometan alguna ilegalidad. A base de todas estas condiciones, con mentalidad recta y sana, aceptad como rey en primer lugar a mi hijo²⁶, por un doble motivo de agradecimiento, hacia mí y hacia mi padre (él, en efecto, liberó en aquel tiempo a la ciudad de los bárbaros²⁷, y yo, en estos tiempos, la he liberado dos veces de la tiranía, y vosotros mismos habéis sido testigos de ello); en segundo lugar, concederéis el poder real al tocayo de mi padre, al hijo de Dionisio en atención a la ayuda que ahora nos ha prestado y a su integridad de carácter: a pesar de ser hijo de un tirano, ha liberado la ciudad de manera voluntaria, consiguiendo así para él y para su familia un honor perenne, en lugar de una tiranía efímera e injusta. En tercer lugar, hay que invitar para que sea rey de Siracusa, como rey voluntario de una ciudad que lo acepte espontáneamente, al comandante actual del ejército enemigo, a Dionisio, hijo de Dionisio²⁸, siempre que que esté dispuesto a transformar voluntariamente su poder en un régimen monárquico, temeroso de los azares de la fortuna, por compasión hacia su patria, los templos y las sepulturas abandonadas, y para no correr el peligro de arruinarlo todo completamente a causa de su ambición, convirtiéndose en motivo de regocijo para los bárbaros. Pues bien, a estos tres reyes (tanto si les conferís las prerrogativas de los reyes lacedemonios²⁹ como si

²⁶ Hiparino, que tenía unos veinte años en esta época.

²⁷ Cf. *Carta* VII 333b.

²⁸ Es decir, de Dionisio el Viejo: Hiparino, sobrino de Dión, que abrazó la causa de éste, con quien estaba luchando contra Calipo en Leontino.

²⁹ Esta autoridad era poco más que nominal: su cargo era más bien honorífico, y sobre todo afectaba a materias religiosas.

les quitáis algunas en virtud de un común acuerdo) nombrados más o menos por el procedimiento siguiente, que os he indicado con anterioridad³⁰, aunque vais a oírlo una vez más. En el caso de que la familia de Dionisio e Hiparino esté dispuesta, para la salvación de Sicilia, a poner término a la desastrosa situación actual, aceptando honores para sí mismos y para sus descendientes, tanto en el presente como en el futuro, convocad con esta finalidad, como ya se os dijo anteriormente, a los comisionados que lo deseen, dándoles plenos poderes para llevar a cabo la reconciliación (pueden ser personas del país o de fuera, o ciudadanos y extranjeros mezclados y en el número que se convenga). Estos comisionados a su llegada deberán establecer leyes en primer lugar y una constitución según la cual los reyes deben tener plena autoridad en temas religiosos y en cuantos asuntos competen a quienes fueron en otro tiempo bienhechores públicos. Para mandar en la guerra y en la paz habrá que nombrar guardianes de la ley, en número de treinta y cinco, de acuerdo con el pueblo y la asamblea. Debe haber tribunales diferentes para los distintos casos, pero la jurisdicción sobre la pena de muerte y el destierro será la competencia de los treinta y cinco; además de éstos, tiene que haber jueces seleccionados³¹ entre los magistrados del año precedente, uno de cada magistratura, el que tenga fama de ser el mejor y más justo. A estos jueces corresponderá juzgar el año siguiente todos los casos de pena de muerte, prisión y destierro de los ciudadanos. No se permitirá a un rey juzgar tales causas,

³⁰ Carta VII 337b ss. *op. cit.* pp. 100-101.

³¹ De acuerdo con las normas dadas en *Leyes* 855c.

357 ya que, como sacerdote, debe estar puro de muertes, prisiones y destierros ³².

Éstos son los planes que yo meditaba durante mi visita para vosotros, y son los que siguen en mi pensamiento. Cuando entonces vencí con vuestra ayuda a mis enemigos, los hubiera puesto en práctica tal como lo había pensado si no me lo hubieran impedido las Furias de la hospitalidad ³³. Más adelante, si los acontecimientos hubieran acompañado a mis deseos, habría colonizado el resto de Sicilia, despojando de la parte que ahora ocupan a los b bárbaros que no combatieron por la libertad común contra la tiranía, y restableciendo en sus antiguas y tradicionales moradas a los anteriores habitantes de los territorios griegos. Éstos son los mismos planes que ahora os aconsejo a todos que aprobéis unánimemente, que los pongáis en práctica y que invitéis a todos ³⁴ a colaborar, y que a quien se oponga lo consideréis como enemigo de la comunidad. Ello no es imposible; lo que conciben dos almas y es la mejor solución a juicio de las personas sensatas, considerarlo imposible es una falta de sensatez. Al hablar de las dos almas me refiero a la de Hiparino, hijo c de Dionisio, y a la de mi propio hijo. Yo pienso, en efecto, que si ellos dos están de acuerdo, compartirán su parecer los demás siracusanos que tengan interés por su patria. Por ello, ofreced a todos los dioses vuestros homenajes con plegarias, y a todos cuantos conviene honrar en unión

³² Para el esquema que se propone aquí, véase *Carta VII 337b ss.*, *Leyes 752d ss.*, *762c ss.*, *855c*.

³³ Alude a los asesinos de Dión, Calipo y Filóstrato, unidos a aquél por vínculos de hospitalidad.

³⁴ En la *Carta VII 336d* exceptúa de esta invitación a los que no son capaces de vivir sujetos a la austeridad doria.

de los dioses; tratad de persuadir y de exhortar a amigos y a enemigos con afabilidad y por todos los medios, y no cejéis hasta que lleguéis a conseguir ver realizado³⁵ con brillantez y felicidad lo que os hemos dicho ahora, semejante a un sueño divino que habéis tenido mientras estábais despiertos».

³⁵ Cf. *Sofista* 266c, *Rep.* 533c.

CARTA IX

PLATÓN DESEA BIENESTAR A ARQUITAS DE TARENTO ¹

Han venido a vernos Arquipo y Filónides con sus ami- ^{357d}
gos, portadores de la carta que tú les entregaste, y nos ^e
han dado noticias tuyas. Gestionaron sin problemas los
asuntos referentes a la ciudad, que, por lo demás, no eran
demasiado complicados. Por otra parte, nos hablaron en
detalle de ti y de tu disgusto por no poder librarte de las
actividades públicas. Que sin duda lo más agradable en la
vida es dedicarse a las propias ocupaciones, sobre todo ³⁵⁸
cuando se ha elegido hacer algo como lo que tú has deci-
dido para ti ², eso es algo evidente para cualquiera. Pero
también debes tener en cuenta una cosa: que cada uno de
nosotros no ha nacido sólo para sí mismo, sino que la pa-
tria reivindica una parte de nuestra existencia, otra el res-
to de nuestros amigos, y también una gran parte se conce-
de a las circunstancias que se apoderan de nuestra vida.
Cuando la patria nos llama para dedicarnos a la vida pú-
blica, sería con seguridad extraño desobedecerla, pues ocu-

¹ Cf. *Carta VII* 338 c, 350a. Arquipo y Filónides, a quienes nombra a continuación, eran igualmente miembros de la escuela pitagórica, como lo era Equécrates (358b).

² Alude a las aficiones filosóficas y matemáticas de Arquitas.

b rre con ello que se abandona el país³ en manos de personas mediocres, que no van a la política movidos por el mayor bien. Y nada más en lo que a esto se refiere. En cuanto a Equécrates⁴, nos ocupamos ahora de él y seguiremos haciéndolo en el porvenir, tanto en consideración a ti como a su padre, Frinión, y al propio muchacho.

³ Cf. *Rep.* 347, 521, 540.

⁴ No parece ser el mismo personaje que aparece en *Fedón* como interlocutor.

CARTA X

PLATÓN DESEA BIENESTAR A ARISTODORO ¹

He oído decir que eres uno de los amigos más íntimos ^{358b} de Dión y que lo has sido siempre, demostrando con ello la mayor sensatez de carácter propia de los que se dedican a la filosofía. En efecto, la firmeza, la lealtad, la sinceridad ² es lo que yo afirmo que constituyen la verdadera filosofía, mientras que las otras clases de sabiduría y otras habilidades, que tienen otros fines, considero denominarlas adecuadamente llamándolas sutilezas ³.

Por ello, que te vaya bien y conserva la actitud que mantienes actualmente.

¹ No se conoce bien la personalidad de Aristodoro. Pudiera ser un antiguo discípulo de la Academia, que tuviera amistad con Dión.

² Estas cualidades propias de la filosofía y de los filósofos aparecen en distintos diálogos, sobre todo en la *República* 499 ss.

³ *Gorgias* 486c, 521d.

CARTA XI

PLATÓN DESEA BIENESTAR A LAODAMANTE ¹

Ya te escribí con anterioridad que era de la mayor im- ^{358d}
portancia, respecto a todos los temas de que me hablas,
que vinieras personalmente a Atenas. Ya que, según tu mis-
mo afirmas, eso es imposible, una segunda solución sería
que fuera yo mismo ahí, o Sócrates ², tal como nos de-
cías en tu carta. Pero ocurre que ahora Sócrates está afec- ^e
tado de estranguria, y en cuanto a mí, sería muy desaira-
do que al llegar ahí no consiguiera resolver el problema
para el que me llamas. Desde luego, yo no tengo muchas
esperanzas de que tal cosa pudiera llevarse a cabo. Para
explicar con detalle todas las razones, necesitaría una se-
gunda carta más larga. Además, tampoco estoy por mi
edad en condiciones físicas suficientes para andar de un la-
do para otro y correr peligros por tierra y por mar, pues
actualmente todo está lleno de peligros en los viajes. Sin
embargo, tanto a ti como a los colonizadores puedo acon-

¹ Puede ser un Laodamante de Tasos, matemático y discípulo de Pla-
tón, del que hablan PROCLO (*Eucl.* I 211) y DIÓGENES LAERCIO (III 24),
pero no puede asegurarse.

² Se trata de Sócrates el Joven, introducido por Platón en *Teeteto*,
Sofista y el *Político*.

359a sejaros esto, que dicho por mí, con palabras de Hesíodo³, «podría parecer sencillo, pero, sin embargo, es difícil de entender». Si alguien cree que imponiendo leyes, cualesquiera que sean, podría organizarse bien un Estado, sin que haya una persona con autoridad⁴ que cuide en la ciudad del régimen cotidiano, de manera que tanto esclavos como hombres libres lleven un sistema de vida moderado y enérgico, se equivoca. Y esto puede conseguirse si hay hombres dignos de este poder. Pero si se necesita
b alguien para formarlos, en mi opinión no hay entre vosotros nadie capaz de educar ni personas susceptibles de recibir esa educación, sino que en lo sucesivo tendréis que implorar a los dioses. Y, desde luego, más o menos así se fundaron las ciudades antiguas y luego han sido felizmente administradas, cuando a consecuencia de acontecimientos importantes, tanto a causa de una guerra como por otras coyunturas, ha surgido en tales momentos críticos un hombre de bien con un gran poder. Es necesario, pues, tener en consideración previamente estos datos y reflexionar sobre lo que estoy diciendo y no actuar a la ligera creyendo que se van a conseguir las cosas con facilidad. Buena suerte.

³ Fragmento de una obra perdida. Cf. HESÍODO, *Trabajos y días* 483-484.

⁴ Cf. *Leyes* 962b, *Carta* VII 326c, d.

CARTA XII

PLATÓN DESEA BIENESTAR A ARQUITAS DE TARENTO

He recibido con extraordinario agrado los escritos que ^{359c} me enviaste ¹ y sentí la máxima admiración por su autor, que me pareció digno de sus remotos antepasados; se dice, en efecto, que estos hombres eran diez mil y formaban parte del grupo de los troyanos que emigraron con Laomedonte ², personas de bien, según nos ha transmitido la tradición. En cuanto a mis trabajos sobre los que me escribiste, no están todavía completos, pero te los he enviado tal como están. En cuanto a su custodia, ambos estamos de acuerdo ³, de manera que no tengo que insistir.

¹ No tenemos más noticias sobre estos escritos ni sobre su contenido.

² Cf. *Carta II* 314a.

³ En otros pasajes (*Carta II* 314a ss.) se habla también de la conveniencia de no divulgar las cuestiones filosóficas.

CARTA XIII

PLATÓN SALUDA A DIONISIO, TIRANO DE SIRACUSA

Que el principio de mi carta sea al mismo tiempo para ^{360a} ti prueba de que es mía ¹. Una vez que tú estabas ofreciendo un banquete a los jóvenes locrios y tu puesto en la mesa estaba lejos del mío, te levantaste, viniste a mi lado y me dijiste con mucha amabilidad una frase agradable, según me pareció a mí y a mi vecino de mesa, que era un hermoso muchacho, y dijo entonces: «Desde luego, ^b Dionisio, mucho te ha ayudado Platón en la consecución de la sabiduría». Y tú le respondiste: «Y en otras muchas cosas, pues por el mismo hecho de haberle mandado llamar, desde que lo hice empecé a sacar provecho». Pues bien, hay que mantener estas relaciones, para que no deje de aumentar la utilidad que nos proporcionamos mutuamente. Y en este momento, tratando de mantener este objetivo precisamente, yo te mando algunos escritos pitagóricos y de las *Divisiones* ², y además, tal como convinimos

¹ Esta prueba puede ser la fórmula de saludo o la anécdota que cuenta a continuación.

² No se tiene la seguridad sobre lo que puedan ser estas «divisiones» ni los escritos pitagóricos. Puede tratarse de diálogos, notas o ejercicios simplemente.

con anterioridad, a una persona que podría seros útil tanto a ti como a Arquitas³, si Arquitas está contigo. Se llama Helicón⁴ y es oriundo de Cízico; es un discípulo de Eudoxo, cuyas doctrinas domina a la perfección. Además, ha tenido relación con uno de los discípulos de Isócrates⁵ y con Polixena, uno de los discípulos de Brisón⁶. Y añade, cosa rara entre esta clase de personas⁷, que tiene un trato agradable y no parece que tenga mal carácter, sino que más bien podría parecer amable y sencillo. Digo esto con recelo, porque estoy exponiendo mi opinión sobre un hombre, un animal no malvado, pero voluble, excepto muy pocas personas y en muy pocos aspectos. Precisamente a causa de este recelo y esta desconfianza, examiné detalladamente yo mismo a este hombre, lo traté personalmente y me informé sobre él entre sus conciudadanos, y nadie me ha dicho nada malo de él. Sin embargo, obsérvale tú personalmente y mantente en guardia, pero, sobre todo, si tienes cualquier tiempo libre, aprende de él y dedícate en general a la investigación filosófica. En caso contrario, haz instruir a alguien para que, cuando tú tengas tiempo libre, puedas aprender, te hagas mejor y consigas renombre, a fin de que así no dejes de recibir beneficios de mi parte. Y ya basta de este tema.

361 En cuanto a los encargos que me hiciste para que te los enviara, me he ocupado del Apolo, y te lo lleva Lep-

³ Filósofo y matemático insigne.

⁴ Discípulo de Eudoxo de Cnido, astrónomo y matemático.

⁵ Orador famoso y filósofo, contemporáneo de Platón.

⁶ Brisón de Mégara, sofista citado varias veces por Aristóteles, que debió de ser muy popular en su tiempo.

⁷ Aludiendo a los discípulos de Isócrates y Brisón.

tines⁸; es obra de un artista joven de talento que se llama Leocares⁹; había en su casa otra obra muy bonita en mi opinión, y en vista de ello la compré, porque quería regalársela a tu esposa¹⁰, que estuvo cuidándome, tanto sano como enfermo, de una manera digna de ti y de mí. Entrégasela, pues, si no te parece mal. Envío también doce cántaros de vino dulce para los niños y dos de miel. En cuanto a los higos, llegamos pasado el momento de la cosecha, y las bayas de los arrayanes que se habían apartado se pudrieron. En otra ocasión tendremos más cuidado. Respecto a las plantas, Leptines te dará explicaciones.

Le pedí a Leptines el dinero necesario para comprar estas cosas y pagar algunos impuestos. Le dije, porque me pareció más decoroso y justo hacerlo, que el dinero que gasté en la nave *Leucadia* era mío, unas dieciséis minas¹¹. Así pues, tomé dicha cantidad, la utilicé por mi cuenta y os envié estos objetos.

Y ahora, en relación con la cuestión de los recursos, escucha cuál es la situación tanto en lo referente a tus bienes en Atenas como a los míos. Yo emplearé tu fortuna, como ya te dije en una ocasión, exactamente igual que la de mis otros amigos: dispongo de ella lo menos posible, exactamente lo que me parece necesario, justo o conve-

⁸ No es seguro que se trate de un Leptines que cita Plutarco, un pitagórico condenado a muerte por Calipo en Regio.

⁹ Escultor ateniense del siglo IV, que trabajó bajo la dirección de Escopas en el Mausoleo de Halicarnaso.

¹⁰ Sofrosine, de la que Dionisio tuvo dos hijos y dos hijas, que tuvieron un fin desdichado, víctimas de los odios concitados por su padre.

¹¹ Era frecuente que las personas con posibilidades invirtieran en gastos de flete de un barco, por lo que cobraban buenos intereses sobre beneficios.

niente, tanto para mí como para la persona de quien lo recibo. Ahora bien, he aquí cuál es mi situación actual: están a mi cuidado las hijas de aquellas sobrinas mías que murieron en la época en que, a pesar de tus instancias, yo rechacé la corona ¹²; son cuatro: la primera es casadera, otra tiene ocho años, la tercera poco más de tres, y la cuarta todavía no ha cumplido un año. Tengo la obligación de dotar, con la ayuda de mis amigos, a las que se casen mientras yo viva; de las otras no me preocupo. No tengo por qué dotar a aquellas cuyos padres fueran más ricos que yo, pero de momento yo soy el más rico y doté a sus madres de acuerdo con Dión y con otros. Una de ellas se casa con Espeusipo, que es hermano de su madre, para lo cual no necesita más de treinta minas ¹³, que es para nosotros una dote suficiente. Además, en el caso de que muera mi madre, no necesitaría más de diez minas para construir la sepultura ¹⁴. Esto es, poco más o menos, lo que actualmente necesito. Si surge algún otro gasto de carácter privado o público con motivo de mi viaje para verte, tendré que hacer lo que te dije anteriormente, esforzarme en gastar lo menos posible, pero lo que no pueda evitar quedará a tu cargo.

Voy a hablarte ahora de tus propios gastos en Atenas: en primer lugar, si yo tengo que emplear dinero en pagar

¹² No se sabe de quién eran hijas las madres de estas cuatro niñas, excepto la que se cita más abajo para casarse con Espeusipo. En lo que a la corona se refiere, puede tratarse de una corona fúnebre que Dionisio quisiera darle a Platón con motivo de estas muertes, o como referencia de un episodio desconocido.

¹³ Se ha dicho que esta dote no coincide con la que fija Platón en las *Leyes* 774d, si bien Platón allí indica lo que debe ser, no lo que era en realidad.

¹⁴ No puede extrañar que hable de la muerte de su madre, que debía tener entonces de ochenta a noventa años.

los gastos de un coro¹⁵ o algo parecido, al contrario de lo que creemos, ni un sólo huésped tuyo estará dispuesto a dar dinero; además, si para ti es un asunto importante, hasta el punto de que, si pagas de inmediato, puede beneficiarte, mientras que, si no lo haces y lo demoras hasta que llegue alguien de tu parte, te perjudica, tal planteamiento, además de ser desagradable, será vergonzoso por tu parte. Lo cierto es que yo ya hice la comprobación, *b* enviando a Erasto a visitar a Andrómedes de Egina¹⁶, huésped tuyo a quien tú me habías pedido que recurriera si necesitaba algo; yo deseaba, efectivamente, enviarte los otros encargos más importantes que me hacías en tu carta. Pues bien, él dio una respuesta lógica y humana, diciendo que el dinero que con anterioridad había prestado a tu padre sólo con dificultades había podido recuperarlo, y que ahora daría una pequeña suma, pero no más. Por ello lo pedí prestado a Leptines¹⁷, y en este aspecto debo elogiarle, no por el mero hecho de haberlo dado, sino porque *c* lo dio de buena voluntad y porque en todos los sentidos, tanto por lo que dijo como por su conducta, se comportó contigo como un verdadero amigo. En efecto, es preciso que yo te informe sobre estas situaciones y de las contrarias, haciéndote ver cómo me parece que es cada uno contigo. Pero, por otra parte, en lo referente al dinero voy a hablarte con toda franqueza; es justo, y al mismo tiempo yo podría hablarte con conocimiento de causa de las personas que te rodean. Los que habitualmente te rinden

¹⁵ Como ciudadano ateniense, Dionisio estaba sometido a esta clase de liturgia.

¹⁶ Solamente aparece citado en este lugar.

¹⁷ Parece absurdo que Dionisio no tenga quien le preste dinero, pero del propio contexto se deduce que los monarcas siracusanos no eran buenos pagadores.

cuentas se niegan a informarte de cualquier gasto que piensan que te deben anunciar, por miedo a irritarte. Acosad túmbrales, pues, y oblígales a que te hablen de este tema como de los demás. Tú debes estar enterado de todo en la medida de lo posible, debes ser juez de ello y no huir de la verdad. Ello será lo mejor para tu gobierno, pues los gastos hechos razonablemente y pagados como es debido, tú mismo reconoces y seguirás reconociendo que son un bien en general y especialmente para la propia adquisición de las riquezas. Procura por ello que no te difamen en público las personas que presumen de mirar por tu bien, porque no es bueno ni decoroso para tu reputación tener fama de hombre poco sociable.

A continuación me gustaría hablarte de Dión. De lo demás todavía no puedo decir nada, hasta que lleguen las cartas que me anuncias. Sin embargo, respecto a las cuestiones que me prohibiste mencionarle¹⁸, no las cité ni hablé con él de ellas, pero estuve considerando si lo llevaría a mal o lo soportaría fácilmente, y me dio la impresión de que, si llegaba a ocurrir, se sentiría muy molesto. En lo demás que a ti se refiere, tanto por sus palabras como por su actitud me pareció discreta la disposición de Dión.

363 A Cratino, amigo mío y hermano de Timoteo¹⁹, le regalaremos una coraza de hoplita de esas tan bonitas que lleva la infantería, y a las hijas de Cebes tres túnicas de siete codos, no de las carísimas de Amorgos, sino de las sicilianas de hilo. Conoces muy bien el nombre de Cebes,

¹⁸ Tal vez se refiera al divorcio de Dión y su esposa Areté, que propuso Dionisio para casar a su hermana en segundas nupcias con Timócrates.

¹⁹ Se refiere, sin duda, al general ateniense hijo de Conón y discípulo de Sócrates. De su hermano Cratino no tenemos más noticias.

pues se le cita en los diálogos socráticos como interlocutor de Sócrates acompañado de Simias en el diálogo *Acerca del alma*²⁰. Es amigo de todos nosotros y nos cae bien.

En cuanto a la contraseña de las cartas²¹ para distinguir las que te escribo formalmente de las otras, me imagino que la recuerdas, pero, sin embargo, piensa en ello y presta mucha atención: hay muchas personas que me piden que te escriba y es difícil negarse abiertamente. Mis cartas serias van encabezadas con la palabra «dios», y las que lo son menos, con la palabra «dioses».

Los embajadores también me pidieron que te escribiera, cosa lógica²², pues hacen por todas partes las mayores alabanzas de ti y de mí, sobre todo Filargo, que en aquella ocasión tenía la mano enferma. También Filedes, que acaba de llegar de la corte del Gran Rey, me ha estado hablando de ti. Si mi carta no fuera ya demasiado larga, te repetiría sus palabras, pero puedes informarte por Leptines.

Suponiendo que me mandes la coraza o algún otro de los encargos que te hago, si no tienes interés por confiárselos a otra persona, dáselos a Terilo. Está continuamente navegando, es amigo mío y experto en filosofía, además de otros temas. Es pariente político de Tisón, el que era poliánomo²³ cuando yo embarqué.

²⁰ Subtítulo con el que se conoció desde la Antigüedad el diálogo *Fedón*.

²¹ Cf. *supra*, 360a, al principio de esta carta.

²² No sabemos de qué embajadores se trata, ni a qué personajes se refiere a continuación.

²³ Dión Casio emplea este término para referirse a los ediles romanos; debía ser un funcionario municipal equivalente a los *astynómoi* de otras ciudades.

Adiós, cultiva la filosofía e impulsa hacia ella a los demás jóvenes. Saluda de mi parte a tus compañeros de juego y encarga a todos, y en especial a Aristócrito, que si llega algún mensaje o carta mía para ti que procuren que te enteres lo antes posible, y te recuerden que te ocupes de lo que encargué en mis cartas. De momento, no te descuides en devolver el dinero a Leptines; págaselo cuanto antes, para que los demás, poniendo en él sus ojos, estén mejor dispuestos a prestarnos.

Yatrocles, a quien yo liberé en aquella ocasión juntamente con Mirónides, navega ahora junto con mis enviados. Tómale a sueldo para lo que sea, pues tiene buena voluntad hacia ti, y empléale en lo que te parezca. Guarda esta carta o un resumen de ella y sigue siendo como eres ²⁴.

²⁴ Texto dudoso, con diversas interpretaciones.

ÍNDICE DE NOMBRES

- Agamenón, 311b.
Amorgos, 363a.
Anaxágoras, 311a.
Andrómedes, 362b.
Apolo, 361a.
Argos, 354b.
Aristócrito, 319a, 363d.
Aristodoro, 358b.
Aristón, 314e.
Arquedemo, 310b, 312d, 313d,
e, 319a, 339a, 349d.
Arquipo, 357d.
Arquitas de Tarento, 338c,
339b, d, 350a, 357d, 359c,
360c.
Atenas, 314e, 315a, 333b, e,
336d, 339d, 340b, 346c, 350a,
358d, 361c, 362a.
Baqueo, 309c.
Brisón, 360c.
Caribdis, 345e.
Cebes, 363a.
Ciro, 311a, 320d.
Cízico, 360c.
Corinto, 318a.
Corisco, 322c, d, 323a.
Cratino, 363a.
Cratistolo, 310c.
Creonte, 311a.
Creso, 311a.
Darío, 332a.
Delfos, 315b.
Dión, 310b, c, 315c, 316c, d,
317a, b, c, e, 318a, b, c,
319e, 323d, 324a, 326e, 327a,
d, 328b, d, 329b, c, 330a,
b, 331d, 332c, 333a, b, c,
d, 334a, c, d, 335c, e, 336c,
337d, 338 a, b, c, d, 339b, c,
e, 345c, e, 346a, b, c, d, e,
347a, b, c, d, e, 348a, 349c,
e, 350b, e, 351a, c, d, 352b,
355a, 358c, 361e, 362e.
Dionisio el Viejo, 327b, 332c,
353a, 354d, 356b, c, 357c.
Dionisio, 309a, 310b, 313a,
315a, 319b, 320e, 327c, d, e,

- 328a, d, 329b, c, e, 330a, c, 331d, 332c, 333a, b, c, d, 334d, 335c, e, 336b, 337d, e, 338a, b, c, d, e, 339a, b, d, 340a, b, 341a, b, 344d, 345a, b, d, 346e, 347a, b, c, e, 348a, b, c, d, e, 349b, c, d, 350b, c, d, 356b, 360a, b.
- Dóride, 313a.
- Egina, 321b.
- Equécrates, 358b.
- Erasto, 322c, d, 323a, 362b.
- Escila, 345e.
- Espeusipo, 314e, 361e.
- Estesícoro, 319e.
- Eudoxo, 360c.
- Eufreo, 321c, d, e.
- Euribio, 318c, 348e.
- Eurípides, 309d.
- fenicios, 353e.
- Filagro, 363b.
- Filedes, 363b.
- Filistides, 315e.
- Filistión, 314d, e.
- Filónides, 357d.
- Frinión, 358b.
- Gelón, 333a.
- Hegesipo, 314e.
- Helicón, 360c.
- Heraclides, 318c, 319a, 320e, 321b, 348b, c, d, e, 349a, c, e.
- Hermias, 322c, d, e, 323a.
- Hesíodo, 359a.
- Hierón, 311a, 336a.
- Hiparino (el Viejo), 353b, 354d, 356c.
- Hiparino, hijo de Dionisio el Viejo y de Aristómaca, 324a, 357c.
- Isócrates, 360c.
- Italia, 317b, 326b, 328a, 339d.
- Lacedemonia, 321b.
- Lamisco, 350b.
- Laodamante, 358d.
- Laomedonte, 359d.
- Leocares, 361a.
- Leptines, 361a, b, 362b, 363c, d.
- Leucadia, 361b.
- Licofrón, 314d.
- Licurgo, 320d, 354b.
- Linceo, 344a.
- Lisiclides, 315a.
- Mégara, 329a.
- Mesenia, 354b.
- Mínos, 311a.
- Mirónides, 363e.
- Néstor, 311b.
- Olimpia, 350b.
- Olimpiadas, 310d.
- Palamedes, 311b.

- Pausanias de Lacedemonia, 311a.
 Peloponeso, 333b, 336d, 345c, 346b, c, 348d, 350b.
 Pérdicas, 321c.
 Periandro de Corinto, 311a.
 Pericles, 311a.
 Pireo, 324c.
 Platón, 309a, 310b, 314c, 315a, 319e, 321c, 322a, 323d, 328d, 330a, 339b, 348c, e, 352b, 357d, 358b, d, 359c, 360 a, b.
 Poliido, 311a.
 Polixeno, 310e, 314c, 360c.
 Prometeo, 311b.
 Sicilia, 311e, 315a, d, 317b, 326b, e, 328a, 330b, 331e, 332b, c, e, 334a, c, 336a, d, 338a, b, 339a, b, c, d, 348a, c, 350d, 352a, c, d, 353a, b, e, 355d, 356c, 357a.
 Simias, 363a.
 Simónides, 311a.
 Siracusa, 311e, 316c, 317a, e, 319a, 324a, 326d, e, 327c, 328e, 329c, 336a, 337d, 338d, 339b, 352c, 356a, 360a.
 Sócrates, 314c, 324e, 325b, c, 363a.
 Sócrates el Joven, 358d, e.
 Tales de Mileto, 311a.
 Tarento, 338c, 339e, 350a.
 Teodotes, 318c, 320e, 321b, 348c, e, 349a, b, c, d, e.
 Terilo, 363c.
 Timoteo, 363a.
 Tiresias, 311a.
 Tisias, 349c.
 Tisón, 363c.
 Ulises, 311b.
 Zeus, 311b, 329b, 334d, 345a, 350b.

CARTAS

INTRODUCCIÓN	429
CARTA I	453
CARTA II	457
CARTA III	467
CARTA IV	475
CARTA V	479
CARTA VI	481
CARTA VII	485
CARTA VIII	533
CARTA IX	545
CARTA X	547
CARTA XI	549

	<u><i>Págs.</i></u>
CARTA XII	551
CARTA XIII	553
ÍNDICE DE NOMBRES	561